

# La historia del pueblo palestino

By Nur al-Haqq

## Introducción

Lo que sucede en Gaza es una barbarie. Cuando vemos imágenes en las noticias, es imposible no conmoverse: niños sin vida, madres desesperadas, familias enteras llorando entre ruinas. No entiendo cómo alguien puede mirar eso sin estremecerse. Cualquiera con un corazón sensible siente rabia, indignación y compasión. Por eso, el mundo grita: “¡Free Palestine!”, defendiendo una causa justa, de sentido común y profundamente humana.

Los medios sionistas ya no controlan la **información** y los titulares de los últimos años han sido demoleedores: “Genocidio en Gaza”, “Israel asesina a civiles inocentes”. Las imágenes resultan imposibles de ignorar para cualquier ser humano con un mínimo de sensibilidad. Surge entonces una pregunta inevitable: ¿cómo puede ser que los judíos, que fueron las mayores víctimas del siglo XX, se hayan convertido ahora en victimarios? ¿Qué ocurrió para que llegaran a cometer tales atrocidades?

Yo mismo lo sentí así. Recuerdo con claridad el año 2014, durante la operación “Margen Protector” en Gaza. En todas las televisiones de España se repetían las mismas imágenes: niños ensangrentados, madres llorando, casas reducidas a escombros. Los titulares eran unánimes: “Domingo sangriento en Gaza”, “Genocidio en Gaza”. Como muchos, pensé: “¿En qué monstruo se ha convertido Israel para hacer esto?”.

Las consignas fluían fáciles: “¡Palestina libre! ¡Basta de genocidio! ¡Sionistas asesinos!”. Me uní a ese coro de voces. Marché en manifestaciones, compartí noticias, debatí en redes con indignación y rabia.

Un día, en una discusión acalorada, me crucé con un joven sionista. Lo atacé con todos los argumentos que había repetido mil veces... pero algo frustrante me ocurrió: no pude rebatirle nada. Yo gritaba y alegaba: “¡Mentira, eres un maldito sionista!”; “Lo que dices es propaganda sionista”, mientras él me respondía con datos, con historia, con hechos que yo jamás había escuchado. Sin darme cuenta, había caído en el insulto fácil, en la falacia *ad hominem*.

Ese fue mi punto de quiebre. Me di cuenta de que no sabía realmente nada más allá de lo que la televisión y las consignas me habían enseñado. Me prometí entonces: voy a estudiar, voy a investigar, voy a conocer la verdad de este conflicto. Y la próxima vez, no discutiré con gritos ni consignas, sino con argumentos y con historia.

Este libro es el resultado de un viaje de once años: años de estudio, de lecturas, de contrastes de fuentes, de una búsqueda incansable por comprender cómo hemos llegado hasta aquí.

No es un panfleto ni un alegato partidista: es una reconstrucción histórica que quiere ir más allá de las imágenes crueles del presente. Es un recorrido que transita desde la emoción hasta los hechos, desde los eslóganes fáciles hasta esas verdades incómodas que rara vez se quieren contar.

Quiero plantearlo desde la neutralidad, para que puedas leer sin juicio y acercarte también tú a la comprensión de lo que sucede hoy en día. Para hacerlo, necesitamos mirar hacia atrás, con paciencia, con espíritu crítico, contrastando fuentes. La información que aquí se presenta está disponible públicamente; solo requiere detenerse a observarla con atención.

Si me acompañas hasta el final, verás cómo las piezas encajan y cómo el pasado, tantas veces silenciado o manipulado, ilumina de manera distinta nuestro presente. Caminaremos por la historia de los judíos y de los palestinos, tanto como pueblos como en su dimensión territorial. Y así podrás debatir con datos sólidos y defender la ética, la moral y la humanidad.

## El origen del nombre *Palestina*

Para comprender la raíz del conflicto actual, es necesario detenernos en algo tan básico como el término “Palestina”. Descubrir su origen nos ayuda a entender no solo la historia del territorio, sino también cómo se han construido las narrativas que hoy todavía resuenan en cada debate.

En el año 135 d. C., tras sofocar con extrema violencia la tercera gran revuelta judía contra Roma —la revuelta de Bar Kojba (132–135 d. C.)— el emperador Publio Elio Adriano decretó un cambio radical: la provincia de Judea, hasta entonces reconocida como tal dentro del Imperio, pasaría a llamarse *Syria Palaestina*. Al mismo tiempo, Jerusalén fue refundada como *Aelia Capitolina*, prohibiendo la entrada de judíos a su ciudad más sagrada, salvo en el Tishá B’Av (día de duelo por la destrucción del Templo).

No fue una decisión casual ni meramente administrativa: Roma buscaba castigar duramente a los rebeldes y, al mismo tiempo, reconfigurar la memoria histórica de aquel territorio. El propio historiador romano Dión Casio relata cómo Adriano ‘arrancó hasta el nombre de Judea’ para debilitar cualquier vínculo con quienes se habían levantado contra el poder imperial (*Historia Romana*, libro 69).

El término *Palaestina* no era nuevo: derivaba del recuerdo de los antiguos filisteos (Philistia en griego, *Peleshet* en hebreo), un pueblo del mar desaparecido siglos atrás. Al escoger ese nombre, Adriano buscaba enviar un mensaje político: sustituir una denominación cargada de memoria judía por otra de resonancias distintas.

Así nació el uso de ‘Palestina’ en la administración romana. Lo que empezó como una imposición imperial terminó, con el paso de los siglos, convirtiéndose en una palabra con vida propia. Apareció en mapas, crónicas y memorias; fue adoptada en contextos bizantinos, árabes y otomanos; y con el tiempo fue cargándose de significados diversos, hasta transformarse en un símbolo de identidad nacional en la época moderna. A lo largo de estas páginas recorreremos esa travesía: desde un término forjado en los ardides del poder imperial hasta su resignificación como gentilicio y bandera de un pueblo.

## El origen del término "Filisteos"

El nombre “Palestina” deriva como ya dijimos, de los filisteos, un pueblo mencionado repetidamente en el Tanaj (Biblia hebrea). Lejos de ser originarios de la región, los filisteos fueron un grupo extranjero. La etimología hebrea de *Pelishet* (פלישת), de donde surge *pelishtim* (פלישתים), significa literalmente “los invasores” o “los que llegan del mar”.

La arqueología confirma esta raíz. Según hallazgos y referencias egipcias —como la famosa inscripción de Medinet Habu, que conmemora las campañas del faraón Ramsés III en el siglo XII a. C.—, los filisteos formaban parte de los llamados “Pueblos del Mar”, grupos migrantes que

irrumperon en el Mediterráneo oriental procedentes, probablemente, de la región del Egeo (Creta, Chipre o la costa de Anatolia occidental).

Tras ser derrotados en Egipto, los filisteos se establecieron en la costa suroeste de Canaán, entre lo que hoy conocemos como Gaza, Ascalón, Asdod, Gat y Ecrón, conformando la llamada pentápolis filisteas. Desde allí, ejercieron influencia política y militar sobre la zona y entraron en conflicto directo con las tribus de Israel, entre los siglos XII y VII a. C.

En el relato bíblico, los filisteos aparecen como enemigos históricos de Israel, protagonistas de episodios célebres como las luchas de Sansón contra ellos (Jueces 13–16) o la confrontación entre David y Goliat (1 Samuel 17). Su identidad cultural, lingüística y religiosa difería tanto de la de los pueblos semitas vecinos que rápidamente se convirtieron en un símbolo del antagonismo frente a Israel.

El Corán, en cambio, no los menciona como pueblo. Allí no aparece la palabra “filisteos”, ni se describe a Goliat como perteneciente a esa nación. El texto sagrado del islam recoge la historia de los Hijos de Israel (Banū Isrāʾīl) que pidieron un rey para luchar “en el camino de Dios”. Ese rey es Saúl (Ṭālūt), quien conduce a su pueblo a la batalla contra Goliat (Jālūt). La narración culmina con la victoria y con el ascenso de David (Dāwūd), a quien Dios concede el reino y la sabiduría.

El pasaje puede leerse en la Sura 2, al-Baqara, aleyas 246–251, donde se dice:

“Y los derrotaron con el permiso de Dios, y David mató a Goliat, y Dios le dio el reino y la sabiduría, y le enseñó lo que quiso.” (Corán 2:251)

A diferencia del relato bíblico, aquí el énfasis no está en el enfrentamiento con un pueblo concreto, sino en el mensaje espiritual: la fe frente al miedo, la obediencia frente a la rebeldía, y la victoria que proviene de Dios.

Será en la tradición islámica posterior, especialmente en los comentarios de los grandes exegetas como al-Ṭabarī o Ibn Kathīr, donde se introduzca la identificación de los enemigos de Saúl y David con los filisteos. Esa asociación no procede del Corán mismo, sino de la influencia de los relatos bíblicos y judíos que circulaban en la región y que los musulmanes denominaron *isrāʾīliyyāt* (tradiciones de origen israelita).

En otras palabras: mientras la Biblia presenta a los filisteos como un antagonista histórico del pueblo de Israel, el Corán silencia su nombre, dejando la confrontación en un nivel más universal y simbólico. Solo a través de la exégesis posterior se recupera la conexión con los filisteos, pero ya como un eco traído desde las fuentes hebreas y no como un dato revelado en el texto islámico.

Con el tiempo, el pueblo filisteo desapareció de la historia como entidad diferenciada. Tras siglos de conflictos, primero con Israel y luego con las potencias imperiales, los filisteos fueron debilitados por las campañas asirias (siglos VIII–VII a. C.) y finalmente absorbidos por el Imperio babilónico bajo Nabucodonosor II (siglo VI a. C.). A partir de entonces, dejaron de existir como pueblo independiente. En época persa y helenística ya no queda rastro de ellos: fueron asimilados por las poblaciones vecinas y se disolvieron en la diversidad étnica de la región.

Lo que sí sobrevivió fue su nombre. La palabra “filisteos” quedó como huella en la memoria histórica, asociada al recuerdo de aquellos antiguos enemigos de Israel. Heródoto, el historiador

griego del siglo V a.C., llegó a mencionar en sus *Historias* una región llamada “Palaistinē” entre Fenicia y Egipto. Es el testimonio más antiguo en el que aparece el término *Palestina* dentro de la literatura clásica griega. El historiador de Halicarnaso, al describir las regiones del Levante, menciona dos veces a lo que llama *Syria Palaistinē*.

En el Libro III, capítulo 5, Heródoto escribe:

“De Fenicia parte otra región, llamada Siria Palestina, y se extiende hasta Egipto.”  
(Ἀπὸ δὲ τῆς Φοινίκης ἄλλη χώρα ἐπίκειται, Συρία ἢ Παλαιστίνη καλεομένη· αὕτη δὲ ἔστι μέχρι Αἰγύπτου.)

El contexto es revelador. En ese pasaje, el historiador de Halicarnaso está describiendo la ruta de la expedición de Cambises hacia Egipto y, en un sentido más amplio, la configuración del Levante y de Asia Menor. Antes de mencionar a *Syria Palaistinē*, se detiene en Fenicia, sus costas y ciudades, y en el camino que conecta esa región con Egipto. Y tras una breve referencia a Palestina, continúa de inmediato con la descripción de las tierras egipcias, sus ríos y su importancia estratégica.

No se trata, por tanto, de una exposición sobre un pueblo o un Estado llamado “palestino”, sino de una nota geográfica destinada a orientar al lector. En la mente de Heródoto, *Syria Palaistinē* era simplemente la franja situada entre Fenicia y Egipto, una designación espacial dentro de su relato de viajes y territorios.

Más adelante, en el Libro IV, capítulo 39, vuelve a nombrarla de esta manera:

“En este mar [el Mediterráneo] viven los sirios, los palestinoses.”  
(οἰκέουσι δὲ τὸν τόπον τοῦτον Σύροι οἱ Παλαιστίνιοι.)

Este capítulo forma parte de su descripción de Libia (África). Heródoto está repasando los pueblos que habitan desde Egipto hacia el oeste. Al hablar de los mares que bañan la región, menciona que en el Mediterráneo viven los “sirios palestinos”.

Justo antes de esta mención, en los capítulos 37 y 38 del Libro IV, Heródoto se detiene en el delta del Nilo y en los egipcios, así como en las comunidades asentadas en la región de la Cirenaica. A continuación, tras la breve referencia a los *sirios palestinos*, en el capítulo 40 retoma su recorrido para describir a los libios y su relación con Egipto.

Cuando Heródoto dice “*Este lugar lo habitan los sirios, los palestinoses.*” No se trata, de un gentilicio, sino de una construcción en aposición explicativa. En griego clásico, cuando aparece la fórmula *οἱ + adjetivo gentilicio*, equivale a decir “*los que son X*”.

De este modo, *Σύροι οἱ Παλαιστίνιοι* significa simplemente “*los sirios palestinos*”, es decir, una subcategoría dentro del amplio grupo de pueblos que los griegos llamaban “sirios”.

Las traducciones modernas suelen oscilar entre dos versiones: “*the Palestinian Syrians*” (los sirios palestinos) o “*the Syrians of Palestine*” (los sirios de Palestina). Ambas expresan lo mismo: no designan a un pueblo independiente llamado “palestino”, sino a los habitantes sirios de esa franja costera que los griegos identificaban con el antiguo nombre de *Philistia*.

Para el mundo griego del siglo V a. C., *Palestina* no era un país independiente, ni un pueblo con identidad propia, sino simplemente una subregión dentro de lo que ellos denominaban Siria, un vasto territorio que abarcaba desde Anatolia hasta Egipto.

En otras palabras, para Heródoto, los “palestinos” no eran un pueblo distinto, sino simplemente una forma de localizar a ciertos sirios dentro de su geografía mental del Levante. O sea, la mención a los “sirios palestinos” es casi un apunte lateral dentro de su catálogo de pueblos costeros, sin detenerse a darles rasgos propios como sí hace con egipcios, libios o escitas.

Algunos han querido ver en esta referencia de Heródoto una prueba de la existencia temprana de una Palestina reconocida como entidad propia. Sin embargo, lo que el historiador describe no es un Estado ni un pueblo con identidad definida, sino una designación geográfica amplia dentro de lo que los griegos llamaban Siria. Era la mirada de un observador externo, que aplicaba nombres heredados de antiguas tradiciones sin reflejar necesariamente la autopercepción de quienes habitaban la región.

En tiempos de Heródoto, siglo V a. C., los nombres que circulaban en la región no eran los mismos que en los relatos bíblicos más antiguos. La tierra había pasado ya por manos asirias, babilónicas y persas, y cada poder había impuesto su propia organización.

Los judíos se identificaban con Judea, llamada en la administración persa *Yehud medinata*, la provincia en torno a Jerusalén. En el norte, los samaritanos mantenían su centro religioso en el monte Gerizim, reconocidos como un grupo diferenciado. A lo largo de la costa fenicia, ciudades como Tiro y Sidón seguían conservando la memoria de los antiguos cananeos navegantes, y eran conocidos por los griegos como fenicios.

Los filisteos, en cambio, ya habían dejado de existir como pueblo. Tras las campañas asirias y babilónicas, habían sido absorbidos por las poblaciones vecinas y no quedaba rastro de ellos como entidad propia. Lo que sobrevivía era solo su nombre, transformado en un eco que los griegos adoptaron al hablar de *Palaistinē*.

En conjunto, los griegos englobaban a todos estos pueblos bajo un término más amplio: Syria, del que derivaban subdivisiones como Fenicia, Siria Palestina o Siria Asiria. Así, lo que para los habitantes locales eran realidades concretas —Judea, Samaria, Fenicia— para la mirada externa griega se reducía a grandes etiquetas geográficas, útiles para orientarse, pero que no reflejaban la identidad real de quienes vivían allí.

Los griegos, que tenían contacto constante con la costa del Levante —comercio, colonias, expediciones—, conocían bien la antigua fama de los filisteos como “pueblo del mar”. No era un dato menor: la arqueología moderna confirma que los filisteos compartían rasgos culturales con el mundo egeo (cerámica micénica, arquitectura, costumbres funerarias), lo que apunta a su origen en Creta, Chipre o la costa de Anatolia. Dicho de otro modo: eran un pueblo emparentado culturalmente con los griegos, aunque asentados en Canaán.

En otras palabras: el término que utiliza Heródoto debe entenderse como una etiqueta geográfica externa, no como una identidad política o nacional. Es comparable a cuando un geógrafo extranjero habla de “Occidente” para Europa o del “Levante” para Oriente Próximo: una referencia útil, pero no la autodenominación de los pueblos que allí vivían. Para quienes habitaban la región, los

nombres cambiaban según la época y el pueblo: Canaán, Filistea, Judea o simplemente Siria. *Palestina*, en cambio, era un término ocasional en boca de un observador extranjero, sin arraigo propio en la vida cotidiana del lugar.

Siglos más tarde, en el año 135 d. C., el emperador Adriano rescataría ese término para renombrar Judea como *Syria Palaestina*, en un intento de castigar a los rebeldes y reconfigurar la memoria de aquel territorio. Así, un pueblo desaparecido hacía ya centurias se transformó en un instrumento político. Los filisteos, borrados por la historia, pasaron a convertirse en símbolo: primero del antagonismo con Israel en los relatos bíblicos, y después, de la estrategia imperial romana que buscaba imponer su huella sobre una tierra marcada por múltiples memorias.

## **Adriano y el castigo**

La decisión de Adriano de llamar “Palestina” a la provincia no fue neutra ni administrativa. Era un golpe calculado, un movimiento pensado para dejar claro que Roma no perdonaba a quienes se atrevieran a desafiar su autoridad. Asociar la tierra de Israel con el recuerdo de los antiguos enemigos judíos, los filisteos, era una manera simbólica de recordarles a los rebeldes que habían pagado caro sus insurrecciones.

La dureza de Roma no se explicaba por simple capricho. Durante menos de un siglo, los judíos habían protagonizado tres levantamientos que desafiaron el poder imperial. Primero vino la Gran Revuelta del 66, que culminó en el año 70 con la destrucción del Segundo Templo, el corazón espiritual del pueblo judío. Décadas más tarde, entre 115 y 117, estalló la rebelión de la diáspora, que incendió comunidades judías en Cirenaica, Egipto y Chipre. Y finalmente, en 132, Simón Bar Kojba encabezó la insurrección más sangrienta de todas: durante un breve tiempo, los judíos llegaron a recuperar Jerusalén y soñar con la restauración de su independencia.

La respuesta romana fue implacable. Legiones enteras arrasaron Judea y sofocaron la rebelión con una violencia sin precedentes. Decenas de miles de judíos murieron en la batalla o fueron vendidos como esclavos. Adriano decretó medidas drásticas: prohibió la circuncisión, el Shabat y las festividades judías; transformó Jerusalén en la ciudad pagana de Aelia Capitolina; y castigó con la pena de muerte a todo judío que intentara entrar, salvo un único día al año: el Tishá B’Av, jornada de duelo por la destrucción del Templo.

Roma había vencido en el campo de batalla, pero Adriano quería más: borrar del mapa la memoria de un pueblo. Rebautizar Judea como *Syria Palaestina* fue la última pieza de esa estrategia de castigo y de erradicación simbólica.

## **¿Por qué los judíos se rebelaron contra Roma?**

Las tres grandes revueltas judías contra el Imperio romano no surgieron de la nada. Eran el resultado de una tensión creciente, que se repetía una y otra vez: el deseo de los judíos de conservar su fe, sus costumbres y su autonomía frente a un imperio que no admitía resistencias. Cada levantamiento tuvo sus propias causas inmediatas, pero todos compartieron un mismo trasfondo: la colisión entre una identidad profundamente religiosa y nacional, y la maquinaria de un poder imperial que no toleraba excepciones.

La primera gran explosión fue la llamada Gran Revuelta (66–70 d. C.). La chispa se encendió cuando el procurador Gesio Floro saqueó el Templo de Jerusalén, profanando el lugar más sagrado de los judíos. A ello se sumaba la presión asfixiante de los impuestos y la corrupción de los gobernadores romanos. Josefo Flavio, testigo de aquellos hechos, relata en su *Guerra de los judíos* cómo la indignación popular se convirtió en un levantamiento masivo que terminó en tragedia: la destrucción del Segundo Templo en el año 70.

La segunda fue la revuelta de la diáspora (115–117 d. C.), que no estalló en Judea, sino en las comunidades judías dispersas por Cirenaica, Egipto, Chipre y Mesopotamia. Allí, el resentimiento acumulado contra el trato discriminatorio y los abusos imperiales desembocó en violencia. Dión Casio, en su *Historia Romana* (libro 68), describe matanzas en ambas direcciones: judíos atacando ciudades, romanos respondiendo con brutalidad. Fue un estallido de furia en los márgenes del imperio, que Roma sofocó sin contemplaciones.

Finalmente llegó la más decisiva y sangrienta: la revuelta de Bar Kojba (132–135 d. C.). La chispa, según Dión Casio (libro 69), fue la decisión de Adriano de prohibir la circuncisión —símbolo central de la fe judía— y la intención de fundar una colonia romana en Jerusalén llamada Aelia Capitolina, con un templo a Júpiter en el mismo Monte del Templo. Para los judíos, aquello era intolerable: significaba la negación de su religión y de su vínculo más sagrado con la ciudad. Simón Bar Kojba emergió entonces como líder carismático; para muchos, incluso como el Mesías esperado. Durante un tiempo logró lo impensable: movilizar a todo un pueblo y recuperar Jerusalén, hasta que las legiones romanas aplastaron el sueño con una violencia sin precedentes.

Las tres insurrecciones dejaron claro que el conflicto no era circunstancial, sino estructural. Para los judíos, se trataba de preservar su fe, sus tradiciones y su supervivencia; para Roma, de reafirmar su poder absoluto. Entre esas dos lógicas irreconciliables, las guerras terminaron siempre en tragedia, sellando un destino de enfrentamiento y represión que marcaría para siempre la relación entre Judea y el Imperio.

## **La consecuencia histórica**

La victoria romana no solo aplastó militarmente a Judea, también la aniquiló en el plano político y simbólico. Con un decreto, Adriano sembró por primera vez el nombre de Palestina como denominación oficial de toda la provincia. Aquella palabra, que hasta entonces se había referido únicamente a la franja costera habitada siglos atrás por los filisteos, pasó a abarcar toda la antigua tierra de Israel: Judea, Samaria y Galilea.

El objetivo era claro: reescribir la geografía para borrar la memoria de un pueblo. Al sustituir el nombre de Judea por el de Palestina, Roma intentaba arrancar las raíces culturales y religiosas de los habitantes originarios de Judea y dejar grabada una herida de humillación que perdurara en el tiempo.

Con el paso de los siglos, sin embargo, ese término impuesto fue resignificado por los imperios sucesivos y, en épocas más recientes, asumido como emblema de identidad nacional por los árabes de la región. Así, un nombre nacido de una política de borrado acabó adquiriendo un nuevo valor simbólico para otra población, lo que explica por qué hoy es una palabra cargada de historia, memoria y disputa.

## El pueblo palestino

Hablar del pueblo palestino exige mirar no solo su presente, sino también el camino histórico por el cual un nombre, una tierra y una identidad fueron tomando forma a lo largo de los siglos. La palabra “Palestina”, nacida en los ardides del poder romano, sobrevivió a imperios, fue resignificada en lenguas distintas y asumió sentidos cambiantes según quién la empleara. Pero es con la llegada del islam cuando ese término adquiere una dimensión nueva: ya no como castigo ni como imposición, sino como parte de un mundo espiritual y político en expansión.

## El nacimiento del Islam

El Islam nació en el corazón del desierto arábigo, en la ciudad de La Meca, a comienzos del siglo VII. Allí vivió Muhammad ibn ‘Abd Allāh —Mahoma (570–632)—, comerciante de la tribu de los qurayshíes, quien, según la tradición musulmana, comenzó a recibir visiones y mensajes en una cueva del monte Hira. Fue el ángel Yibrīl (Gabriel) quien le transmitió la palabra de Dios. De esas revelaciones nació el Corán, libro sagrado del Islam y fundamento de una nueva fe monoteísta.

El mensaje de Mahoma era claro: solo existe un Dios (Allah) y Muhammad es su mensajero. La palabra Islam significa “sumisión”, entendida no como esclavitud, sino como entrega plena a la voluntad divina. Esa sumisión implicaba también una ética: justicia, compasión, solidaridad, oración, caridad y fraternidad.

La nueva fe no se quedó en un simple mensaje espiritual: se estructuró en torno a prácticas concretas que daban forma a la vida cotidiana de cada creyente. Así nacieron los cinco pilares del Islam, el corazón de su vivencia religiosa.

El primero era la shahada, la profesión de fe: declarar que no hay más dios que Allah y que Mahoma es su mensajero. Con esas palabras, el creyente entraba en la comunidad del Islam.

El segundo pilar era la salat, la oración ritual, repetida cinco veces al día en dirección a La Meca. Estas plegarias marcaban el ritmo del tiempo, recordando constantemente la presencia de Dios en la vida diaria.

El tercero era la zakat, la limosna obligatoria destinada a los pobres y necesitados. No era un gesto de caridad voluntaria, sino un deber religioso: una forma de purificar la riqueza y de mantener la justicia social.

El cuarto pilar, el sawm, consistía en el ayuno durante el mes de Ramadán. Desde el alba hasta la puesta del sol, los musulmanes se abstenían de comer y beber, en un ejercicio de disciplina, solidaridad y purificación espiritual.

Y, finalmente, el quinto pilar era el hajj, la peregrinación a La Meca, que todo musulmán debía realizar al menos una vez en la vida si tenía los medios para hacerlo. Ese viaje simbolizaba la unidad de la ummah, la gran comunidad de creyentes, más allá de razas, lenguas o naciones.

Cinco pilares sencillos en apariencia, pero que hicieron del Islam una religión práctica, viva y profundamente comunitaria, capaz de tejer una identidad común entre pueblos muy distintos.

Con el tiempo, estos pilares se convirtieron en el eje de la vida musulmana, acompañados por la sharía, la ley islámica, que combina el Corán, la Sunna (los dichos y actos del Profeta recogidos en los hadices) y el consenso de los sabios.

El Islam no apareció en un vacío. Era heredero y, al mismo tiempo, respuesta a dos grandes tradiciones ya presentes en la región: el judaísmo y el cristianismo. Para los musulmanes, Abraham (Ibrahim), Moisés (Mūsā), David (Dāwūd) e incluso Jesús (‘Īsā) no eran figuras ajenas, sino profetas legítimos. Sin embargo, creían que las revelaciones de judíos y cristianos habían sido alteradas, y que el Corán venía a restaurar la verdad original.

Aquí radica una diferencia esencial que marcaría para siempre la relación entre judaísmo e islam.

Para los judíos, la Torá es la revelación eterna del pacto entre Dios e Israel. Ese pacto no significa un privilegio exclusivo, sino una responsabilidad: ser el “pueblo elegido” de custodiar y transmitir la Torá como testimonio vivo de la alianza divina. Esta elección está ligada a un linaje, a una historia y a una tierra: la Tierra Prometida. Sin embargo, la tradición judía no se encierra en sí misma: reconoce la posibilidad de que cualquier persona, a través de un proceso exigente de conversión —el guever toshav o el converso pleno— pueda incorporarse al pueblo judío y asumir el peso de la ley. No es un camino fácil ni inmediato, porque ser judío implica abrazar un pacto lleno de obligaciones. Al mismo tiempo, la Torá también abre un horizonte universal con los mandamientos de Noaj, una ética destinada a todas las naciones.

El Islam, en cambio, se presentó desde su origen como una revelación final y universal, no ligada a un pueblo en particular, sino a toda la humanidad. La pertenencia a la comunidad de los creyentes, la ummah, no requiere linaje ni largos procesos de integración: basta con pronunciar la shahada, la profesión de fe, para ser aceptado como musulmán. Esa sencillez convirtió al Islam en una religión expansiva, capaz de integrar rápidamente a pueblos y culturas muy distintos bajo una misma fe.

Aquí radica una diferencia esencial: el judaísmo es particular en su misión —un pueblo elegido para custodiar la Torá, con una puerta de entrada estrecha pero posible para el converso—, mientras que el Islam se plantea como un mensaje abierto y accesible a todos, un llamado inmediato a la humanidad entera.

Las tensiones no tardaron en aparecer. Para los judíos, el pacto con Dios seguía siendo exclusivo y eterno. Para los musulmanes, ese pacto había sido superado por la revelación final dada a Mahoma. Esa diferencia, teológica en apariencia, tendría consecuencias históricas inmensas: en cómo se concebía la tierra, la identidad y la legitimidad sobre Jerusalén y sobre toda la región.

En Jerusalén, precisamente, se selló el vínculo entre el Islam naciente y la tierra de Israel. Allí, según la tradición islámica, Mahoma realizó el viaje nocturno (al-isrā’ wa-l-mi‘rāj): fue transportado milagrosamente desde La Meca hasta la Explanada del Templo y, desde allí, ascendió a los cielos. Ese relato convirtió a la ciudad santa en al-Quds, la tercera ciudad sagrada del Islam, junto a La Meca y Medina.

Así, con conversiones sencillas, en pocas décadas, una nueva religión se expandió rápidamente por toda la península arábiga y más allá, conquistando Siria, Mesopotamia, Egipto y, con ellos, la tierra que en tiempos romanos y bizantinos se conocía como *Palaestina*. En boca de los musulmanes, ese nombre adquirió un nuevo sonido: Filastīn, que pronto pasó a designar no solo una provincia

administrativa dentro de la Gran Siria (Bilād al-Shām), sino también una tierra cargada de significado religioso y cultural en el nuevo mundo islámico.

## El Islam y la tierra llamada Filastin

La llegada del Islam al Levante en el siglo VII marcó un nuevo capítulo en la historia de la región. En el año 638 d. C., el califa Umar ibn al-Jattab tomó Jerusalén tras una campaña militar, entendida por los musulmanes como yihad, una guerra santa ordenada por Allah. La ciudad se rindió mediante un pacto con el patriarca cristiano Sofronio, pero el contexto fue de conquista armada: Siria, Mesopotamia y Egipto habían caído poco antes bajo las fuerzas árabes.

A partir de entonces, la tierra pasó a integrarse en el mundo islámico y adoptó un nuevo nombre en árabe: Filastīn (فلسطين). No se trataba de una invención islámica ni de un gentilicio para un pueblo, sino de una adaptación fonética de términos heredados (*Palaistinē* en griego, *Palaestina* en latín). Los califas lo usaron con un sentido administrativo y militar, no identitario. De hecho, se creó el Jund Filastīn (Distrito Militar de Palestina), uno de los cinco distritos de la provincia de Bilad al-Sham (la Gran Siria).

Este Jund Filastīn abarcaba gran parte del centro y sur del actual Israel, la Franja de Gaza y la zona montañosa de Judea. Su capital fue primero Lod (Lydda) y luego Ramla, fundada en el siglo VIII por el califa Sulayman ibn Abd al-Malik. Jerusalén, llamada al-Quds (“la Santa”), fue reconocida como ciudad de enorme importancia religiosa, pero nunca fue la capital administrativa del distrito.

Con el tiempo, el término Filastīn se consolidó en las crónicas árabes y en la geografía islámica, pero siempre como designación territorial. Ninguna fuente árabe del período habla de un “pueblo palestino”, sino de una provincia dentro de la Gran Siria. Autores como al-Ya‘qūbī (siglo IX) o al-Muqaddasī (siglo X, nacido en Jerusalén) describen a Filastīn como región fértil y prestigiosa, “la flor de Siria”, pero la palabra era puramente geográfica.

Esto es importante entenderlo, porque nos permite ver con claridad la enorme diferencia entre lo que fue siempre un término geográfico–administrativo y lo que hoy se presenta como la idea de un “pueblo palestino”.

Cuando Roma, en el año 135 d.C., decidió llamar a la antigua Judea con el nombre de Syria Palaestina, no lo hizo de manera inocente ni casual. Fue un acto político y calculado: borrar del mapa la identidad judía de su tierra ancestral después de la revuelta de Bar Kojba. La intención era castigar, desarraigar y reemplazar la memoria de Israel con un término ajeno.

Siglos después, con la llegada del Islam, ese nombre no se transformó en la identidad de un pueblo. Los musulmanes no inventaron un “pueblo palestino”. Simplemente heredaron el topónimo grecolatino —*Palaistín*, convertido en árabe en *Filastīn*— y lo usaron como designación de un jund, es decir, un distrito militar dentro de la provincia mayor de Bilād al-Shām, la Gran Siria. Y dentro de ese territorio convivían múltiples poblaciones: árabes, judíos, cristianos, samaritanos, cada uno con su fe y sus costumbres.

El propio Corán nunca habla de palestinos. Lo que menciona es la “tierra sagrada” (al-ard al-muqaddasa) dada a los Hijos de Israel (Corán 5:21). Es decir, la sacralidad del lugar en la tradición

islámica se reconoce en referencia directa al pueblo judío bíblico, no como patria de una nación distinta.

En conclusión, el uso islámico de *Filastīn* fue simplemente una continuidad administrativa y, con el tiempo, una categoría espiritual dentro de la geografía sagrada del Islam. Nunca significó identidad nacional ni gentilicio. La idea de un “pueblo palestino” como nación diferenciada es una construcción moderna, del siglo XX, sin raíces en el Califato, ni en Bizancio, ni en Roma.

## **Las Cruzadas y el Reino Latino de Jerusalén**

Tras casi cinco siglos de dominio musulmán, un nuevo actor irrumpió en la historia de la región: los cruzados europeos. En 1099, durante la Primera Cruzada, ejércitos cristianos procedentes de Europa occidental sitiaron y tomaron Jerusalén. La conquista fue sangrienta: las crónicas cruzadas describen cómo la ciudad fue arrasada y sus habitantes —musulmanes y judíos por igual— masacrados en nombre de la fe.

Sobre las ruinas del antiguo Jund Filastīn, los cruzados establecieron el Reino Latino de Jerusalén, un estado feudal bajo la égida de la Iglesia y de las coronas europeas. Jerusalén pasó a ser la capital y centro espiritual de la cristiandad latina en Oriente. A diferencia de la organización administrativa musulmana, aquí la identidad territorial ya no era “Filastīn”, sino una visión sacralizada: la Tierra Santa.

Durante casi dos siglos, entre avances y retrocesos, los cruzados gobernaron partes del Levante. Construyeron castillos, iglesias y fortificaciones, y atrajeron colonos de Europa, pero siempre fueron una minoría gobernante sobre poblaciones mayoritariamente musulmanas, judías y cristianas orientales (griegos ortodoxos, armenios, coptos).

El equilibrio cambió con la figura de Salah ad-Din (Saladino), el célebre líder musulmán que en 1187 reconquistó Jerusalén para el Islam tras la batalla de Hattin. A partir de entonces, los cruzados se atrincheraron en la costa mediterránea, con centros en Acre y otras fortalezas, hasta que finalmente fueron expulsados en 1291 por los mamelucos.

## **El dominio mameluco (1291–1517)**

Tras la caída definitiva del último bastión cruzado en Acre, en 1291, la región pasó a manos de los mamelucos de Egipto. Estos no eran una dinastía árabe nativa, sino un poder militar forjado por esclavos-soldados de origen turco y circasiano que, tras liberarse, fundaron su propio sultanato con capital en El Cairo. Con su victoria sobre los cruzados, los mamelucos aseguraron el control de casi toda la franja oriental del Mediterráneo, desde Siria hasta la costa del actual Israel, Gaza y Cisjordania, y extendieron su dominio hacia el norte de Arabia.

En el sistema administrativo mameluco, el territorio no fue concebido como un país independiente ni bajo un nombre étnico. En realidad, se integró dentro de la amplia provincia llamada Bilād al-Shām (بلاد الشام, “la Gran Siria”), que comprendía el actual Siria, Líbano, Jordania, Cisjordania, Gaza e Israel. Dentro de este marco, lo que hoy llamamos Israel y los territorios palestinos eran simplemente wilayas (provincias) o distritos militares subordinados a Damasco.

## Cómo se llamaba la región en época mameluca (1291–1517)?

Durante la época mameluca, entre 1291 y 1517, la región que hoy corresponde a Israel, los territorios palestinos y parte de Jordania y Líbano no existía como un Estado independiente ni como una entidad nacional diferenciada. En la administración mameluca, el territorio formaba parte de la amplia provincia conocida como Bilād al-Shām (بلاد الشام, “la Gran Siria”), que abarcaba el conjunto del Levante. Bajo este marco, la zona se entendía como parte de un espacio mayor, cuya capital principal era Damasco.

Dentro de esta Gran Siria pervivió, no obstante, un término heredado de épocas anteriores: el Jund Filasṭīn (جند فلسطين). En tiempos del califato omeya y abasí, este había designado un distrito militar en el sur del Levante. Aunque los mamelucos ya no utilizaban esa división administrativa, la palabra *Filasṭīn* continuó apareciendo en crónicas y textos geográficos islámicos como referencia regional. Su sentido era sobre todo descriptivo y geográfico, no político ni identitario.

Jerusalén, conocida como al-Quds (القدس, “La Santa”), fue para los mamelucos una ciudad de gran importancia religiosa y un lugar de peregrinación destacado dentro del mundo islámico. Sin embargo, nunca llegó a ser capital administrativa del territorio, que siguió dependiendo de las autoridades en Damasco.

En aquel tiempo, la población de la región no se reconocía a sí misma mediante un gentilicio nacional, como entendemos hoy las identidades colectivas, sino a través de otros marcos de pertenencia. La religión era uno de los más determinantes: se hablaba de musulmanes, judíos o cristianos, cada cual con sus propias comunidades y estructuras. La ciudad o aldea de origen también marcaba la identidad: alguien podía presentarse como habitante de Jerusalén, de Gaza, de Hebrón o de Ramla, y esa referencia local era clave en su vida cotidiana. Finalmente, el origen étnico o comunitario daba otra capa de identidad, con grupos diversos como árabes, turcos, armenios, griegos, judíos o circasianos, que convivían en el mismo territorio bajo el dominio mameluco.

## El Imperio Otomano (1517–1917)

En 1517, el sultán otomano Selim I derrotó a los mamelucos en la batalla de Ridaniya y anexionó sus territorios. Con ello, el área del Levante pasó a formar parte del Imperio Otomano, que dominaría la región durante cuatro siglos, hasta la Primera Guerra Mundial.

### ¿Cómo se llamaba la región?

Durante la época otomana, que se extendió entre 1517 y 1917, la región no fue concebida como una entidad llamada “Palestina”, ni mucho menos como un Estado diferenciado. En la práctica administrativa del imperio, el territorio se dividía en sanjacados, es decir, distritos con sus propias autoridades locales. Entre ellos destacaban el sanjacado de Jerusalén (Quds-i-Sharif), el de Nablus y el de Acre, todos integrados dentro de una estructura provincial mayor.

En un primer momento, estos distritos dependían del vilayato de Damasco, y más tarde pasaron a estar vinculados al vilayato de Beirut. La región, por tanto, se entendía como parte de un espacio más amplio, administrado desde los centros urbanos del imperio.

En los documentos oficiales otomanos, Jerusalén aparecía con el nombre de Quds-i-Sharif, que significa “La Noble Santa”, en reconocimiento a su prestigio espiritual dentro del Islam. Y cuando se hablaba de la zona en general, se la consideraba parte de Suriya, es decir, Siria.

### **¿Cómo se identificaban sus habitantes?**

En tiempos del dominio otomano, la población de la región no se reconocía bajo un gentilicio nacional moderno, como “palestino”. La identidad de las personas se construía de otras formas. Ante todo, eran súbditos del sultán, y por tanto se definían como otomanos, parte de un imperio que se extendía desde los Balcanes hasta Arabia.

La confesión religiosa era otro de los ejes principales: alguien podía ser musulmán sunní, cristiano griego ortodoxo, armenio, maronita o judío sefardí, y esa pertenencia marcaba su vida comunitaria, sus leyes personales y hasta los barrios en los que vivía.

También pesaba mucho la procedencia local. No se hablaba de una nacionalidad común, sino de ser de Jerusalén, de Jaffa, de Nablus, de Hebrón o de Damasco. La ciudad o la tribu eran la referencia inmediata en la forma de presentarse y en las redes de pertenencia.

En el caso de las comunidades judías, además, existían distinciones internas: algunos se reconocían como sefardíes, descendientes de los judíos expulsados de España en 1492, que habían rehecho su vida en ciudades del Imperio; otros como mizrahíes, es decir, orientales, herederos de comunidades muy antiguas asentadas en la región desde tiempos bíblicos.

En conjunto, la identidad en la época otomana era múltiple y fragmentada: imperial, religiosa, local y comunitaria, pero nunca una identidad nacional unificada en el sentido moderno.

### **La vida bajo los otomanos**

Durante la mayor parte del dominio otomano, la región era periférica y relativamente pobre, lejos de los centros de poder en Estambul y Anatolia. Jerusalén no era capital provincial, pero su importancia espiritual le otorgó un papel especial. En 1872, los otomanos la convirtieron en un mutasarrifato (distrito autónomo), que dependía directamente del sultán debido a la presión internacional de las potencias europeas, interesadas en la “Tierra Santa”.

En el siglo XIX, con el auge de los nacionalismos europeos y la competencia imperialista, Francia, Gran Bretaña, Rusia y Alemania comenzaron a disputar influencia en Jerusalén y sus alrededores. Financiaron iglesias, monasterios, consulados, hospitales y escuelas, tratando de ganar el favor de las comunidades locales.

Al mismo tiempo, comunidades judías fueron creciendo en número, especialmente en Jerusalén, Hebrón, Safed y Tiberíades, apoyadas por filántropos judíos europeos como Moisés Montefiore. Este renacimiento judío preparó el terreno para el movimiento sionista que surgiría a finales del siglo XIX.

### **Del Imperio Otomano al Mandato Británico**

Con la caída del Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial, la región pasó a manos de Gran Bretaña bajo el Mandato Británico de Palestina (1922–1948), establecido por la Sociedad de Naciones. El término “Palestina”, que hasta entonces había sido un nombre geográfico y administrativo sin carácter nacional, se convirtió en la designación oficial del territorio gestionado por los británicos.

En ese nuevo marco, por primera vez, todos los habitantes –judíos, musulmanes y cristianos– fueron llamados en los documentos internacionales “palestinos”. Sin embargo, esta identificación no fue uniforme: mientras que la comunidad judía, vinculada al sionismo, fue consolidando la idea de un Estado propio, la población árabe local comenzó a desarrollar su propia conciencia nacional en respuesta a esos cambios.

## **El surgimiento de una identidad palestina**

Hasta entonces, los árabes de la región se habían identificado principalmente como parte de la Gran Siria (*Bilād al-Shām*), o bien como árabes otomanos, sujetos del sultán. El sentido de pertenencia era religioso, familiar o local, no nacional. Pero bajo el Mandato Británico, en un contexto de creciente inmigración judía y de competencia política en torno a la tierra, emergió gradualmente una identidad árabe palestina.

Este proceso de formación identitaria no ocurrió de un día para otro, ni fue homogéneo en toda la población. Se trató más bien de una construcción paulatina, alimentada por diferentes factores que poco a poco fueron confluyendo.

Por un lado, estaba la herencia del nombre administrativo británico “Palestina”, que al ser adoptado en documentos oficiales, pasaportes y mapas, terminó por ofrecer un término común que antes no existía como referencia identitaria.

A esto se sumó la oposición al proyecto sionista. La llegada creciente de inmigrantes judíos y la perspectiva de un Estado propio para ellos generó en la población árabe local la percepción de que era necesario articularse como un grupo diferenciado, capaz de defender sus intereses frente a un movimiento político organizado y apoyado internacionalmente.

Finalmente, el eco de los nacionalismos árabes que se extendían en países vecinos como Siria, Egipto e Irak contribuyó a reforzar la idea de pertenencia a una comunidad árabe más amplia, pero al mismo tiempo con rasgos propios en el marco de la Palestina mandataria.

De la combinación de estos elementos fue surgiendo, de manera gradual y diversa, lo que más tarde se consolidaría como la identidad palestina moderna.

De este modo, lo que durante siglos había sido solo un nombre geográfico comenzó a transformarse en un marco identitario político y nacional, dando origen al pueblo palestino moderno. Aquí, en los años del Mandato Británico, podemos situar el nacimiento histórico de una identidad que hasta entonces no existía como tal.

Los árabes que comenzaron a reconocerse como palestinos durante el Mandato Británico no provenían de una sola raíz, ni podían trazarse a un linaje uniforme. Eran el resultado de una larga historia de migraciones, asentamientos y mezclas culturales que habían dado forma a la población del sur del Levante.

En primer lugar estaban los árabes locales de habla árabe, descendientes de tribus y clanes que se habían establecido en la región desde los tiempos de la expansión islámica en el siglo VII. A ellos se sumaban los sirios y libaneses, familias venidas de Damasco, Homs, Alepo o Tiro, que encontraron en ciudades portuarias como Jaffa, Haifa o Acre un lugar para comerciar y prosperar.

Otro grupo significativo fue el de los egipcios, en su mayoría campesinos y soldados llegados durante el gobierno de Mehmet Alí en la primera mitad del siglo XIX. Muchos se asentaron en Gaza y en la llanura costera, dejando una huella que todavía hoy se reconoce en apellidos y tradiciones.

Los beduinos del Negev y de Transjordania también formaban parte esencial de este mosaico. Eran tribus nómadas o seminómadas que recorrían las zonas áridas, manteniendo sus costumbres tribales y sus vínculos con clanes de la Península Arábiga.

A este entramado se añadieron los magrebíes, inmigrantes procedentes del norte de África — Marruecos, Argelia, Túnez— que llegaron en los siglos XVIII y XIX, muchos de ellos instalándose en Jerusalén y Hebrón.

Durante la época otomana también llegaron turcos y circasianos, minorías militares y administrativas que, con el paso de las generaciones, fueron adoptando el árabe y se integraron en la vida local.

Finalmente, un componente fundamental fueron los cristianos árabes: griegos ortodoxos, coptos, armenios arabizados, que mantuvieron sus liturgias y comunidades pero se insertaron en la sociedad árabe de la región.

De esta diversidad de orígenes, unida por la lengua árabe y, en su mayoría, por la religión islámica sunní —aunque con importantes minorías cristianas—, comenzó a forjarse en el siglo XX una conciencia palestina moderna. No era la herencia de una sola tribu o un solo pueblo antiguo, sino la cristalización de muchas corrientes históricas que, en el contexto del Mandato Británico, encontraron un nombre y una identidad común: la de palestinos.

Todos estos grupos, unidos por el idioma árabe y mayoritariamente por la religión islámica sunní (aunque también había minorías cristianas y musulmanas chiíes), empezaron a concebirse como parte de una misma comunidad política: los árabes palestinos.

Lo decisivo fue que, bajo el Mandato Británico, la palabra “*Palestina*” dejó de ser solamente un término geográfico heredado de imperios anteriores y pasó a convertirse en un marco identitario nacional moderno. Desde ese momento, el “palestino” ya no era únicamente el habitante de un territorio sin distinción política, sino la expresión de un pueblo en formación, con conciencia propia y diferenciada de los sirios, egipcios o jordanos.

Este proceso estuvo marcado por una paradoja interesante: en los primeros años del Mandato, el término *palestino* se aplicaba a todos los residentes del territorio, tanto árabes como judíos. Los documentos británicos, los pasaportes, los sellos postales y la prensa internacional hablaban de “judíos palestinos” y “árabes palestinos” indistintamente, porque ambos formaban parte de la misma circunscripción administrativa.

Con el tiempo, sin embargo, los caminos se fueron separando. La comunidad judía, vinculada al movimiento sionista, fue articulando su identidad en torno a la idea de un Estado judío en Eretz

Israel, diferenciándose cada vez más del término *palestino*. Los árabes del Mandato, en cambio, empezaron a apropiarse de ese nombre para definirse como un colectivo nacional propio, en oposición tanto al sionismo como a la división del mundo árabe circundante.

Así, bajo el Mandato Británico, se sentaron las bases de una doble transformación: Por un lado, la palabra *Palestina* se consolidó como un territorio claramente delimitado en mapas y documentos oficiales. Por otro, emergió la identidad palestina árabe, distinta de la identidad judía, aunque ambas hubieran compartido en los inicios el mismo marco administrativo y el mismo gentilicio.

## La historia del pueblo judío

Antes de avanzar hacia la historia reciente, es necesario volver atrás. Ya hemos visto cómo el mundo musulmán dejó su huella en las tierras del Levante, pero para comprender verdaderamente la complejidad de la región debemos recordar también el largo recorrido del pueblo judío: una historia de fe, dispersión y retorno, marcada por una relación inquebrantable con la tierra de Israel, incluso en los siglos más oscuros de exilio y persecución.

Tras la derrota de la revuelta de Bar Kojba en el año 135 d. C., Roma intentó arrancar de raíz la presencia judía. Miles murieron en combate, otros fueron vendidos como esclavos o huyeron hacia Mesopotamia, Arabia, Egipto y, con el tiempo, hacia Europa. Sin embargo, la desaparición total nunca ocurrió. Miles permanecieron en la región: algunos practicando su fe en secreto, otros reorganizando comunidades en nuevas ciudades. Pese a la devastación, la vida judía se negó a extinguirse: se transformó, se replegó, pero siguió latiendo entre las montañas de Judea y los valles de Galilea.

## El Sanedrín y el judaísmo rabínico

Tras la catástrofe del 135, el Sanedrín —máxima autoridad judicial y religiosa del pueblo judío— se convirtió en un símbolo de resistencia espiritual. Para sobrevivir, fue trasladándose de ciudad en ciudad: primero a Usha, luego a Séforis (Zippori) y finalmente a Tiberíades, en el corazón de Galilea. Allí, lejos de Jerusalén pero fiel a su misión, el Sanedrín mantuvo su función de guía espiritual, legislativa y judicial.

De ese tiempo de exilio interior nació un acontecimiento decisivo: hacia el año 200 d. C., el rabino Yehudá ha-Nasí (Judá el Príncipe) recopiló y organizó la Mishná, el texto que dio forma al judaísmo rabínico y aseguró la preservación de la tradición oral. Siglos más tarde, entre los siglos III y V, en Tiberíades y Cesarea, se redactó el Talmud de Jerusalén, obra monumental que testimonia la vitalidad intelectual y espiritual judía en la tierra de Israel.

Este hecho es una prueba irrefutable: si alguien afirmara que “ya no quedaban judíos” tras la derrota romana, bastaría recordar que tanto la Mishná como el Talmud de Jerusalén —los textos fundacionales del judaísmo posterior al Templo— fueron escritos allí mismo. Su mera existencia demuestra que había comunidades vivas, maestros y discípulos, casas de estudio y una llama espiritual que, pese a las persecuciones, nunca se apagó.

## Comunidades en Galilea y Judea

Tras la devastación provocada por las guerras contra Roma, la vida judía en la tierra de Israel quedó profundamente herida, pero no desapareció. Lejos de extinguirse, se replegó hacia nuevas zonas donde pudo sobrevivir y reorganizarse. La mayor concentración de comunidades se dio en Galilea, donde ciudades como Séforis, Tiberíades y Usha se convirtieron en centros de enseñanza y de vida comunitaria. También en Lydda (Lod), al sur de Samaria, florecieron núcleos rabínicos de gran influencia.

Más allá de Galilea, hubo judíos que lograron mantenerse en la llanura costera y en la región montañosa. Incluso en Jerusalén, a pesar de las duras restricciones impuestas por Roma —que prohibía a los judíos entrar salvo en fechas concretas como el Tishá B'Av—, se documenta la existencia de pequeños grupos que nunca se resignaron a abandonar por completo la ciudad santa.

Esta presencia no es una conjetura ni un mito transmitido de generación en generación: se apoya en fuentes históricas y arqueológicas sólidas. Aunque Flavio Josefo escribió antes del 135, su obra describe la densidad de población judía en la región, lo que ayuda a comprender el contexto previo a las revueltas. Posteriormente, inscripciones funerarias halladas en Galilea y en el Golán dan testimonio directo de familias judías asentadas en esos lugares. Los textos rabínicos —especialmente la Mishná y el Talmud de Jerusalén, redactados entre los siglos II y V— confirman la vitalidad intelectual y espiritual de esas comunidades. Cronistas bizantinos y árabes posteriores también registran la presencia de judíos en Jerusalén, Galilea y la costa, reforzando así la idea de una continuidad ininterrumpida.

Así, aunque reducida en número y sometida a persecuciones, la presencia judía en la tierra nunca se extinguió: persistió como una llama que se negaba a apagarse.

## Persistencia entre persecuciones

La continuidad judía en la tierra de Israel, después del siglo II, estuvo lejos de ser fácil. Cada etapa histórica trajo consigo nuevas restricciones, episodios de violencia y largas épocas de pobreza. Sin embargo, pese a todo, las comunidades judías lograron sobrevivir.

Durante la época bizantina (siglos IV al VII), cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial del Imperio, las condiciones se endurecieron. Se restringió la construcción y reparación de sinagogas, se impusieron impuestos especiales a los judíos y se limitaron sus derechos cívicos. Aun así, se documenta la existencia de comunidades en Tiberíades, Cesarea y Jerusalén, lo que demuestra que la vida judía, aunque marginada, persistía.

Con la conquista árabe en el siglo VII (638 d. C.), la situación cambió de signo. El Islam otorgó a los judíos el estatus de dhimmi, es decir, minoría protegida dentro del sistema islámico. Este estatuto se basaba en una idea teológica: los judíos y los cristianos eran considerados “Ahl al-Kitāb” —*Gente del Libro*—, poseedores de revelaciones anteriores al Corán y, por tanto, merecedores de protección a cambio de aceptar la autoridad musulmana.

A cambio de esa protección, los dhimmíes debían pagar impuestos diferenciados (*jizya*) y aceptar una posición social subordinada. Sin embargo, en comparación con el dominio bizantino —bajo el

cual los judíos habían sido perseguidos, se les prohibía construir nuevas sinagogas y se limitaba su vida comunitaria—, el sistema islámico resultó en muchos aspectos más tolerante y estable.

Las comunidades judías que ya existían en la tierra de Israel pudieron revivir con mayor libertad, especialmente en Jerusalén y Galilea, donde se reabrieron sinagogas y casas de estudio. Este resurgir no fue una creación nueva, sino la continuación de una presencia antigua que, pese a los imperios y las persecuciones, nunca se había extinguido del todo.

La llegada de las Cruzadas (siglos XI–XIII) supuso un nuevo golpe devastador. En 1099, durante la toma de Jerusalén en la Primera Cruzada, los cruzados masacraron a los judíos junto con la población musulmana, incendiando sinagogas con sus fieles dentro. Sin embargo, tras la conquista de la ciudad por Saladino en 1187, se reabrió la posibilidad de que los judíos regresaran y restablecieran su presencia, tanto en Jerusalén como en otras localidades de la región.

Bajo el dominio de los mamelucos (siglos XIII al XVI), la situación volvió a deteriorarse. Los judíos fueron gravados con impuestos pesados, sufrieron limitaciones en sus oficios y vivieron en condiciones de gran pobreza. Aun así, las comunidades se mantuvieron en enclaves clave como Jerusalén, Hebrón, Safed, Tiberíades, Gaza y Acre. No eran multitudes, pero eran núcleos resistentes, fieles a su identidad y profundamente enraizados en su tierra ancestral.

Con la llegada del Imperio Otomano en 1517, la región del Levante —incluida la tierra de Israel— pasó a formar parte de la provincia de Bilad al-Sham, bajo control turco. Los sultanes otomanos, en particular Suleimán el Magnífico, introdujeron reformas que estabilizaron la zona y permitieron un cierto florecimiento judío. Durante los siglos XVI y XVII, Safed se convirtió en un centro espiritual de primera importancia, cuna del misticismo cabálico con figuras como Isaac Luria y Shlomo Alkabetz, autores de himnos y enseñanzas que marcaron la espiritualidad judía hasta hoy.

En los siglos posteriores, pese al estancamiento económico general del Imperio, los judíos continuaron presentes en Jerusalén, Hebrón, Safed y Tiberíades —las Cuatro Ciudades Sagradas del judaísmo—. A ellas se sumaron inmigraciones procedentes de Europa y del norte de África, especialmente tras las expulsiones de España (1492) y Portugal (1497).

Cuando el Imperio Otomano comenzó su decadencia en el siglo XIX, la población judía de la región —aunque minoritaria— seguía siendo una presencia constante y documentada, con barrios propios, sinagogas, escuelas y líderes espirituales. Con la expansión del nacionalismo moderno y el interés europeo por Oriente, la región entró en una nueva etapa.

Tras la Primera Guerra Mundial y la caída del Imperio Otomano, el territorio pasó a manos de Gran Bretaña bajo el Mandato Británico de Palestina (1920), abriendo un capítulo completamente nuevo en la historia de la tierra y de sus pueblos.

Así, a lo largo de casi dos mil años de invasiones, imperios y persecuciones, la presencia judía jamás se interrumpió por completo. No eran multitudes. No había un gran Estado judío ni ejércitos poderosos. Eran núcleos tenaces de familias, rabinos y comunidades que se negaron a desaparecer, sosteniendo la llama de su fe y la memoria de su tierra ancestral.

Incluso en sus momentos más oscuros, la tierra de Israel nunca estuvo vacía de judíos. El hilo de continuidad permaneció intacto, sosteniendo la identidad y la esperanza del regreso.

# La diáspora tras el 135 y el nacimiento de los grandes troncos judíos

Para comprender el presente de esta tierra —y las emociones, heridas y aspiraciones que la atraviesan— es esencial mirar más allá de sus fronteras físicas. La historia del pueblo judío no se limita al territorio, sino también al vínculo invisible y continuo que mantuvo con él durante siglos de dispersión. Como ya hemos visto, los judíos nunca abandonaron por completo la tierra de Israel: siempre hubo comunidades, familias y centros de estudio que resistieron bajo distintos imperios. La diáspora que siguió a la derrota del 135 d. C. no fue, por tanto, un éxodo total, sino un proceso de dispersión parcial y reconfiguración espiritual y cultural, en el que las comunidades judías, privadas de soberanía, aprendieron a sobrevivir, adaptarse y mantener viva su identidad en los márgenes de otros imperios y religiones. Comprender esa diáspora —sus causas, sus trayectorias y su legado— permite entender por qué la conexión con la tierra ancestral nunca se quebró del todo, incluso cuando el pueblo judío se convirtió en una minoría dispersa por el mundo.

Después de la derrota frente a Roma en el año 135, muchos judíos emprendieron el camino del exilio. Los destinos fueron múltiples: Babilonia (Mesopotamia), donde existía una importante comunidad desde el cautiverio del siglo VI a. C.; Egipto y el norte de África, con centros en Alejandría, Cartago y Túnez; y más tarde, el Mediterráneo oriental (Grecia, Asia Menor, Turquía). Con el paso de los siglos, estas rutas desembocaron en Europa, donde echaron raíces dos grandes troncos de la diáspora: los sefardíes, asentados en la Península Ibérica y las riberas del Mediterráneo, y los askenazíes, establecidos en el valle del Rin, Alemania, y más tarde en Polonia y Lituania.

La experiencia común fue dura: cada crisis en Europa recaía sobre las espaldas de los judíos. Si había peste, guerra o deudas impagas, el judío era señalado como culpable. Este patrón de persecución se repetirá una y otra vez en la historia europea.

## Juderías y guetos: vivir con llave

Desde la Alta Edad Media, muchas ciudades europeas comenzaron a confinar a los judíos en barrios delimitados. En la Península Ibérica estos espacios se conocieron como juderías, y en Italia, con la creación del gueto de Venecia en 1516, el término “gueto” acabaría extendiéndose por todo el continente.

Vivir en estas zonas significaba hacerlo literalmente bajo llave. La residencia era obligatoria, y las puertas de acceso se cerraban cada noche. Se imponían señales distintivas —sombreros puntiagudos, insignias o rodajas amarillas cosidas a la ropa—, decretadas tanto por concilios eclesiásticos como por las autoridades locales. Además, los judíos estaban excluidos de la tierra y de los gremios cristianos, lo que les cerraba la entrada a la mayoría de oficios, cargos públicos y formas de sustento económico.

A esto se añadía una carga fiscal diferenciada: impuestos especiales que los hacían depender del favor del soberano. En el Sacro Imperio Romano Germánico, incluso existía una figura legal para definirlos: los *servi camerae regis* (“siervos de la Cámara del rey”). Con ello se reconocía que eran

propiedad fiscal de la Corona: protegidos en la medida en que aportaran ingresos, pero vulnerables a la confiscación, la expulsión o la violencia popular cuando convenía.

En otras palabras, los judíos eran tolerados como recurso útil, pero perseguidos como chivo expiatorio.

## **El antecedente de los privilegios de Espira (1084)**

Un antecedente fundamental para entender la relación entre judíos y poder en la Europa medieval se encuentra en la ciudad de Espira (Speyer), en el valle del Rin. Allí, en el año 1084, el obispo Rüdiger Huzmann invitó a familias judías a establecerse y, para atraerlas, les concedió una serie de privilegios formales que marcarían un modelo para el futuro.

El acuerdo incluía un barrio propio, el Judenhof, que podía incluso ser amurallado, no con intención carcelaria, sino como medida de seguridad frente a ataques externos y de control fiscal por parte de las autoridades. La comunidad gozaba de un cierto autogobierno interno, con jueces y líderes que resolvían los asuntos civiles y religiosos entre los suyos.

Además, los judíos de Espira recibieron derechos económicos excepcionales para la época: podían poseer propiedades, dedicarse al comercio, prestar dinero con interés y ejercer oficios diversos. Como contrapartida, quedaban bajo la jurisdicción directa del obispo, lo que implicaba protección de sus personas y bienes, pero también el pago de impuestos y tasas especiales.

Este pacto constituye el primer intento documentado en el Occidente medieval cristiano de establecer un sistema formal que combinaba:

1. Un barrio delimitado para los judíos.
2. Derechos y protecciones legales otorgados por la autoridad.
3. Obligaciones fiscales claras, que garantizaban ingresos al poder local.

Aunque el objetivo inicial del obispo era atraer capital, conocimiento y dinamismo económico a su ciudad, el modelo de Espira acabó convirtiéndose en un precedente. Desde entonces, la experiencia judía en Europa occidental osciló siempre entre esos tres ejes: encierro, protección condicionada y utilidad económica.

Con el tiempo, este equilibrio se mostró frágil. Lo que nació como promesa de seguridad podía convertirse en trampa: comunidades judías toleradas cuando resultaban útiles, perseguidas o expulsadas cuando cambiaba la balanza política o convenía calmar el descontento popular.

## **La imagen del usurero**

La figura del judío como prestamista, tan repetida en la Europa medieval y moderna, no fue nunca una vocación financiera natural, sino el fruto de la exclusión legal y religiosa.

El derecho canónico prohibía a los cristianos practicar la usura, es decir, prestar dinero con interés. Esa prohibición abrió un vacío en la economía que debía cubrir alguien. Los judíos, marginados de la propiedad agraria, expulsados de los gremios artesanales y sin acceso a cargos públicos, fueron empujados a ocupar ese lugar. Así se convirtieron en actores fundamentales en actividades como el

préstamo de dinero, el cambio de moneda, la recaudación de impuestos (*tax farmers*) y el abastecimiento de cortes y nobleza.

En el centro de Europa, algunos alcanzaron la posición de “judíos de corte”, banqueros y consejeros financieros de príncipes y emperadores. Sin embargo, este estatus era siempre frágil y condicionado: cuando el poder necesitaba fondos, los convocaba; pero si resultaba conveniente perdonar deudas, confiscar bienes o aplacar el descontento popular, eran sacrificados sin miramientos.

El mismo sistema que los utilizaba como herramienta económica indispensable los convertía, una y otra vez, en cabezas de turco en tiempos de crisis.

## **Oficios de supervivencia**

Durante siglos, a falta de tierra y excluidos de la mayoría de los gremios, los judíos hicieron de la movilidad y la adaptación un oficio en sí mismo. Fueron comerciantes itinerantes, arrieros que cruzaban regiones con mercancías, corredores, sastres, ebanistas, joyeros, médicos, traductores e impresores.

Allí donde se les permitió, desarrollaron redes de educación y cultura. Donde no, sobrevivieron a base de resistencia comunitaria y solidaridad interna. Las *hevre* —hermandades de ayuda mutua— sostenían a los pobres, las viudas y los huérfanos, y aseguraban entierros dignos incluso en los tiempos más oscuros.

Ese tejido fino, invisible pero resistente, fue lo que mantuvo vivas a las comunidades judías cuando todo parecía empujarlas hacia la desaparición. No fue riqueza ni poder lo que aseguró su continuidad, sino una combinación de aprendizaje, oficio, resiliencia y fe compartida.

## **Los viejos libelos, las viejas hogueras**

La historia medieval europea revela un patrón que se repite una y otra vez: cada vez que el continente estornudaba, la judería sangraba.

En 1096, durante la Primera Cruzada, las turbas que marchaban hacia Tierra Santa descargaron su fanatismo en las comunidades judías del valle del Rin. Worms, Maguncia y Espira fueron escenario de matanzas indiscriminadas: hombres, mujeres y niños asesinados en masa, sin más culpa que la de ser judíos, mientras los cruzados gritaban que así servían a Cristo.

Dos siglos más tarde, la tragedia se repitió con la Peste Negra (1348–1351). La peste bubónica arrasaba Europa, y la desesperación buscó un culpable. Los judíos fueron acusados falsamente de envenenar los pozos, y esa superstición desencadenó una ola de pogromos que recorrió ciudades enteras. Miles fueron asesinados, expulsados o quemados vivos, mientras sus bienes eran saqueados.

A lo largo de los siglos surgieron una y otra vez los mismos pretextos: los libelos de sangre, que acusaban a los judíos de secuestrar y sacrificar niños cristianos; o las acusaciones de profanar hostias consagradas, presentadas como “pruebas” de supuestas herejías. Estas historias, sin base alguna, funcionaban como herramientas políticas y sociales: servían para inflamar a las multitudes, justificar saqueos y legitimar persecuciones.

Las expulsiones terminaron de trazar un mapa de exclusión: Inglaterra expulsó a los judíos en 1290; Francia lo hizo en varias oleadas a lo largo de los siglos XIV y XV; y finalmente, en la Península Ibérica, llegó el clímax con el Edicto de Granada de 1492, por el cual los Reyes Católicos ordenaron la salida de todos los judíos que no aceptaran convertirse. En Portugal, la expulsión siguió en 1497, completando así el ciclo en la península.

Los que permanecieron lo hicieron bajo la condición de conversos. Se vieron obligados a abrazar el cristianismo, muchas veces de manera forzada. Pero ni siquiera esa renuncia pública a su fe ancestral les trajo tranquilidad: vivieron bajo la sombra permanente de la sospecha, acusados de practicar en secreto el judaísmo y perseguidos por la Inquisición, que convirtió la vida de miles en un continuo estado de miedo, delación y hoguera.

La judería medieval europea fue, así, un espejo de la fragilidad de la tolerancia: aceptada en tiempos de bonanza, pero señalada y destruida en cada crisis, víctima de libelos, supersticiones y del uso político del odio.

## **El mapa se mueve: del Rin a Polonia-Lituania**

Mientras Europa Occidental cerraba puertas, Europa del Este abrió las suyas. En el estatuto de Kalisz (1264) y posteriores privilegios, los reyes polacos ofrecieron a los judíos autonomía comunitaria (*kehilot*), tribunales rabínicos propios, libertad de comercio y seguridad jurídica.

Allí, en Polonia-Lituania, florecieron escuelas rabínicas (*yeshivot*), imprentas hebreas, corrientes espirituales como la mística jasídica y una vida cultural vibrante que dio al judaísmo nuevas formas de expresión.

Sin embargo, la rueda de la historia volvería a girar. Con las particiones de Polonia en el siglo XVIII y el dominio zarista, los judíos quedaron confinados en la llamada Zona de Asentamiento (Pale of Settlement), un corredor que abarcaba Ucrania, Bielorrusia, Polonia y Lituania, donde la pobreza, los pogromos y la persecución se convirtieron en parte cotidiana de la vida.

## **“Pogromo”: la palabra que Europa aprendió a la fuerza**

El siglo XIX parecía traer una promesa nueva para los judíos de Europa. La Revolución Francesa había proclamado en 1791 la emancipación de los judíos, reconociéndolos como ciudadanos plenos. Poco a poco, este modelo se fue extendiendo hacia Alemania, Austria y Europa Central, abriendo las puertas a la integración en la vida pública y cultural.

Fue la época de la Haskalá, la ilustración judía, que alentó la educación laica, la participación en la ciencia, la literatura y las artes. Los judíos comenzaron a destacar en la medicina, la abogacía, la prensa y la banca moderna. Apellidos como Rothschild se convirtieron en sinónimo de influencia económica. Parecía que la historia de exclusión y encierro en guetos iba quedando atrás.

Pero el antisemitismo no desapareció: mutó. Adoptó nuevas formas, revestidas de modernidad. En Francia, el caso Dreyfus (1894) mostró cómo un capitán judío del ejército podía ser falsamente acusado de traición, desatando un debate nacional plagado de odio y teorías conspirativas. En Europa oriental, en cambio, el antisemitismo se manifestó con brutalidad en las calles bajo una palabra nueva que Europa tendría que aprender a la fuerza: pogromo.

Entre 1881 y 1884, tras el asesinato del zar Alejandro II, estallaron violentas oleadas de ataques en Rusia y Ucrania: casas incendiadas, comercios saqueados, comunidades enteras devastadas. El gobierno zarista, temeroso de las ideas liberales y revolucionarias, utilizó el antisemitismo como herramienta política, fomentando el odio popular para desviar la frustración social. Los judíos, confinados durante siglos en la “Zona de Asentamiento” y marginados de la vida económica y cívica, se convirtieron en un blanco fácil.

El pogromo de Kishinev (1903) fue el más emblemático: durante tres días, las turbas atacaron sin que la policía interviniera, dejando decenas de muertos y cientos de heridos. Dos años más tarde, los pogromos de Odesa (1905) y otros cientos de episodios similares extendieron el terror por todo el Imperio ruso. No se trató de hechos aislados, sino de una política de persecución tolerada o incluso alentada por las autoridades, que veían en el antisemitismo una válvula de escape para contener el malestar social.

Durante la guerra civil en Ucrania (1919–1921), la situación alcanzó niveles atroces. En medio del caos entre bolcheviques, nacionalistas y ejércitos blancos, los judíos fueron acusados por unos de comunistas y por otros de burgueses, convirtiéndose en víctimas de todos. Decenas de miles fueron asesinados en aldeas y shtetls, en ocasiones con la complicidad o pasividad de las fuerzas locales.

Estas matanzas no solo dejaron una herida imborrable en la memoria judía del Este europeo, sino que precipitaron un éxodo masivo hacia Europa occidental, América y la tierra de Israel. En ese contexto de desesperanza y persecución nacería también el movimiento sionista, como respuesta al anhelo de recuperar un hogar seguro y una identidad nacional libre del odio.

La paradoja era cruel: cuando ya no existía el gueto de piedra, el gueto volvía a levantarse en forma de golpes, linchamientos y hogueras improvisadas en las calles.

## **1492 cambia el mapa judío... y el Mediterráneo**

Volvamos al año 1492: éste marcó un antes y un después en la historia judía y en la propia configuración del Mediterráneo. Mientras en la Península Ibérica los Reyes Católicos firmaban el Edicto de Granada, ordenando la expulsión de todos los judíos que no aceptaran convertirse al cristianismo, en Portugal la medida se replicó en 1497. Decenas de miles de sefardíes —llamados así por *Sefarad*, nombre hebreo para España— se vieron forzados a dejar atrás siglos de vida cultural, económica y espiritual en la península.

En el otro extremo del mar, sin embargo, alguien entendió lo que otros desperdiciaban. El sultán otomano Bayaceto II comentó con ironía: “*Dicen que Fernando es un rey sabio, pero al expulsar a los judíos enriquece mis dominios y empobrece los suyos*”. No tardó en abrir las puertas del Imperio otomano a los judíos expulsados, ofreciéndoles refugio y oportunidades.

Los sefardíes se instalaron en ciudades como Salónica, Estambul y Esmirna. Allí llevaron consigo su idioma, el ladino, sus redes comerciales, técnicas artesanales y saberes. El resultado fue tan decisivo que en varias etapas de los siglos XVI y XVII, Salónica llegó a ser una ciudad mayoritariamente judía, irradiando personas, ideas y recursos hacia todo el Mediterráneo oriental.

## 1517: los otomanos cambian la balanza

En los años 1516–1517, las campañas del sultán Selim I arrebataron la región de la tierra de Israel al dominio mameluco. Con ello, el Imperio otomano se convirtió en la nueva potencia que marcaría el destino de Oriente Medio durante los cuatro siglos siguientes. Poco después, bajo el reinado de Suleimán el Magnífico, comenzó una etapa distinta: un tiempo de relativa estabilidad que ofreció a las comunidades judías la posibilidad de renacer y organizarse.

Uno de los gestos más simbólicos de esta nueva era fue la reconstrucción de las murallas de Jerusalén en 1538, ordenada por Suleimán. Con ellas, la ciudad quedó consolidada como centro vital de las tres religiones monoteístas. Los judíos, que durante siglos habían vivido entre restricciones y persecuciones, pudieron asentarse con mayor seguridad y recibir cierta protección bajo el sistema otomano de millets, que otorgaba a cada comunidad un estatuto propio.

Sin embargo, el fenómeno más transformador de esta etapa se vivió en Galilea, donde se produjo un renacimiento espiritual y económico sin precedentes. Allí, entre montañas cubiertas de olivos y brumas matinales, se gestó un nuevo corazón para la vida judía.

En Safed (Tzfat), una ciudad suspendida entre el cielo y la piedra, floreció un dinamismo inusual. Los talleres de lana y tintes perfumaban el aire con el olor del añil y la seda; las calles resonaban con el bullicio de los comerciantes sefardíes que habían llegado desde el Mediterráneo. Pero más allá del comercio, lo que distinguió a Safed fue su efervescencia espiritual. La ciudad se convirtió en el epicentro del misticismo judío, un faro de luz en medio del exilio.

Allí coincidieron almas extraordinarias. Rabí Yosef Caro, autor del *Shulján Aruj*, reunió y codificó las leyes judías dispersas por siglos de diáspora, dando unidad al pueblo en la práctica y la fe. Isaac Luria, conocido como *ha-Ari*, trajo consigo una revolución espiritual: su cábala luriánica ofrecía una nueva visión del universo, donde la creación, la ruptura y la reparación (tikkún) formaban parte del gran drama divino. Moshe Cordovero, maestro anterior al Arí, había sistematizado el pensamiento cabalístico, tendiendo puentes entre la razón y el misterio. Y Shlomó Alkabetz, poeta y místico, escribió el himno *Lejá Dodí*, que aún hoy se entona cada viernes al recibir el Shabat en todas las sinagogas del mundo.

Durante el siglo XVI, Safed fue más que una ciudad: fue un santuario de sabiduría, un laboratorio del alma donde la mística, la ley y la poesía se entrelazaron para dar esperanza a un pueblo disperso. Desde sus colinas, el eco de sus enseñanzas viajó a Europa, al Magreb y al Imperio Otomano, renovando la vida espiritual del judaísmo entero.

Al mismo tiempo, Tiberíades vivió su propio renacimiento gracias al mecenazgo de una figura poco común para la época: Doña Gracia Mendes Nasi, una poderosa mujer sefardí, empresaria y benefactora, expulsada de la Península Ibérica. Junto a su sobrino, José Nasi, obtuvo del sultán otomano concesiones para repoblar y cultivar la región, estableciendo allí un floreciente centro judío. Bajo su impulso, Tiberíades resurgió como un lugar de estudio, agricultura y comercio, símbolo de la resiliencia sefardí.

Más al sur, en Hebrón, un pequeño pero constante grupo de familias judías mantuvo viva la llama junto a la Tumba de los Patriarcas, donde la tradición ubica los restos de Abraham, Isaac y Jacob. Ese lugar, cargado de memoria ancestral, siguió siendo punto de peregrinación, oración y arraigo.

En Jerusalén, los barrios judíos crecieron tanto dentro como fuera de las murallas. A pesar de las limitaciones impuestas por las autoridades locales, la población judía mantuvo su continuidad, levantando sinagogas, escuelas y hogares que tejieron la vida cotidiana alrededor del Muro Occidental y el Monte del Templo.

Incluso en los puertos de Jaffa y Haifa, por entonces modestos pueblos de pescadores, comenzó un lento pero constante desarrollo. Nadie lo imaginaba entonces, pero aquellas costas se convertirían siglos después en los puntos de llegada de las migraciones judías modernas, los primeros pasos de un retorno largamente soñado.

Así, bajo el amparo del Imperio Otomano, el pueblo judío vivió en la tierra de Israel una etapa de reconstrucción espiritual y material. No fue un renacimiento político, pero sí uno del alma: un tiempo en que el exilio se transformó en propósito, la fe en creación, y la historia volvió a latir desde las colinas de Galilea hasta los muros de Jerusalén.

Así, bajo el dominio otomano, la presencia judía en la tierra de Israel se reanimó. No fue una época libre de dificultades, pero comparada con los siglos de Bizancio, Cruzadas y mamelucos, representó un giro: los judíos no solo sobrevivieron, sino que florecieron en ciudades y centros espirituales que marcarían la identidad judía durante generaciones.

### **¿Por qué los otomanos los querían?**

La respuesta era simple: porque resultaba beneficioso. Bajo el sistema millet, cada comunidad religiosa gozaba de estatuto propio a cambio de impuestos. Los judíos aportaban comercio, oficios, saberes técnicos, imprenta y redes mercantiles. Para un imperio en plena expansión mediterránea, los sefardíes recién llegados fueron un activo valioso.

Lejos de ser tolerados por piedad, fueron recibidos porque contribuían a la riqueza, el dinamismo y la estabilidad del imperio.

## **El tiempo del Imperio otomano**

Durante el dominio otomano, que se extendió entre 1517 y 1917, la región que hoy conocemos como Israel y Palestina, para los turcos era simplemente una parte de sus provincias de Siria. La administración se dividía en grandes distritos: Damasco, Sidón y, desde 1872, el Mutasarrifato de Jerusalén, que dependía directamente de Estambul debido a la importancia religiosa de la ciudad. Dentro de esos marcos se incluían ciudades como Jerusalén, Hebrón, Jaffa, Gaza, Acre, Safed o Tiberíades.

El nombre “Palestina” circulaba en la tradición cristiana y europea heredada de los romanos, pero no formaba parte de la cartografía administrativa otomana. Para Estambul, aquella tierra era sobre todo la “Siria del sur”, gobernada por pachás y beys locales.

La población era diversa: árabes musulmanes, árabes cristianos, judíos, drusos, circasianos y armenios, entre otros. Pero lo que a menudo se olvida es que la presencia judía nunca desapareció, ni siquiera antes de las grandes oleadas migratorias modernas.

## La foto previa a las *aliyot*: los censos Montefiore (1839–1875)

En pleno siglo XIX, Sir Moses Montefiore, un filántropo judío británico, encargó cinco censos detallados de los judíos que vivían en la Tierra de Israel. Estos registros —1839, 1840, 1849, 1855, 1866 y 1875— son una fuente sólida y minuciosa: listados nominativos de familias, oficios, viudas y rabinos, organizados por ciudades y congregaciones en Jerusalén, Safed, Tiberíades, Hebrón, Jaffa, Haifa, Acre y Nablus.

Los números hablan por sí solos. Jerusalén pasó de 2.916 judíos en 1839 a 11.237 en 1875, un crecimiento sostenido que refleja cómo la ciudad expandió barrios fuera de las murallas mucho antes de las *aliyot*. Safed, pese al terremoto devastador de 1837, se recuperó y en 1875 contaba con 3.753 judíos. Tiberíades fluctuó, pero mantuvo estabilidad con más de 1.500 personas. Hebrón, pequeña pero constante, duplicó su población entre 1839 y 1875, con presencia sefardí y también jasídica (Chabad). Incluso Jaffa, el puerto que más tarde sería clave para los pioneros, ya tenía 660 judíos en 1875: su desarrollo había comenzado antes de 1882.

En total, el primer censo de 1839 registraba unos 6.500 judíos en toda la región. Para 1882, el año previo a la Primera Aliyá, las estimaciones subían a unos 24.000, concentrados en las cuatro ciudades santas —Jerusalén, Safed, Tiberíades y Hebrón— y en algunos puertos emergentes como Jaffa.

Antes de la Primera Aliyá hay un punto de inflexión: la Alliance Israélite Universelle abre escuelas (Jerusalén 1868) y funda el instituto agrícola Mikvé Israel (1870), camino de Jaffa: el primer proyecto judío moderno fuera de las murallas; de ahí saldrán muchos de los cuadros agrícolas de las futuras colonias.

### Entonces llegan los pioneros: ¿y qué encuentran?

El asentamiento judío moderno en la tierra de Israel no comenzó de golpe con multitudes, sino con pequeños pasos firmes que marcaron un antes y un después. El primero fue Mikvé Israel, fundado en 1870 como escuela agrícola en tierras cedidas por el sultán otomano. Allí jóvenes aprendían a trabajar la tierra, a cultivar, a drenar, a levantar huertos y viñedos. Era mucho más que una escuela: fue el laboratorio donde se forjaron los pioneros que después fundarían aldeas enteras.

La verdadera chispa llegó con la Primera Aliyá (1882–1903). Familias enteras, en su mayoría procedentes del Imperio ruso y de Rumanía, comenzaron a asentarse en colonias agrícolas que hoy forman parte del mapa vivo de Israel: Rishon LeZion, Rosh Pinna, Zikhron Ya'akov, Gedera, Yesud HaMa'ala, Hadera, Rehovot, además de la re-fundación de Petaj Tikva, que había sido iniciada ya en 1878. Estas aldeas, conocidas como *moshavot*, eran pequeñas comunidades de propiedad privada y trabajo agrícola. Al principio sobrevivieron con dificultad, pero pronto contaron con el apoyo decisivo del Barón Edmond de Rothschild, que financió cultivos, bodegas, pozos y escuelas.

¿Con qué se encontraron al llegar? No con campos fértiles y listos, como a veces se imagina desde fuera, sino con una tierra que exigía sudor y, muchas veces, vidas. En lugares como Hadera, los colonos tuvieron que drenar marismas infestadas de malaria, y muchos murieron de paludismo antes de estabilizar la comunidad. En el valle de Hule, la malaria era endémica y siguió cobrándose víctimas hasta bien entrado el siglo XX. La lucha contra la tierra fue tan dura como la lucha por defenderla.

Las tierras no fueron tomadas por la fuerza, sino compradas legalmente, en el marco de la Ley de Tierras de 1858 del Imperio otomano. La mayoría de las operaciones se hacían con grandes terratenientes ausentistas, muchos de ellos en Beirut o Damasco, que vendían parcelas que hasta entonces estaban mal explotadas o apenas habitadas. Sin embargo, este proceso generaba tensiones: las normas del catastro imperial no siempre reflejaban las formas de tenencia comunal de tribus y aldeas locales, lo que producía fricciones en el terreno.

La seguridad era otro desafío. El campo estaba marcado por bandidaje rural, tensiones tribales y saqueos ocasionales. Los colonos comenzaron a organizar guardias armadas, y de esa experiencia nacerían más tarde las primeras milicias judías, antecedentes directos de la Haganá.

Pero no partieron de cero. Alrededor estaba el Viejo Yishuv, la comunidad judía preexistente en Jerusalén, Hebrón, Safed y Tiberíades, con sus sinagogas, escuelas y tribunales rabínicos. Además, las escuelas de la Alliance Israélite Universelle ofrecían formación moderna, constituyendo una retaguardia civil para los recién llegados.

Y tampoco estaban solos en la colonización agrícola. En paralelo, los templarios alemanes, un movimiento religioso protestante, levantaban colonias con trazados modernos, prensas hidráulicas y bodegas. Su red alcanzó unos 2.000 habitantes antes de la Primera Guerra Mundial y aportó técnicas y comercio que también influirían en el entorno.

En conjunto, la llegada de estos pioneros transformó un paisaje marcado por la malaria, la inseguridad y el abandono, en un laboratorio vivo de modernización, agricultura y organización comunitaria. Era el inicio tangible de un regreso que ya no sería simbólico ni teológico, sino físico y cotidiano.

### **La foto tardía: el censo otomano de 1914**

Ya en vísperas de la Primera Guerra Mundial, con las primeras *aliyot* en marcha, los registros otomanos confirman la continuidad y el crecimiento. En 1914 había en Jerusalén 18.190 judíos; en Jaffa 2.105; en Hebrón 721; en Gaza 243. En Galilea, Safed contaba con 4.126, Tiberíades con 3.060, Haifa con 1.099 y Acre con 106.

Es decir: mucho antes de Herzl, del sionismo político y de la Primera Aliyá, había vida judía establecida en la Tierra de Israel, con familias, barrios y sinagogas documentadas. Lo que las *aliyot* modernas hicieron fue ampliar y dinamizar esa presencia, no inventarla desde cero.

En tiempos del Imperio otomano, la tierra que Roma había rebautizado como “Palestina” era en realidad para Estambul parte de Siria, dividida en distritos administrativos. Sus habitantes eran diversos, pero entre ellos los judíos mantuvieron una presencia continua y creciente, documentada con nombres y números mucho antes de 1882. Los censos de Montefiore y los registros otomanos de 1914 son prueba contundente: cuando se habla de un supuesto vacío, la historia ofrece otra imagen, la de comunidades persistentes que nunca se fueron.

### **Del gueto a Sion: las *aliyot***

A finales del siglo XIX, la vida judía en Europa llegó a un punto de quiebre. Dos corrientes se cruzaron con fuerza: por un lado, el antisemitismo político, que ya no se escondía tras prejuicios

religiosos, sino que se expresaba abiertamente en discursos, panfletos y partidos; por otro, el auge de los nacionalismos europeos, que proclamaban que cada pueblo tenía derecho a un Estado propio.

Este último punto es esencial: entre 1848 y 1918, Europa fue un laboratorio de naciones en construcción. El Imperio austrohúngaro, el otomano y el zarista aún contenían decenas de pueblos sin Estado. En esos años surgieron y se consolidaron los movimientos nacionales de italianos, griegos, polacos, checos, serbios, húngaros y búlgaros. La idea de que un pueblo disperso y oprimido tenía derecho a recuperar su tierra y su soberanía estaba en el aire.

Para los judíos, esta lógica se volvió inevitable: si los polacos aspiraban a Polonia, los griegos a Grecia y los italianos a Italia, ¿por qué el pueblo judío —uno de los más antiguos de Europa y Oriente Medio— debía resignarse a vivir siempre como minoría, perseguido en cada crisis y tolerado solo por conveniencia? El antisemitismo político les dio la respuesta: si Europa no los quería como ciudadanos plenos, la salida era volver a casa. Así nació el sionismo político, con Theodor Herzl como su principal referente, quien en su obra *Der Judenstaat* (1896) planteó el regreso a la tierra de Israel como proyecto nacional moderno.

## **Las *aliyot*: olas de regreso**

Las migraciones organizadas hacia la tierra ancestral recibieron el nombre de *aliyot*, palabra hebrea que significa literalmente “*ascensos*”. El término no era casual: en la tradición judía, “subir a Sion” nunca fue solo un viaje físico, sino un acto de elevación espiritual, una manera de volver a conectar el alma del pueblo con la tierra que lo vio nacer.

Después de siglos de exilio, dispersión y persecución, cada *aliá* representaba un nuevo latido en la historia del retorno. No eran conquistas ni invasiones: eran familias, jóvenes y soñadores que, empujados por el dolor del exilio y la esperanza del renacer, emprendían el camino de regreso.

### **La Primera Aliyá (1882–1903)**

La primera gran oleada moderna comenzó en 1882, tras los pogromos que devastaron las comunidades judías del Imperio ruso y de Rumanía. Eran campesinos, artesanos y familias enteras que, cansados de huir, decidieron volver a empezar desde la tierra. Fundaron las primeras colonias agrícolas, llamadas *moshavot*, en lugares como Petaj Tikva, Rishon LeZion y Zikhron Ya’akov. Sin experiencia ni recursos, lucharon contra enfermedades, pantanos y pobreza, pero plantaron las primeras semillas del retorno moderno.

### **La Segunda Aliyá (1904–1914)**

Le siguió una generación distinta: jóvenes idealistas, muchos de ellos inspirados por ideas socialistas y sionistas. Llegaron con la convicción de que reconstruir la patria era también recrear al ser humano judío, libre y trabajador. En esta etapa nacieron los primeros *kibutzim*, comunidades colectivas donde se compartía el trabajo, la tierra y los ideales.

Fue también el tiempo de una revolución cultural: Eliezer Ben-Yehuda, lingüista visionario, revivió el hebreo como lengua hablada, unificando con las palabras lo que el exilio había dispersado por siglos.

## **La Tercera Aliyá (1919–1923)**

Después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, una nueva ola de inmigrantes llegó a una tierra ya bajo Mandato Británico. Miles de jóvenes trabajaron en la construcción de caminos, puertos y edificios públicos, levantando con sus manos la infraestructura de una futura nación moderna. Muchos se unieron a la organización obrera *Histadrut* y a la Guardia Judía (Hashomer), precursora de las futuras fuerzas de defensa judías.

## **La Cuarta Aliyá (1924–1928)**

En esta etapa, miles de judíos de Europa oriental emigraron nuevamente, escapando de la crisis económica y de las restricciones migratorias impuestas por Estados Unidos. A diferencia de las olas anteriores, muchos eran comerciantes, profesionales y pequeños empresarios, que impulsaron la vida urbana. Fundaron barrios, escuelas y talleres, y fortalecieron la clase media judía en ciudades como Tel Aviv, Haifa y Jerusalén.

## **La Quinta Aliyá (1929–1939)**

La última gran ola antes del Holocausto fue también la más trágica y decisiva. Con el ascenso del nazismo en Europa, decenas de miles de judíos centroeuropeos buscaron refugio en Palestina. Llegaron con capital, conocimientos técnicos y una profunda conciencia cultural. Fundaron universidades, hospitales, orquestas y editoriales. Su llegada cambió el equilibrio demográfico, transformando la vida económica y cultural del Yishuv —la comunidad judía en el Mandato Británico—.

Aunque las autoridades británicas comenzaron a imponer severas restricciones migratorias, las *aliyot* no se detuvieron. Muchos siguieron llegando de manera clandestina, en barcos improvisados que cruzaban el Mediterráneo de noche, guiados más por la fe que por la certeza.

## **No inventaron, ampliaron**

Las *aliyot* no inventaron una presencia judía en la tierra de Israel: la ampliaron. Después de siglos en los que la puerta de regreso estuvo casi cerrada, este fue el momento en que se abrió con fuerza. Allí ya existían barrios, sinagogas, tribunales rabínicos y comunidades organizadas. Lo que hicieron las *aliyot* fue sumar población, proyectos y sueños a una historia que nunca se había interrumpido.

## **La Gran Guerra: un conflicto que cambió el mapa**

La Primera Guerra Mundial (1914–1918), conocida en su tiempo como *la Gran Guerra*, fue el primer conflicto verdaderamente global, una tormenta que arrastró a casi todas las potencias del planeta. Su chispa estalló en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, cuando el archiduque Francisco Fernando de Austria fue asesinado por un nacionalista serbio. Pero aquel disparo no fue más que el detonante de una tensión que venía gestándose desde décadas atrás: la feroz competencia imperial entre las grandes potencias europeas, las alianzas militares que ataban el destino de unas naciones a otras y el auge de los nacionalismos que inflamaban el continente.

Europa se dividió en dos grandes bloques enfrentados. Por un lado, las Potencias Centrales, encabezadas por Alemania y Austria-Hungría, a las que pronto se unieron el Imperio Otomano y

Bulgaria. Del otro, las Potencias Aliadas, o la Entente, formadas por Francia, Gran Bretaña y Rusia —hasta su retirada tras la Revolución de 1917—, junto con Italia, Japón y, desde 1917, los Estados Unidos.

Durante cuatro años, el mundo entero se vio sumido en una guerra de dimensiones desconocidas. Los campos europeos se convirtieron en interminables trincheras, los mares en cementerios de acero y los cielos en un nuevo escenario de muerte mecanizada. Nunca antes se había visto semejante despliegue de poder y destrucción: millones de hombres combatieron en condiciones inhumanas, y las fronteras del mapa se tiñeron de sangre.

Finalmente, en noviembre de 1918, las Potencias Centrales fueron derrotadas. El Imperio austrohúngaro se desintegró, Alemania fue duramente castigada por el Tratado de Versalles (1919), y el Imperio Otomano, tras más de seis siglos de dominio, se derrumbó definitivamente. Con su caída, Oriente Medio quedó en manos de los vencedores, que pronto comenzarían a repartirse sus territorios estratégicos.

Aquella guerra no solo redibujó los mapas, sino que cambió el rumbo del mundo. El viejo orden imperial se desmoronó y, de sus ruinas, surgió una nueva era marcada por fronteras artificiales, promesas incumplidas y conflictos que aún hoy resuenan en la historia del Levante. Fue el comienzo de una nueva etapa, donde el destino de la Tierra de Israel y de sus pueblos volvería a ser objeto de disputa entre potencias extranjeras.

## **Palestina en el tablero de guerra**

En ese momento, la región del Levante —la franja oriental del Mediterráneo que abarca lo que hoy conocemos como Israel, Jordania, Líbano y parte de Siria— llevaba casi cuatro siglos bajo dominio del Imperio otomano. Sin embargo, el nombre “Palestina” no era un término empleado oficialmente por los otomanos. En la administración imperial, la zona estaba dividida en sanjaks (distritos) y vilayets (provincias) como las de Beirut, Damasco, Nablus o Jerusalén, pero ninguna de ellas llevaba el nombre de “Palestina”.

El uso del término provenía de otra tradición: era una designación externa, heredada de la Roma de Adriano y revivida por Europa cristiana, que seguía utilizando “Palestina” en mapas, crónicas y estudios bíblicos para referirse a la tierra vinculada a la Biblia. En el contexto occidental, hablar de “*Palestine*” era una manera de evocar la “Tierra Santa” —un concepto espiritual, más que político o geográfico—, asociado a la herencia del emperador Adriano, quien había impuesto ese nombre tras la revuelta de Bar Kojba en el siglo II.

Así, mientras en la realidad otomana el territorio era una región administrativa sin unidad política propia, en la imaginación europea se mantenía viva la idea romántica de “Palestina” como escenario de la fe, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Esa dualidad entre el nombre histórico usado en Occidente y la organización real del territorio bajo el Islam marcaría profundamente las confusiones posteriores: cuando los británicos llegaron tras la Primera Guerra Mundial, adoptaron el nombre “*Palestine*” como si fuera un término natural y neutro, sin comprender que se trataba, en realidad, de un constructo occidental con raíces coloniales y religiosas, no de una identidad local preexistente.

Durante la guerra, la región que Europa seguía llamando “Palestina” adquirió una importancia estratégica decisiva. Para el Imperio otomano, representaba el flanco sur de su dominio, una franja crucial que debía proteger de las ofensivas británicas procedentes de Egipto. El control de esa zona significaba resguardar el acceso a Siria y a las rutas que conducían hacia Anatolia, el corazón del imperio.

Para Gran Bretaña, en cambio, aquel territorio era mucho más que un punto en el mapa: era el corredor esencial hacia el Canal de Suez, la arteria que conectaba Europa con la India y con las colonias del Lejano Oriente. Quien dominara esa franja de tierra controlaría el paso entre Asia y África, entre el Mediterráneo y el mar Rojo. Por eso, desde el inicio del conflicto, el desierto del Sinaí, Gaza y Jerusalén dejaron de ser lugares bíblicos o remotos para convertirse en escenarios de una guerra moderna donde el petróleo, las rutas marítimas y la geopolítica pesaban tanto como la religión o la historia.

En diciembre de 1917, el general Edmund Allenby entró en Jerusalén tras derrotar a las fuerzas otomanas. Fue un momento simbólico: por primera vez en siglos, la ciudad cambiaba de manos y quedaba bajo control de una potencia occidental.

## **El Mandato Británico: herencia imperial y promesas cruzadas**

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras se repartieron los despojos del Imperio otomano como si dividieran un mapa en una mesa de negociaciones. En 1920, la Sociedad de Naciones —antecesora de la ONU— otorgó a Gran Bretaña el Mandato sobre Palestina, formalizado dos años más tarde, en 1922. Sobre el papel, aquel mandato tenía el propósito de guiar a los pueblos de la región hacia la independencia. En la práctica, fue una nueva forma de dominio colonial encubierta bajo el lenguaje del tutelaje internacional.

Desde su origen, el Mandato británico estuvo plagado de contradicciones y promesas incompatibles. Durante la guerra, Londres había tejido una red de compromisos secretos con distintos actores, todos creyendo que recibirían la recompensa de su lealtad.

Por un lado, a los árabes, los británicos prometieron un reino independiente si se levantaban contra los otomanos. Esa promesa quedó registrada en la correspondencia entre Husayn y McMahon (1915–1916), en la que Gran Bretaña alentó la rebelión árabe encabezada por el jerife de La Meca.

Al mismo tiempo, en secreto, firmaron con Francia el acuerdo Sykes–Picot (1916), un pacto que trazaba líneas sobre el mapa para dividir Oriente Medio en zonas de influencia, garantizando el control de Siria y el Líbano a los franceses, y de Irak y Palestina a los británicos.

Y finalmente, en 1917, emitieron la famosa Declaración Balfour, una carta dirigida por el ministro británico de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, al líder sionista Lord Rothschild, en la que expresaban el apoyo de Su Majestad al “establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío”.

Tres promesas, tres destinatarios, y una sola tierra. El resultado fue un cóctel explosivo: árabes que esperaban su independencia, judíos que veían renacer su esperanza ancestral y una potencia imperial que intentaba complacer a todos sin traicionar a nadie, aunque en el fondo traicionó a todos.

Así nació el Mandato Británico de Palestina, no como un proyecto de convivencia, sino como el fruto de una diplomacia imperial tejida con hilos de intereses, ambigüedades y silencios. Una herencia que pronto se convertiría en el germen de uno de los conflictos más complejos y duraderos del siglo XX.

## **La importancia de la Declaración Balfour**

El 2 de noviembre de 1917, el ministro británico de Exteriores, Arthur Balfour, escribió una carta a Lord Rothschild, líder de la comunidad judía británica, que se convertiría en documento histórico:

“El Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar la consecución de este objetivo, quedando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina...”

Con esta declaración, por primera vez una gran potencia reconocía oficialmente la legitimidad del proyecto sionista.

## **De Adriano a Londres: el nombre “Palestina”**

Gran Bretaña, influida por su tradición cristiana y por la herencia cultural europea, utilizó el término “Palestina” —un nombre con origen en el decreto de Adriano para borrar a Judea del mapa—. Lo que en tiempos romanos fue un acto de judeofobia imperial, se convirtió en la nomenclatura oficial de los británicos para administrar la región. Así, bajo el Mandato, el territorio se conoció internacionalmente como “Palestina”, aunque su población incluía árabes musulmanes y cristianos, y comunidades judías cada vez más numerosas por las *aliyot*.

¿Las consecuencias? El Mandato Británico de Palestina se convirtió en el escenario donde chocaron dos nacionalismos emergentes. Por un lado estaba el judío, que veía en la Declaración Balfour una confirmación histórica: la primera vez que una gran potencia reconocía públicamente el derecho del pueblo judío a establecer en su tierra ancestral un hogar nacional. Para muchos inmigrantes que llegaban tras pogromos, persecuciones y expulsiones en Europa, esa promesa era la luz verde que necesitaban para construir escuelas, barrios, granjas y una vida nueva.

Del otro lado estaba el árabe, que había recibido de los británicos promesas de independencia si colaboraban en la lucha contra el Imperio otomano. Al ver que esas promesas quedaban en nada, y que en su lugar se imponía un mandato colonial mientras la inmigración judía aumentaba, se sintieron profundamente traicionados. La frustración se convirtió en una resistencia cada vez más fuerte, tanto política como en las calles.

Así, desde el inicio, el Mandato británico no fue solo una administración extranjera: fue el marco en el que dos pueblos, ambos con aspiraciones nacionales, comenzaron a enfrentarse por el mismo territorio, cada uno convencido de que la historia estaba de su parte.

Lo que había comenzado como una guerra europea se transformó en un nuevo mapa para Oriente Medio, y Palestina pasó de ser una provincia olvidada del imperio otomano a convertirse en uno de los escenarios más disputados del siglo XX.

## Otras reestructuraciones en la región

La caída del Imperio otomano no solo reconfiguró Siria, Líbano, Irak y Palestina bajo mandatos coloniales, sino que también abrió paso a transformaciones profundas en el resto del Medio Oriente. Lo que quedaba del antiguo imperio se redujo al corazón de Anatolia, y allí, tras una dura guerra de independencia encabezada por Mustafá Kemal Atatürk, nació en 1923 la República de Turquía, un Estado laico y nacionalista que rompía con el legado otomano y buscaba modernizarse bajo un modelo occidental.

Más al sur, en la península arábiga, las tribus lideradas por Ibn Saud comenzaron a imponerse sobre sus rivales y a consolidar un nuevo poder en la región. A través de alianzas, conquistas y pactos con las potencias, en 1932 ese proceso culminó con el reconocimiento oficial del Reino de Arabia Saudita, que pronto jugaría un papel central gracias a la riqueza petrolera descubierta poco después.

En Irán, aunque no fue objeto de partición tras la guerra, la influencia británica y rusa se hacía sentir de manera constante. El país estaba debilitado y sometido a presiones externas, hasta que un oficial militar, Reza Kan, tomó el poder en 1921. Pocos años más tarde, en 1925, se coronó como Reza Shah Pahlavi y fundó la dinastía Pahlavi, transformando el país en el Imperio de Irán e impulsando un ambicioso proceso de modernización y centralización del poder.

En Egipto, la situación fue igualmente ambigua. El país fue declarado nominalmente independiente en 1922, con un rey propio, pero en la práctica continuó siendo un protectorado británico, ya que Londres mantenía el control real sobre la política exterior, la seguridad y, sobre todo, el estratégico Canal de Suez. Solo tras la Segunda Guerra Mundial Egipto comenzaría a liberarse de ese tutelaje de facto.

Así, en menos de dos décadas, todo Oriente Medio quedó transformado. De los restos del Imperio otomano surgieron repúblicas nacionalistas, reinos tribales convertidos en Estados modernos, protectorados bajo la órbita colonial y países bajo fuerte influencia extranjera. Era un nuevo tablero político, diseñado entre guerras, que condicionaría el destino de la región hasta nuestros días.

## Europa: nuevos Estados y fronteras

El final de la Gran Guerra no solo transformó Oriente Medio, también cambió radicalmente el mapa de Europa. En el centro del continente, Polonia resucitó como Estado después de más de un siglo de particiones, recuperando su lugar en la historia tras haber sido borrada por Alemania, Rusia y Austria. De los restos del Imperio austrohúngaro nacieron países completamente nuevos, como Checoslovaquia y Yugoslavia, que reunieron en un solo marco político a pueblos que hasta entonces habían estado dispersos bajo el dominio de los Habsburgo.

El desmembramiento dejó también a Hungría y Austria reducidas a Estados mucho más pequeños, amputados de vastos territorios que habían sido parte de su imperio. En el norte, el derrumbe del Imperio ruso abrió paso al surgimiento de las repúblicas bálticas: Estonia, Letonia y Lituania, que proclamaron su independencia y comenzaron a construir su identidad nacional. Incluso Finlandia, que había estado bajo dominio ruso durante más de un siglo, aprovechó la revolución de 1917 para declarar su soberanía.

Europa, así, se convirtió en un mosaico de nuevos Estados y fronteras. La vieja lógica imperial dio paso a un nuevo principio: el de la autodeterminación nacional, que cada pueblo reclamaba como derecho propio. Sin embargo, estas fronteras recién trazadas no estaban libres de tensiones: muchas veces se impusieron desde los tratados de paz sin respetar las realidades étnicas y culturales del terreno, sembrando conflictos que estallarían en las décadas siguientes.

## **El patrón global**

El Mandato Británico de Palestina no fue un hecho aislado, sino parte de un proceso mucho más amplio que reconfiguró el mapa político del mundo tras la Primera Guerra Mundial. El colapso de los grandes imperios —el otomano, el austrohúngaro, el alemán y el ruso— dio paso a una nueva era de repartos coloniales, disfrazada de misiones civilizadoras o de mandatos internacionales. Lo que hoy se critica como colonialismo no fue un accidente ni un exceso puntual: fue la norma del sistema internacional de entonces.

Gran Bretaña y Francia se repartieron vastos territorios en África, Asia y Oriente Medio, trazando fronteras artificiales según sus propios intereses geopolíticos. Así nacieron Estados que no existían antes, como Irak, Siria, Líbano o Jordania, todos diseñados con reglas y límites ajenos a las realidades locales. Las poblaciones nativas —árabes, kurdos, armenios, drusos, bereberes o africanos— rara vez fueron consultadas. Los nuevos mapas respondían más a los intereses del petróleo, las rutas comerciales y la influencia imperial que a la voluntad de los pueblos.

Palestina, dentro de ese contexto, fue una pieza más del tablero, aunque con una carga simbólica única. Para los británicos, no era solo una franja de tierra estratégica entre Egipto y Mesopotamia: era la “Tierra Santa” de las Escrituras cristianas, el escenario de la fe que marcó a Europa durante siglos. Por eso, la administración británica no fue igual que en otras colonias: aquí se mezclaban los intereses religiosos, diplomáticos y geopolíticos con las promesas cruzadas del pasado — especialmente la Declaración Balfour (1917)—, que comprometía a Londres con el establecimiento de un hogar nacional judío.

Y, sin embargo, mientras el mundo se llenaba de fronteras nuevas y pueblos desplazados, la atención contemporánea parece concentrarse casi exclusivamente en Palestina. ¿Por qué recordamos solo este caso, y no las miles de particiones y reasentamientos forzosos que ocurrieron en la misma época? Quizás porque, en este rincón del mapa, la historia nunca se detuvo: aquí convergieron tres religiones, dos pueblos y una herida que el tiempo no ha logrado cerrar. Lo que para el resto del mundo fue un capítulo más del imperialismo del siglo XX, en Palestina se convirtió en una metáfora viva del conflicto entre memoria, fe y poder.

## **El Mandato Británico de Palestina: un nuevo escenario en el Levante**

Con la derrota del Imperio otomano en 1917 y el establecimiento del Mandato Británico de Palestina (formalizado en 1922 por la Sociedad de Naciones), la región del Levante entró en una etapa decisiva.

Londres pasó a administrar el territorio comprendido entre el Mediterráneo y el Jordán, transformándolo en el escenario donde convergieron dos movimientos identitarios que, aunque

distintos, tenían raíces locales en la misma tierra: por un lado, el renacimiento nacional judío, impulsado por las *aliyot* y legitimado por la Declaración Balfour; y por otro, la identidad árabe de la población autóctona, que en aquel momento comenzaba a articularse políticamente, pero aún no se definía como una “identidad palestina” en el sentido nacional moderno.

Ambas realidades compartían un mismo suelo y siglos de historia cruzada. Los judíos que retornaban no llegaban a un territorio ajeno, sino al corazón de su herencia ancestral, a ciudades y aldeas donde ya existían comunidades judías autóctonas desde siglos antes del establecimiento de poblaciones árabes. Los árabes que lo habitaban, por su parte, tampoco eran forasteros: eran descendientes de pueblos diversos que, bajo los distintos imperios, habían hecho de esa tierra su hogar.

Así, el Mandato Británico no solo administró un territorio: encendió el conflicto entre dos vínculos profundos y enraizados, ambos con legitimidades históricas diferentes, pero con una misma certeza interior: que esa tierra, de un modo u otro, les pertenecía desde siempre.

## **Del desierto a la llegada del sionismo**

Durante el siglo XIX, numerosos viajeros europeos recorrieron el Levante atraídos por el deseo de ver con sus propios ojos los escenarios bíblicos. En sus relatos, describieron una tierra empobrecida y en gran parte deshabitada, con aldeas dispersas y amplias extensiones áridas o pantanosas.

El escritor estadounidense Mark Twain, en su célebre libro *The Innocents Abroad* (1869), utilizó el nombre “Palestina” —como era costumbre entre los occidentales de su tiempo para referirse a la *Tierra Santa*— y la describió como “un desierto silencioso, sin un árbol ni un arbusto”. En la llanura costera predominaban las marismas plagadas de malaria; el valle de Jezreel se hallaba casi sin cultivar; y el Néguev era un vasto espacio de dunas y polvo.

Aquella era una tierra herida por siglos de abandono y mala administración, no un vergel. Pero a finales del siglo XIX, el sionismo agrícola comenzó a transformarla. Con el apoyo de filántropos europeos como Edmond de Rothschild, los pioneros judíos drenaron pantanos, plantaron naranjales en Jaffa, viñedos en Judea y campos en Galilea. La tierra, que durante siglos había dormido, volvió a florecer.

## **Migración árabe**

La prosperidad generada por los asentamientos judíos atrajo también a poblaciones árabes de fuera. Familias de Siria, Líbano, Egipto y Transjordania comenzaron a migrar hacia el Mandato Británico de Palestina en busca de empleo en construcción, agricultura y comercio. Estos flujos se intensificaron a la par que las *aliyot*, especialmente en los años veinte y treinta, coincidiendo con la consolidación del Mandato.

Es crucial entenderlo: no existía un pueblo llamado “palestino” como identidad nacional antes del siglo XX. Había árabes musulmanes y cristianos, drusos, beduinos y circasianos. La identidad “árabe-palestina” nació solo cuando las comunidades locales empezaron a reaccionar frente al sionismo y al Mandato británico, configurándose como un nacionalismo en competencia.

## El muftí de Jerusalén: Haj Amin al-Husseini

En ese clima apareció una figura clave: Haj Amin al-Husseini, nombrado Gran Muftí de Jerusalén en 1921. Provenía de una familia adinerada de terratenientes, con fuerte influencia en la ciudad. Desde el principio, al-Husseini se opuso a la convivencia con los judíos. Proclamaba que las tierras de Palestina eran islámicas (su discurso usaba la noción de *waqf*, tierras sagradas dedicadas al Islam) y prohibió a los árabes vender propiedades a judíos.

Paradójicamente, mientras imponía esa prohibición, él mismo compraba tierras baratas y luego las revendía a los judíos a precios inflados, beneficiándose del proceso que públicamente condenaba.

Su oposición se radicalizó en los años treinta. Al-Husseini organizó disturbios, revueltas y campañas contra la inmigración judía, y utilizó la radio para difundir propaganda. Durante la Segunda Guerra Mundial, colaboró con la Alemania nazi, se reunió con Hitler y con Himmler, y desde Berlín transmitía mensajes incitando al exterminio de los judíos. Documentos posteriores lo vinculan como aliado en la idea de impedir la creación de un Estado judío y respaldar la “solución final”.

## El germen del conflicto

De esta forma, durante el Mandato británico se gestó el núcleo del conflicto. Los judíos, con raíces históricas en la tierra y un proyecto nacional moderno, construían infraestructura, agricultura e instituciones propias. Los árabes locales, mezclados con nuevos inmigrantes atraídos por esa prosperidad, comenzaron a organizarse políticamente en oposición, alentados por líderes como el muftí que rechazaban cualquier convivencia.

El resultado fue un choque inevitable: dos pueblos que empezaron a disputarse la misma tierra, aunque con historias muy distintas. Y en ese cruce, la figura del muftí y la manipulación de las masas árabes se convirtieron en la base del nacionalismo palestino moderno.

## La propaganda judeófoba: el núcleo del nazismo

Mucho antes de que la guerra estallara, Hitler había hecho de la judeofobia el corazón de su ideología. En su libro *Mein Kampf* (Mi lucha), escrito en 1925, ya había culpado a los judíos de los males de Alemania: desde la derrota en la Primera Guerra Mundial hasta la crisis económica y el “peligro del bolchevismo”.

El nazismo convirtió esa obsesión en política de Estado. A través de periódicos como *Der Stürmer*, discursos incendiarios y una maquinaria de propaganda dirigida por Joseph Goebbels, se difundió la imagen del judío como parásito, enemigo interno y amenaza existencial. Se enseñaba en las escuelas, se proyectaba en el cine, se repetía en la radio.

Las Leyes de Núremberg de 1935 oficializaron esta discriminación: prohibieron matrimonios entre judíos y no judíos, expulsaron a los judíos de profesiones, de la educación y de la vida pública. Eran ya un pueblo marcado para ser excluido.

La guerra, para Hitler, no era solo una lucha por territorios. Era también —y sobre todo— una guerra racial. El exterminio de los judíos se convirtió en objetivo declarado, y lo que comenzó como

propaganda se transformó en persecución, ghettos, deportaciones y finalmente en la “solución final”, el genocidio planificado que conocemos como la Shoá.

Mientras esta maquinaria ideológica se desplegaba en Europa, en el Mandato Británico de Palestina el clima también se radicalizaba. El muftí Haj Amin al-Husseini absorbió y retransmitió esa propaganda antijudía, reforzando la hostilidad contra las comunidades judías que crecían en el Mandato británico. Así, la judeofobia nazi no solo devastaba Europa, sino que encontraba eco en el Levante, ligando los destinos de la Shoá y del futuro del conflicto árabe-israelí.

## **La Gran Revuelta Árabe (1936–1939)**

El Mandato Británico de Palestina se convirtió, en los años treinta, en un polvorín. A medida que aumentaba la inmigración judía —sobre todo con la Quinta Aliyá, cuando decenas de miles de judíos huyeron de la Alemania nazi— la población árabe local sintió que perdía terreno política y demográficamente. La tensión, alimentada por los discursos incendiarios del muftí de Jerusalén, Haj Amin al-Husseini, terminó por estallar.

En abril de 1936 comenzó una huelga general árabe, que se prolongó durante seis meses. Comerciantes cerraron negocios, agricultores dejaron de vender sus productos y trabajadores paralizaron actividades. El objetivo era presionar a los británicos para que limitaran la inmigración judía y frenaran la compra de tierras. Lo que empezó como una huelga pronto derivó en una insurrección armada, con emboscadas, ataques a colonias judías, sabotajes a vías férreas y choques directos contra las tropas británicas.

La revuelta se extendió por todo el país. Durante tres años, entre 1936 y 1939, El Mandato vivió una guerra de baja intensidad que dejó miles de muertos: árabes, judíos y soldados británicos. Las fuerzas de seguridad británicas respondieron con dureza, desplegando decenas de miles de hombres, aplicando castigos colectivos, demoliciones de casas y arrestos masivos.

Los judíos, por su parte, organizaron su autodefensa a través de la Haganá, que se consolidó como la principal organización militar judía. Al mismo tiempo, surgieron grupos más radicales como el Irgun, que defendían responder al terror con terror.

## **El papel del muftí**

Haj Amin al-Husseini se convirtió en la voz principal de la revuelta. Desde Jerusalén, y luego desde el exilio en el Líbano, llamó a la resistencia total contra la inmigración judía y el Mandato británico. Prohibió una vez más la venta de tierras a judíos y alentó una narrativa religiosa: “Palestina” debía ser defendida como tierra islámica frente a la “invasión sionista”.

Cuando la presión británica lo obligó a huir, encontró refugio primero en Irak y más tarde en Berlín, donde estrechó su colaboración con el régimen nazi. Desde allí transmitía por radio a Oriente Medio, incitando a los árabes a apoyar la causa de Hitler y a impedir la creación de un Estado judío.

## Consecuencias de la revuelta

La Gran Revuelta Árabe tuvo efectos profundos. Por un lado, convenció a los británicos de que la situación era insostenible. En 1937, la Comisión Peel propuso la primera partición del territorio en dos Estados: uno judío y otro árabe. Los judíos aceptaron discutirla; los árabes la rechazaron de plano, insistiendo en que no aceptarían ningún Estado judío en la región.

Por otro lado, la revuelta devastó a la propia sociedad árabe: miles murieron, líderes locales fueron eliminados o exiliados, y la estructura social quedó debilitada justo cuando la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de estallar. Los judíos, en cambio, salieron reforzados: habían ampliado sus redes de defensa, ganado experiencia militar y consolidado sus instituciones comunitarias.

En resumen, la Gran Revuelta Árabe de 1936–1939 marcó un punto de no retorno. El Mandato Británico de Palestina dejó de ser una tierra administrada en calma por el Imperio británico y se convirtió en el epicentro de un conflicto nacional entre judíos y árabes. El Mandato entraba en su fase más turbulenta, y la tormenta mundial que se avecinaba no haría sino agravar el enfrentamiento.

## El estallido de la Segunda Guerra Mundial

En 1939 el mundo volvió a arder. Apenas veinte años después de la llamada Gran Guerra, Europa, lejos de aprender la lección, se precipitó a un conflicto todavía más vasto y devastador: la Segunda Guerra Mundial (1939–1945). Su raíz estaba en las heridas que nunca cicatrizaron tras el Tratado de Versalles y en la ambición desmedida de un hombre, Adolf Hitler, que había llegado al poder en Alemania en 1933 al frente del Partido Nacionalsocialista. Hitler prometía devolver la grandeza perdida, expandir el territorio y construir una Alemania purificada de aquellos que él consideraba sus enemigos: judíos, comunistas, opositores y cualquier grupo que no encajara en su visión racial.

El 1 de septiembre de 1939, tras asegurarse un pacto secreto con Stalin —el pacto Ribbentrop-Mólotov— que le garantizaba no tener que pelear en dos frentes, Hitler lanzó la Wehrmacht contra Polonia. Fue una invasión fulminante que combinó tanques, aviación y artillería en lo que se conoció como “Blitzkrieg”, la guerra relámpago. Dos días después, Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania. El planeta entraba en una contienda que se prolongaría seis años y que cambiaría para siempre la historia.

## Los bandos y la expansión del conflicto

Pronto el mundo quedó dividido en dos grandes bloques. De un lado, el Eje, encabezado por la Alemania nazi, la Italia fascista de Mussolini y el Imperio japonés, con sus ambiciones de dominación en Asia y el Pacífico. A ellos se sumaron aliados menores como Hungría, Rumanía y Bulgaria. Del otro lado estaban los Aliados, que al inicio incluían a Gran Bretaña, Francia y Polonia, pero que se fueron ampliando: en 1941, tras la invasión alemana, la Unión Soviética se unió al bloque, y a finales de ese mismo año, tras el ataque japonés a Pearl Harbor, también lo hicieron los Estados Unidos. Poco a poco, colonias, gobiernos en el exilio y países ocupados se fueron incorporando a la lucha contra el fascismo.

Fue una guerra que hizo honor a su nombre: verdaderamente mundial. Se combatió en los campos de Europa y en los desiertos del norte de África; en las estepas heladas de Rusia y en las islas del Pacífico; en el Atlántico, donde los submarinos alemanes acechaban a los convoyes, y en el Mediterráneo, donde se disputaban puertos y rutas. Millones de soldados fueron movilizados, la industria se transformó en maquinaria bélica y las sociedades enteras quedaron volcadas en la guerra total.

## **La Shoá: el mayor exterminio de judíos de la historia**

Entre los horrores de la guerra, ninguno fue tan sistemático como la Shoá, el Holocausto perpetrado por el régimen nazi. Desde 1941, el exterminio se convirtió en política oficial: los judíos de Europa fueron concentrados en guetos, deportados en trenes y enviados a campos de exterminio como Auschwitz, Treblinka, Sobibor, Chelmno o Majdanek. Allí se industrializó la muerte: cámaras de gas, crematorios, experimentos inhumanos.

Se calcula que seis millones de judíos fueron asesinados, dos tercios de la población judía de Europa. Antes de la guerra, había unos 17 millones de judíos en el mundo; al terminar, quedaban apenas 11 millones. En países como Polonia, donde vivía la comunidad judía más numerosa y vibrante de Europa, más del 90 % fue aniquilado. Nunca en la historia un pueblo había sufrido una destrucción tan sistemática y planificada.

### **¿Qué fue la “Solución Final”?**

La “Solución Final de la cuestión judía” (*Endlösung der Judenfrage*) fue el nombre con el que los nazis disfrazaron su plan de exterminio sistemático del pueblo judío en Europa. No se trataba de deportaciones o expulsiones, sino de la aniquilación total.

La idea se consolidó en 1941, en plena invasión de la Unión Soviética, cuando Hitler y la cúpula nazi decidieron pasar de la persecución y los ghettos al exterminio masivo. Entre 1941 y 1945 fueron asesinados aproximadamente seis millones de judíos, dos tercios de los judíos europeos.

### **Los arquitectos de la Solución Final**

En la cúspide estaba Adolf Hitler, que desde los años veinte había convertido la judeofobia en el corazón de su ideología. Aunque nunca firmó documentos directos, su discurso fue la orden.

El ejecutor supremo fue Heinrich Himmler, jefe de las SS, que organizó todo el aparato del exterminio. Su mano derecha, Reinhard Heydrich, apodado “el verdugo”, diseñó el plan logístico y presidió la Conferencia de Wannsee en enero de 1942, donde se definió el asesinato industrializado de los judíos europeos. Adolf Eichmann, uno de sus subordinados, se encargó de la maquinaria logística: trenes, deportaciones y coordinación de los campos de la muerte.

### **El papel del Gran Muftí de Jerusalén**

Aquí aparece la figura de Haj Amin al-Husseini, Gran Muftí de Jerusalén. Tras huir de Palestina durante la Gran Revuelta Árabe, se refugió primero en Irak y luego en Berlín, donde se convirtió en aliado político y propagandista del nazismo.

Husseini se reunió personalmente con Hitler, Himmler y Eichmann. En esos encuentros apoyó la “Solución Final” y pidió explícitamente que no se permitiera a ningún judío huir a Palestina. En discursos radiales transmitidos desde Berlín hacia el mundo árabe, propagaba el antisemitismo nazi, llamaba a los musulmanes a unirse a la causa de Hitler y presentaba la guerra como una cruzada islámica contra los judíos.

Además, colaboró en la creación de unidades militares musulmanas al servicio de las SS, como la División Handschar en Bosnia, que combatió junto a los nazis.

Si bien no fue uno de los planificadores técnicos de la Solución Final, su influencia fue significativa como aliado ideológico y propagandista internacional. Su objetivo declarado era impedir la inmigración judía a Palestina y alinear el nacionalismo árabe con la maquinaria nazi de exterminio.

## **¿Cómo se aplicaba la Solución Final?**

El proceso se ejecutó en varias fases: primero la concentración en ghettos como Varsovia o Lodz, luego las masacres perpetradas por los Einsatzgruppen, escuadrones móviles de las SS que fusilaban a comunidades enteras en fosas comunes, como en Babyn Yar. Después vino la deportación masiva en trenes de carga hacia campos de exterminio en Polonia ocupada: Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Sobibor, Belzec, Chelmno y Majdanek. En ellos, la mayoría de los deportados eran asesinados al llegar en cámaras de gas con Zyklon B o monóxido de carbono, y sus cuerpos incinerados. Otros eran seleccionados para trabajos forzados hasta morir de hambre o agotamiento.

Los nazis ocultaban el crimen bajo un lenguaje burocrático: hablaban de “relocalización” o “tratamiento especial” (*Sonderbehandlung*), para que incluso dentro de su administración muchos no comprendieran la magnitud del genocidio.

## **Dimensión del crimen**

El resultado fue devastador: el 90 % de los judíos en Polonia desapareció, más del 80 % en Hungría y Lituania, y enormes porcentajes en toda Europa central y oriental. De una población mundial de unos 17 millones de judíos antes de la guerra, quedaron apenas 11 millones. La Shoá no fue solo un genocidio: fue la destrucción de un mundo entero de comunidades, culturas, idiomas y vidas.

## **El desenlace de la guerra**

La Segunda Guerra Mundial culminó en 1945 con la derrota total del Eje. En mayo cayó la Alemania nazi, tras la entrada de los soviéticos en Berlín y el suicidio de Hitler en su búnker. En agosto, después de que Estados Unidos lanzara las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, Japón se rindió. El conflicto había dejado una devastación sin precedentes: ciudades arrasadas, millones de desplazados y un mundo que nunca volvería a ser el mismo.

## **Consecuencias para el Mandato Británico en Palestina**

La Shoá tuvo un eco directo en el Mandato Británico de Palestina. Decenas de miles de sobrevivientes vagaban por Europa sin hogar, sin familia, sin país. Muchos intentaron emigrar hacia el Mandato, el único lugar donde podían reconstruir una vida con sentido histórico. Pero el Mandato

británico, agobiado por la presión árabe y el temor a perder influencia en Oriente Medio, había impuesto restricciones severas a la inmigración judía con el Libro Blanco de 1939.

Esto provocó un choque frontal entre la población judía y la administración británica. Barcos llenos de refugiados —muchos de ellos sobrevivientes de los campos de exterminio— eran interceptados y devueltos, o internados en campamentos en Chipre. Ante ese cierre de puertas, la comunidad judía en el Mandato Británico respondió organizando redes clandestinas de inmigración, conocidas como *Aliyá Bet*, destinadas a romper el bloqueo británico y permitir la entrada de quienes ya no tenían a dónde regresar.

Al mismo tiempo, la Haganá y grupos más radicales como el Irgun y Lehi intensificaron sus acciones armadas contra las autoridades británicas, convencidos de que, después de la Shoá, la creación de un Estado judío no podía esperar más. No era solo una cuestión política, sino una cuestión de supervivencia.

La historia reciente lo había demostrado con crudeza: durante siglos, el pueblo judío había sido perseguido, expulsado, masacrado y finalmente casi aniquilado en Europa. Desde los pogromos del Este hasta los hornos de Auschwitz, el mensaje del mundo había sido siempre el mismo: el judío no tenía un lugar seguro. La Shoá fue la gota que colmó un vaso lleno de siglos de dolor. Por eso, la exigencia de un hogar nacional no era un privilegio ni una concesión, sino un derecho existencial: el de vivir sin miedo.

Y esa seguridad, entendieron, solo podía encontrarse en una nación propia, en la tierra que ya les había sido prometida y reconocida desde el nacimiento mismo de las naciones modernas.

## **¿Qué dejó el sionismo en la zona? Hechos, no consignas**

Cuando hablamos de la huella del sionismo en el Mandato británico de Palestina y en los años posteriores, no hablamos de discursos ni de slogans: hablamos de transformaciones palpables, de infraestructuras, instituciones y conocimiento que cambiaron la vida de todos los habitantes del territorio, judíos y árabes por igual.

La primera batalla fue contra la enfermedad. La malaria asolaba los pantanos de Sharon, Jezreel y el valle de Hule. Los pioneros judíos drenaron marismas, introdujeron campañas de saneamiento, cloraron pozos y levantaron sistemas de alcantarillado. En lugares donde antes solo había mosquitos y muerte, surgieron pueblos habitables. La esperanza de vida, que era bajísima en comparación con la región, se disparó gracias a clínicas modernas, hospitales como el Hadassah (fundado en 1912), cajas de salud comunitarias (*Kupat Holim*, desde 1911) y programas de vacunación sistemática. Se formaron enfermeras, obstetras, médicos comunitarios, se organizaron ambulancias y hasta bancos de sangre. No era teoría: era salud real para la población.

En el campo, el salto fue de la subsistencia a la innovación científica. Desde la escuela agrícola de Mikvé Israel (1870) hasta las estaciones experimentales de Volcani (1921), se introdujeron semillas seleccionadas, injertos, control de plagas y técnicas de riego que revolucionaron la productividad. El viejo naranjal de Jaffa se modernizó, se levantaron bodegas en Rishon LeZion y Zikhron Ya'akov, se tecnificó la lechería y la avicultura. Se fundaron compañías de agua como Mekorot

(1937), germen de la futura gestión hídrica nacional y del Carrier en los años 60, que llevaría agua del norte al desierto del sur. Décadas después, de esa tradición nacerían la desalinización y el riego por goteo, inventos israelíes hoy usados en todo el planeta.

La infraestructura moderna acompañó ese renacer. Pinhas Rutenberg, con la Palestine Electric Corporation (1923), llevó electricidad a ciudades y aldeas, construyendo centrales hidroeléctricas como la de Naharayim. El transporte se reorganizó: cooperativas de autobuses como Egged (1933), carreteras mejoradas y, cuando el puerto de Jaffa quedó bloqueado por huelgas y conflictos, se levantó en 1936 el Puerto de Tel Aviv. Industrias como la Dead Sea Works comenzaron a explotar potasa y bromuros del Mar Muerto; se fabricaban cemento, vidrio, conservas y textiles. Junto a eso, bancos hebreos, cajas rurales y aseguradoras cooperativas cimentaron una clase media local que antes no existía.

La ciencia y la cultura no quedaron atrás. El Technion (fundado en 1912, abierto en 1924) y la Universidad Hebrea de Jerusalén (1925) pusieron a la región en el mapa académico internacional. El Instituto Sieff, luego Weizmann (1934), atrajo investigadores y creó un ecosistema científico. El hebreo, lengua milenaria que había quedado relegada a los rezos, fue revivido por Eliezer Ben-Yehuda hasta convertirse en idioma vivo de escuela y prensa. Nacieron periódicos, editoriales, teatro como el Habima, y hasta una orquesta sinfónica: la Palestine Philharmonic (1936), formada con músicos rescatados de Europa antes de la Shoá.

Las ciudades también cambiaron. Tel Aviv fue planificada con el plan Geddes (1925), con barrios ventilados, saneamiento y servicios modernos. Dunas antes móviles se fijaron, bosques enteros fueron replantados por el Keren Kayemet: cientos de millones de árboles a lo largo del siglo XX transformaron el mapa físico. Terrazas, cortavientos y conservación de suelos convirtieron en fértiles espacios que parecían condenados al abandono.

Y todo esto se hizo sobre una sociedad que buscaba modernidad y justicia. El Yishuv judío reconoció el sufragio femenino en los años 20, organizó sindicatos como la Histadrut (1920), tribunales comunitarios, prensa libre y mecanismos de arbitraje laboral. Se construía, poco a poco, un estado de derecho embrionario, con pluralismo educativo para sefardíes, askenazíes, religiosos y laicos.

En una frase: el sionismo convirtió una franja marcada por pantanos, malaria y baja esperanza de vida en un espacio con hospitales, electricidad, agua gestionada, agricultura científica, universidades, puertos, industrias y una sociedad civil en expansión. No es relato: son hechos. Son infraestructuras e instituciones que quedaron en el territorio y elevaron el nivel de vida de todos los que lo habitaban.

Todas estas transformaciones —los hospitales, las universidades, los puertos, la electricidad, el agua, la agricultura científica, la reforestación— fueron impulsadas por el sionismo y por manos judías, pero sus frutos no quedaron limitados a un solo pueblo. Desde el principio, esas mejoras se extendieron a toda la población que habitaba la tierra: judíos, árabes, cristianos, drusos.

Hoy, en el Estado de Israel, esa dinámica se consolidó. A diferencia de los mitos que circulan, Israel no es un apartheid: todas las religiones conviven con los mismos derechos y libertades dentro del marco legal del país. Judíos, musulmanes, cristianos y drusos participan en instituciones,

universidades, hospitales y hasta en el parlamento. No hay otra nación en Oriente Medio con un grado similar de pluralismo y democracia.

El Levante, que durante siglos estuvo marcado por atraso, enfermedades endémicas y pobreza estructural, dio un salto cualitativo gracias al desarrollo sionista. El conocimiento, la infraestructura y la modernización desplegados en Palestina y luego en Israel generaron riqueza que todavía hoy beneficia a toda la región. De la tecnología del riego a los avances médicos, de las exportaciones agrícolas a la cooperación científica, los frutos del esfuerzo pionero se esparcieron más allá de las fronteras.

En definitiva, el sionismo no solo transformó la vida judía, sino que elevó el nivel de vida del conjunto de la población en el territorio, demostrando que construir desde el conocimiento y la innovación es la base de cualquier futuro compartido.

## **De 1945 a 1948: el camino hacia la independencia de Israel**

El fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 no trajo paz al pueblo judío. Europa estaba devastada y, entre las ruinas, vagaban cientos de miles de sobrevivientes de la Shoá. La mayoría había perdido a sus familias, sus casas y sus comunidades. Muchos fueron alojados en campos de desplazados bajo control aliado, pero no querían quedarse allí. Su aspiración era clara: emigrar a la tierra de Israel.

Sin embargo, el Mandato Británico mantenía en vigor el Libro Blanco de 1939, que limitaba drásticamente la inmigración judía. Para un pueblo que acababa de sufrir el exterminio de seis millones de personas, la prohibición era inaceptable. Así nació el movimiento del Aliyá Bet, la inmigración clandestina: barcos desvencijados, cargados de refugiados, trataban de llegar a las costas de Mandato Británico de Palestina burlando la vigilancia británica. Algunos lograban desembarcar; otros eran interceptados y sus pasajeros enviados de vuelta o internados en campos de Chipre.

Mientras tanto, la tensión dentro del propio Yishuv aumentaba. Las organizaciones armadas judías tenían posturas diferentes: la Haganá, vinculada a la Agencia Judía, defendía una línea moderada y coordinada con la política internacional; el Irgun (Etzel) y el Lehi (Stern) apostaban por la lucha armada directa contra los británicos, con ataques a cuarteles, vías férreas y objetivos estratégicos. El atentado del Hotel King David en 1946 fue el punto más sangriento de esa campaña.

El Mandato se volvió ingobernable. Los británicos estaban desgastados tras la guerra, acosados por la insurgencia judía y presionados por los árabes, que rechazaban de plano cualquier proyecto de Estado judío. En 1947, Londres decidió que no podía sostener más la situación y remitió la cuestión a la recién creada Organización de las Naciones Unidas (ONU).

La ONU, consciente de que el Mandato británico se había convertido en una olla de presión imposible de sostener, decidió intervenir. En 1947 envió a Palestina una comisión especial, la UNSCOP (Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina), compuesta por representantes de once países neutrales. La misión recorrió el territorio, visitó colonias judías, pueblos árabes y campos de refugiados, y escuchó testimonios de las partes implicadas.

La delegación judía, organizada bajo la Agencia Judía, presentó un dossier detallado: mapas de colonias, censos, estadísticas agrícolas y la prueba viviente de una sociedad moderna en construcción. Argumentaban que después de la Shoá era imposible negar al pueblo judío un refugio seguro y un hogar nacional en su tierra ancestral.

Del lado árabe, sin embargo, la situación fue distinta. El liderazgo árabe, encabezado por el muftí de Jerusalén, Haj Amin al-Husseini, rechazó participar en los debates y se negó a reconocer siquiera la legitimidad de la comisión. Para él, aceptar sentarse a hablar ya equivalía a admitir la posibilidad de un Estado judío. En las conversaciones que quedaron registradas, el muftí insistía en que toda la tierra era islámica por naturaleza y que ningún acuerdo que incluyera soberanía judía sería aceptado.

El resultado fue que la UNSCOP solo pudo recoger la versión judía de manera organizada, mientras que el sector árabe se presentó fragmentado y sin propuesta constructiva. Pese a ello, los comisionados no ignoraron la realidad demográfica: concluyeron que había dos pueblos con aspiraciones nacionales irreconciliables en un mismo territorio.

En su informe final recomendaron una partición: un Estado judío, un Estado árabe, y Jerusalén bajo administración internacional para garantizar el acceso de las tres religiones. Para los judíos, fue una victoria histórica: por primera vez la comunidad internacional reconocía explícitamente su derecho a un Estado propio en la tierra de Israel. Para los árabes, fue una traición. El muftí y los dirigentes palestinos rechazaron de plano la resolución, declarando que no aceptarían la partición y que resistirían por la fuerza cualquier intento de implementarla.

Ese rechazo frontal, documentado en las actas de la ONU y en las declaraciones del muftí, marcó la diferencia: mientras un lado aceptaba dividir el territorio para convivir, el otro proclamaba la guerra antes de que el plan se votara.

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de la ONU votó la Resolución 181. La propuesta fue aprobada por mayoría: los judíos celebraron en las calles el reconocimiento internacional de su derecho a un Estado propio, mientras que los árabes la rechazaron de plano, anunciando que nunca aceptarían una partición.

Desde ese momento, la situación derivó en guerra civil. Bandas y milicias árabes atacaron barrios judíos, carreteras y colonias; la Haganá, junto con el Irgun y el Lehi, respondió con operaciones defensivas y, más tarde, ofensivas. El país se convirtió en un campo de batalla antes incluso de que los británicos se retiraran.

El 14 de mayo de 1948, un día antes de que el Mandato británico expirara oficialmente, David Ben-Gurión, líder del Yishuv y de la Agencia Judía, proclamó en Tel Aviv la independencia del Estado de Israel. Esa misma noche, las radios transmitían el nacimiento de un país, y las sinagogas se llenaban de júbilo.

Pero la alegría duró pocas horas: al día siguiente, los ejércitos de Egipto, Siria, Jordania, Irak y Líbano cruzaron las fronteras para aplastar al nuevo Estado. Comenzaba la Primera Guerra Árabe-Israelí.

## El atentado del Hotel King David (1946)

El Hotel King David, en Jerusalén, era en tiempos del Mandato Británico la sede de la administración colonial: oficinas del gobierno, cuartel general militar y secretaría de las autoridades británicas.

En ese clima de tensión, el grupo clandestino Irgun (Etzel), dirigido por Menachem Begin —quien años más tarde sería primer ministro de Israel—, decidió atacar el edificio. La motivación inmediata fue la política británica: redadas contra la comunidad judía, confiscación de documentos y arrestos de dirigentes del *Yishuv*. Para el Irgun, el Mandato era un obstáculo insalvable en la creación de un Estado judío, especialmente tras la Shoá y el Libro Blanco de 1939, que había cerrado la puerta a la inmigración de sobrevivientes del Holocausto.

El 22 de julio de 1946, militantes del Irgun disfrazados de repartidores de leche entraron en el sótano del ala sur del hotel, donde estaban las oficinas administrativas, y colocaron explosivos ocultos en jarras de leche. La explosión derrumbó gran parte del edificio. El balance fue trágico: 91 muertos —entre británicos, árabes, judíos y otros civiles— y alrededor de 45 heridos. Fue el atentado más mortífero llevado a cabo por una organización judía durante el Mandato.

Este hecho no puede justificarse. El ataque contra un edificio lleno de civiles fue un error moral y político, y así lo reconocieron incluso muchos líderes del *Yishuv* y de la Haganá, que lo condenaron abiertamente. Al mismo tiempo, debe entenderse dentro de un contexto más amplio: un pueblo traumatizado por el Holocausto, encerrado por la política británica que les negaba refugio, y un clima de violencia colonial en el que tanto británicos como árabes también recurrían a la fuerza.

El atentado del King David muestra el dilema de esos años: la desesperación podía empujar a acciones extremas, pero la creación del Estado judío no se basó en atentados como este, sino en la construcción paciente de instituciones, kibutzim, escuelas, hospitales y estructuras políticas. Si el sionismo sobrevivió y floreció, no fue por la violencia del Irgun, sino a pesar de ella.

## Guerra de la independencia de Israel 1948

El atentado del King David muestra con crudeza el dilema de esos años: la desesperación podía empujar a acciones extremas, pero la creación del Estado judío no se cimentó en atentados como este, sino en la construcción paciente de instituciones, kibutzim, escuelas, hospitales y estructuras políticas. Si el sionismo sobrevivió y floreció, no fue por la violencia del Irgun, sino a pesar de ella.

Y es en ese escenario de tensiones crecientes donde estalla el capítulo decisivo: la Guerra de Independencia de Israel (1948–1949). Fue el primer choque abierto entre el nuevo Estado y los países árabes vecinos, el momento en que Israel se consolidó como Estado soberano, el origen de la cuestión de los refugiados árabes y la etapa que dejó fijadas las fronteras de facto que marcarían todo el conflicto posterior.

Al proclamarse el 14 de mayo de 1948, el nuevo Estado de Israel se apoyaba en las fronteras fijadas por la Resolución 181 de la ONU (Plan de Partición, noviembre de 1947). Ese plan le adjudicaba tres grandes bloques: la Galilea occidental, la llanura costera desde Haifa hasta Tel Aviv, y el desierto del Néguev, con un corredor hacia Eilat. Jerusalén y Belén, por su carácter sagrado, quedaban bajo un régimen internacional especial.

La guerra tuvo dos fases bien diferenciadas. La primera comenzó en noviembre de 1947, tras la votación de la ONU que aprobó la partición del Mandato en dos Estados. Los judíos celebraron el reconocimiento de su derecho nacional; los árabes lo rechazaron de plano y respondieron con violencia. Desde ese momento, estalló una guerra civil dentro del Mandato. Barrios judíos fueron atacados, convoyes hacia Jerusalén emboscados y colonias asediadas. La Haganá organizó operaciones defensivas, y más tarde ofensivas, para mantener abiertas las rutas vitales y asegurar territorios estratégicos. Jerusalén sufrió especialmente: la ciudad quedó sitiada, con hambre y falta de agua, mientras sus habitantes resistían.

La segunda fase comenzó el 15 de mayo de 1948, un día después de que David Ben-Gurión proclamara la independencia del Estado de Israel en Tel Aviv. Apenas expiró el Mandato británico, cinco ejércitos árabes —Egipto, Siria, Jordania, Irak y Líbano— cruzaron las fronteras para aplastar al nuevo Estado antes de que pudiera consolidarse. Jerusalén fue asediada por la Legión Árabe jordana; el Negev ardió bajo la ofensiva egipcia; Galilea se convirtió en campo de batalla con las incursiones sirias y libanesas.

Las pérdidas fueron enormes en ambos bandos. Alrededor de 700.000 árabes huyeron o fueron expulsados en medio del conflicto, convirtiéndose en lo que más tarde se llamaría “los refugiados palestinos”. Pero también el pueblo judío pagó un precio altísimo.

Barrios judíos históricos, como el de la Ciudad Vieja de Jerusalén, fueron conquistados por la Legión Árabe de Jordania: la sinagoga Hurva, símbolo de siglos de presencia, fue volada; los habitantes fueron expulsados a la fuerza, marcando el fin de una continuidad ininterrumpida en la ciudad amurallada desde tiempos bíblicos. En Hebrón y en el bloque de Gush Etzion, comunidades enteras fueron destruidas y sus defensores, masacrados o hechos prisioneros.

En total, Israel perdió alrededor de 6.000 personas entre 1947 y 1949, casi el 1 % de su población judía de entonces —un precio devastador para una comunidad de apenas 650.000 almas. Cada kibutz, cada aldea, cada barrio urbano conoció el duelo: madres que habían huido de Europa lloraban ahora a hijos caídos en la defensa de un país recién nacido.

La tragedia fue doble: los refugiados árabes que dejaron atrás aldeas y campos, y los judíos que perdieron familias enteras, barrios históricos y casi una generación de jóvenes combatientes. La Guerra de Independencia no fue una victoria limpia, sino una victoria bañada en sangre y sacrificio.

Pero lo inesperado ocurrió: contra todo pronóstico, el Yishuv logró organizar un ejército regular —las Fuerzas de Defensa de Israel (Tzahal)—, resistir los embates iniciales, contraatacar y no solo sobrevivir, sino ampliar el territorio más allá de lo previsto por el plan de partición de la ONU. Fue una victoria inesperada de un pueblo que apenas había nacido como Estado y que ya enfrentaba a cinco enemigos simultáneos.

En 1949, tras duras batallas, se firmaron armisticios con Egipto, Jordania, Siria y Líbano. No hubo paz definitiva, pero sí un reconocimiento de facto: Israel quedaba en el mapa como Estado soberano, con fronteras fijadas por las líneas de cese al fuego, conocidas como “Líneas Verdes”.

Había nacido Israel, en medio del fuego, la guerra y el exilio. Un país pequeño y sitiado, pero que había demostrado al mundo que no sería borrado otra vez del mapa.

## **1948: ¿Quién llamaba “Palestina” a la tierra cuando nació Israel?**

Cuando Israel proclamó su independencia el 14 de mayo de 1948, ningún país árabe ni autoridad local reconocía la existencia de un Estado llamado *Palestina*. No había gobierno, bandera ni institución alguna que utilizara ese nombre con sentido nacional o soberano.

En los discursos árabes de la época, no se hablaba de una “nación palestina”, sino de la “liberación de la Tierra Árabe” o del “Sur de Siria”. El término “pueblo palestino”, tal como hoy lo entendemos, aún no existía en el lenguaje político: se concebía como parte del mundo árabe en su conjunto, no como una identidad diferenciada.

Al concluir la guerra árabe-israelí de 1948–1949, el antiguo territorio del Mandato Británico de Palestina quedó dividido en tres partes. Israel, tras resistir la invasión de cinco ejércitos árabes, controló aproximadamente el 78 % del territorio.

El resto fue repartido entre los propios países árabes: Jordania ocupó y posteriormente anexionó Cisjordania y Jerusalén Este en 1950, rebautizándolas oficialmente como “*Cisjordania del Reino Hachemita de Jordania*”. No proclamó un Estado palestino, sino que declaró que aquellas tierras eran parte integral de su reino.

Por su parte, Egipto tomó el control de la Franja de Gaza, que administró directamente durante diecinueve años, sin fundar ningún gobierno palestino propio, sino tratándola como una zona militar bajo supervisión egipcia.

En otras palabras, ningún Estado árabe creó una “Palestina” independiente después de 1948. Todos decían luchar por “liberarla”, pero en la práctica ninguno quiso otorgarle soberanía propia. La tierra quedó convertida en un tablero político dividido entre potencias vecinas, mientras la idea de una identidad palestina aún no había nacido como proyecto nacional autónomo.

## **¿Qué tierras ganó Israel en 1949 de forma legítima?**

En 1949, tras los armisticios firmados con Egipto, Jordania, Siria y Líbano, Israel consolidó por primera vez su existencia como Estado reconocido de facto. La guerra había modificado el mapa trazado por la ONU en su plan de partición. Mientras que la Resolución 181 de 1947 le otorgaba al nuevo Estado judío alrededor de 14.000 km<sup>2</sup>, la guerra de independencia le permitió ampliar su control hasta unos 20.000 km<sup>2</sup>. Esto significaba, en términos concretos, que Israel incorporaba plenamente la Galilea occidental, aseguraba el corredor hacia Jerusalén occidental y extendía su dominio sobre gran parte del desierto del Néguev, hasta alcanzar las orillas del mar Rojo en Eilat. Aquellas líneas de armisticio de 1949, conocidas como “Líneas Verdes”, no eran fronteras definitivas, pero sí establecían cuál era el territorio bajo control israelí legítimamente reconocido tras la contienda.

Sin embargo, otros espacios clave de la región quedaron fuera de las manos de Israel. La franja de Gaza permaneció bajo control militar de Egipto, que nunca la anexionó formalmente, pero la administró hasta 1967. Judea y Samaria, conocidas internacionalmente como Cisjordania, fueron ocupadas por el reino hachemita de Jordania, que en 1950 se atrevió incluso a proclamarlas anexadas a su territorio. Dicha anexión fue rechazada por la inmensa mayoría de la comunidad internacional, aunque recibió un reconocimiento parcial de Reino Unido y Pakistán. En esa zona quedaba incluida Jerusalén Este, con la Ciudad Vieja y sus lugares santos, de los cuales los judíos fueron expulsados y privados de acceso durante los diecinueve años siguientes. Los Altos del

Golán, por su parte, continuaron en manos de Siria, que los utilizó como posición estratégica para bombardear de manera recurrente las aldeas judías de la Galilea y el valle de Hula en los años posteriores.

## Los refugiados palestinos y la UNRWA

Uno de los capítulos más complejos y menos comprendidos del conflicto es el de los refugiados palestinos. Todo comienza en 1948, con la Guerra de Independencia de Israel. En medio del caos de aquella guerra, alrededor de 700.000 árabes huyeron o fueron expulsados de sus hogares. Muchos lo hicieron por miedo, otros porque fueron instados por los líderes árabes a salir “temporalmente” hasta que Israel fuera destruido, y en algunos casos porque las batallas y expulsiones los obligaron a dejar sus pueblos. El resultado fue un éxodo masivo que dio origen a lo que los árabes llamarían la Nakba (“catástrofe”).

Hasta aquí, nada distinto de lo que ha ocurrido en tantos otros conflictos del siglo XX. Decenas de millones de personas en Europa, Asia y África fueron desplazadas en guerras, y la comunidad internacional creó en 1950 el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) precisamente para atender a estas poblaciones. ACNUR funciona con un principio claro: su objetivo no es perpetuar el estatus de refugiado, sino resolverlo. Ya sea mediante la integración en los países de acogida, la reubicación en terceros países o el retorno cuando sea posible, ACNUR busca soluciones permanentes.

Pero en el caso palestino se hizo algo completamente distinto. En 1949, bajo la presión de los países árabes, la ONU creó un organismo exclusivo para ellos: la UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo). Esta agencia, a diferencia de ACNUR, no buscó resolver el problema, sino administrarlo de manera indefinida. Su definición de “refugiado palestino” fue única en el mundo: no solo los que huyeron en 1948, sino también todos sus descendientes, generación tras generación, sin límite de tiempo.

El resultado de esta definición excepcional es que, de los 700.000 refugiados iniciales, hoy se cuentan más de 5,5 millones de “refugiados palestinos” registrados en UNRWA, incluyendo bisnietos de los que salieron en 1948. En cualquier otra parte del mundo, un hijo o un nieto de refugiados pierde ese estatus una vez integrado en otro país. Pero en el caso palestino, el estatus nunca caduca. Es hereditario.

Esto convierte a los palestinos en los únicos refugiados del planeta cuya condición se transmite indefinidamente. Y eso tiene consecuencias enormes. Mientras que otros refugiados del siglo XX — los alemanes expulsados de Polonia y Checoslovaquia, los hindúes y musulmanes desplazados en la partición de India y Pakistán, los griegos y turcos intercambiados en 1923, o los bosnios y croatas en los 90— fueron reasentados e integrados, los palestinos quedaron atrapados en un limbo perpetuo.

La explicación no está en la imposibilidad de absorberlos, sino en una decisión política. Los países árabes que los recibieron —Líbano, Siria, Jordania— se negaron en su mayoría a concederles ciudadanía plena o integración. Preferían mantenerlos en campamentos, administrados por la UNRWA, como una herramienta de presión permanente contra Israel. Así, la figura del refugiado palestino no fue tratada como una cuestión humanitaria, sino como una arma diplomática y política.

Esto genera una paradoja dolorosa: la UNRWA, creada supuestamente para ayudar, ha terminado por consolidar la condición de refugiado. Sus escuelas, hospitales y servicios benefician a millones de personas, pero al mismo tiempo alimentan la narrativa de que su destino no es integrarse donde están, sino “volver” algún día a Israel. Ese “derecho al retorno”, proclamado como irrenunciable, equivale en la práctica a pedir la desaparición de Israel como Estado judío, pues significaría inundarlo con millones de descendientes de refugiados.

En resumen, la UNRWA convirtió lo que debía ser un problema humanitario en un problema político eterno. Mientras que ACNUR trabaja para que los refugiados de cualquier otra parte del mundo dejen de serlo, la UNRWA se ha convertido en la única agencia internacional cuya misión parece ser lo contrario: mantener vivo el estatus de refugiado palestino como herencia.

Así, lo que empezó como un drama humano en 1948 se transformó en un factor estructural del conflicto. Más de setenta años después, millones de palestinos siguen creciendo en campamentos, educados en la idea de que no tienen futuro allí donde nacieron, sino en una tierra que nunca han pisado. Y en ese círculo vicioso, la esperanza de resolver el conflicto se ve siempre amenazada por la perpetuación de un problema que en cualquier otro rincón del mundo ya habría sido resuelto hace generaciones.

## **La Crisis de Suez (1956)**

La joven nación de Israel apenas había tenido tiempo de respirar cuando se vio envuelta en un nuevo conflicto internacional. En 1956 estalló lo que pasaría a la historia como la Crisis de Suez, un choque que involucró no solo a Israel, sino también a dos potencias europeas —Francia y el Reino Unido— frente al Egipto de Gamal Abdel Nasser.

El origen de la crisis estuvo en un gesto audaz de Nasser: la nacionalización del Canal de Suez, arteria vital para el comercio mundial, hasta entonces bajo control franco-británico. Pero para Israel había un factor aún más inmediato y grave: Egipto bloqueó el Estrecho de Tirán, la única salida de Israel hacia el mar Rojo y, por ende, hacia Asia y África. Este bloqueo era ilegal según el derecho internacional, pues impedía la libre navegación de un país soberano, y equivalía a una asfixia económica para el Estado hebreo.

En este contexto, se fraguó una alianza secreta. Israel, Francia y el Reino Unido acordaron una estrategia: Israel atacaría el desierto del Sinaí, avanzando hacia el canal; después, Londres y París intervendrían con la excusa de “separar a los beligerantes” y recuperar así el control del canal. A finales de octubre de 1956, las tropas israelíes lanzaron la ofensiva: en pocos días conquistaron toda la península del Sinaí, demostrando una capacidad militar sorprendente para un país tan joven.

Sin embargo, lo que parecía una victoria fulgurante se transformó pronto en un pulso diplomático. Estados Unidos y la Unión Soviética, en plena Guerra Fría, coincidieron en presionar a Israel, Francia y el Reino Unido para que se retiraran. Washington amenazó con sanciones económicas, y Moscú llegó incluso a insinuar un ataque directo si no cesaban las hostilidades. La presión internacional fue irresistible.

Israel aceptó retirarse del Sinaí, pero lo hizo bajo una condición: que se desplegara en la frontera egipcia una Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (UNEF), con el fin de garantizar la paz y

asegurar la libre navegación por el Estrecho de Tirán. Durante casi una década, esa presencia internacional dio a Israel una relativa seguridad en su frontera sur.

La crisis dejó una enseñanza clara: Israel había demostrado su fuerza militar, pero también entendió que su supervivencia no dependía solo de las armas, sino de la diplomacia y de la posición de las grandes potencias. Y, aunque Egipto quedó señalado como responsable del bloqueo ilegal, Nasser emergió como héroe del mundo árabe por haber desafiado y doblegado a las antiguas potencias coloniales.

## El nacimiento del movimiento palestino armado

Tras la Guerra de la Independencia (1948–1949), los habitantes árabes del antiguo Mandato Británico quedaron dispersos. Cerca de 700.000 personas fueron desplazadas: muchos se refugiaron en Gaza (bajo control egipcio), en Cisjordania (anexionada por Jordania) o en los países vecinos, como Líbano y Siria. En ese momento no existía un Estado árabe propio ni una dirección política unificada que hablara en nombre de ellos. Durante más de una década, su causa quedó subordinada a los intereses de los distintos gobiernos árabes, que decían representarlos, pero que en realidad competían entre sí por el control del Levante.

En medio de ese vacío político comenzaron a formarse nuevos grupos de exiliados que buscaban recuperar una voz propia para los árabes desplazados del Mandato. Entre ellos, el más influyente sería Fatah, fundado a finales de los años cincuenta en Kuwait por un grupo de jóvenes militantes, muchos de ellos ingenieros y estudiantes originarios de Jerusalén, Gaza y otras ciudades del Mandato. Su figura más destacada fue Yasser Arafat, acompañado por Khalil al-Wazir (Abu Jihad), Salah Khalaf (Abu Iyad) y otros colaboradores.

El nombre Fatah era un acrónimo invertido de *Harakat al-Tahrir al-Filistini* —“Movimiento de Liberación de Palestina”—, y su programa era inequívoco: rechazaba la existencia del Estado de Israel y proclamaba la lucha armada como medio principal para liberar toda la tierra entre el Jordán y el Mediterráneo. No hablaba de coexistencia ni de dos Estados, sino de la sustitución total del Estado judío por uno árabe.

En paralelo, en 1964, bajo auspicio de la Liga Árabe y con apoyo especial de Egipto de Nasser, nació la Organización para la Liberación de Palestina (OLP, en inglés PLO). Su primer presidente fue Ahmad Shukeiri. La OLP se presentó como paraguas institucional de todas las facciones palestinas, aunque en la práctica quedó pronto dominada por Fatah y por Yasser Arafat, que asumió su liderazgo en 1969.

Ese mismo año 1964 se adoptó la Carta Nacional Palestina (o Carta de la OLP), un documento fundamental. En ella se definía que:

- Palestina era una unidad territorial indivisible, desde el río Jordán hasta el mar Mediterráneo.
- Israel era considerado “ilegítimo” y debía ser desmantelado.
- El retorno de los refugiados era un derecho irrenunciable.
- La lucha armada era el camino principal de liberación.

Unos años más tarde, en 1965, Fatah realizó su primer ataque armado contra Israel, un acto simbólico que marcó el inicio de una nueva etapa: la de la guerrilla palestina.

Otra de las facciones relevantes que surgieron en esa época fue el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), creado en 1967 por George Habash. De ideología marxista-leninista, el FPLP combinaba la causa nacional palestina con el discurso revolucionario internacional. Fue este grupo el que, en los años siguientes, haría célebres los secuestros de aviones y los atentados de gran repercusión mediática.

Así, en el lapso que va de Suez (1956) a la Guerra de los Seis Días (1967), el mundo árabe vio nacer un nuevo actor: no ya ejércitos regulares de Estados vecinos, sino un movimiento palestino organizado que se asumía como protagonista de la lucha contra Israel. Sus documentos fundacionales dejaban claro que no buscaban coexistir, sino reemplazar al Estado judío.

Este giro tendría consecuencias profundas: a partir de entonces, cada guerra y cada negociación ya no serían solo entre Israel y países árabes, sino también con organizaciones que enarbolaban la bandera palestina y que harían del terrorismo internacional un instrumento de propaganda y presión.

Esto sienta las bases de la palestina actual. La génesis del nacionalismo palestino organizado incluyó textos y prácticas que privilegiaron la lucha armada y rechazaron la partición; esa elección marcó décadas de violencia y constituye una advertencia histórica.

### **¿Por qué los árabes del Mandato adoptaron el nombre “Palestina”?**

Hasta mediados del siglo XX, los árabes de la región no se identificaban como “palestinos”, sino como árabes del sur de Siria (*al-Suriya al-Janubiya*) o simplemente árabes del Levante (*ash-Sham*). Durante siglos, su pertenencia se definía por la religión, la tribu o la lealtad imperial (otomana), pero no por una identidad nacional diferenciada.

Cuando el Imperio Otomano cayó en 1917, las fronteras coloniales trazadas por Sykes-Picot y los mandatos de la Sociedad de Naciones rompieron la noción unitaria de “Gran Siria”, dividiendo la región en Siria, Líbano, Transjordania e Irak.

El territorio restante —el Mandato Británico de Palestina— recibió un nombre heredado de Roma y del uso británico, no de la autodenominación de sus habitantes.

Durante la época otomana no existió ninguna provincia llamada “Palestina”.

El término *Filastīn* era antiguo, proveniente del *Jund Filastīn* árabe-omeya (siglo VII), pero había desaparecido de la administración real hacía siglos.

Los otomanos dividían el territorio en eyalatos y sanjaks —como los de Jerusalén, Nablus o Gaza—; ninguno se llamaba *Filastīn*.

Sin embargo, los europeos y los cristianos seguían usando “Palestine” como sinónimo bíblico de la Tierra Santa.

Así, cuando los británicos establecieron el Mandato en 1920, revivieron el término “Palestine” como nombre oficial, y lo imprimieron en documentos, pasaportes y monedas.

De ese modo, el nombre “Palestina” se convirtió en una etiqueta internacionalmente reconocida, aunque su uso local siguiera siendo ambiguo.

Los judíos del Mandato lo adoptaron sin problema: en el hebreo de la época, *Eretz Yisrael*

(*Palestina*) aparecía en los sellos y organismos oficiales.

Los árabes, en cambio, no lo usaban con identidad nacional, sino como designación geográfica.

Después de 1948, tras la derrota de los ejércitos árabes y la huida masiva de los habitantes del antiguo Mandato, los regímenes árabes comprendieron que la guerra no se había perdido solo en el campo de batalla, sino también en el terreno simbólico. Era necesario reconstruir una narrativa que mantuviera viva la causa y diera cohesión a las poblaciones dispersas en Gaza, Cisjordania, Líbano y Siria. Fue entonces cuando el término “Palestina”, casi olvidado en el lenguaje político local pero familiar para el mundo occidental gracias a los británicos y a la tradición cristiana, adquirió un nuevo significado.

Bajo el impulso de líderes como Gamal Abdel Nasser en Egipto, *Palestina* dejó de ser un mero topónimo y pasó a convertirse en una bandera. El nombre sirvió para unificar a los árabes desplazados en torno a una causa común, legitimar ante la comunidad internacional una reclamación territorial reconocible y, sobre todo, transformar la derrota de 1948 en una narrativa de resistencia. En pocas décadas, lo que había sido una designación geográfica revivida por las potencias coloniales se convirtió en el emblema político de un nuevo nacionalismo árabe: el palestino.

En otras palabras:

No eligieron “Palestina” por continuidad histórica, sino porque era un nombre disponible, conocido y útil para construir una identidad nacional moderna después del colapso del panarabismo.

Fue un acto político, no una herencia milenaria.

El término, revivido por los británicos y los europeos, fue reapropiado por los líderes árabes y por las nuevas organizaciones armadas (como Fatah y luego la OLP) para crear una narrativa nacional donde antes había solo una identidad árabe regional.

## **La Guerra de los Seis Días (1967)**

Una década después de la Crisis de Suez, el frágil equilibrio en Oriente Medio volvió a romperse. En mayo de 1967, Gamal Abdel Nasser, presidente de Egipto, tomó una serie de decisiones que encendieron la mecha de una nueva guerra. Ordenó la expulsión de las fuerzas de la ONU del Sinaí, que habían servido desde 1956 como colchón de seguridad; movilizó a su ejército en la península y anunció públicamente que Israel sería destruido. Como golpe final, volvió a bloquear el Estrecho de Tirán, cerrando la salida marítima de Israel hacia el mar Rojo.

Pero Egipto no estaba solo. Siria y Jordania se sumaron rápidamente al pulso. Damasco intensificó los bombardeos desde los Altos del Golán, que dominaban el valle de Hula y la Galilea; Ammán firmó un pacto militar con El Cairo y movilizó tropas en Cisjordania. El cerco era evidente: tres países árabes habían alineado sus ejércitos en las fronteras de Israel, acompañados por el apoyo logístico y armamentístico de la Unión Soviética.

En Jerusalén, Tel Aviv y Haifa, el miedo era palpable. Israel, con apenas tres millones de habitantes, se veía rodeado por ejércitos que triplicaban sus fuerzas en hombres y armamento. Pero la joven nación no esperó a ser aplastada. El 5 de junio de 1967, Israel lanzó un ataque preventivo contra las

bases aéreas egipcias. En pocas horas, la aviación israelí destruyó la mayoría de la fuerza aérea de Egipto en tierra, asegurando la superioridad aérea en todo el frente.

Lo que siguió fue un avance fulgurante. En solo seis días, Israel derrotó a Egipto, Siria y Jordania en una campaña militar que asombró al mundo. El ejército israelí pasó a controlar la península del Sinaí y la Franja de Gaza en el sur; la Cisjordania y Jerusalén Este en el centro; y los Altos del Golán en el norte.

Pero más allá del mapa, el trasfondo legal es crucial. Israel no inició esta guerra: fue víctima de un bloqueo ilegal en el Estrecho de Tirán, considerado por el derecho internacional un acto de agresión (artículo 51 de la Carta de la ONU reconoce el derecho inherente a la defensa propia frente a un ataque armado o acciones equivalentes). Además, el Convenio de San Remo (1920) y el Mandato de la Sociedad de Naciones (1922) ya habían reconocido los derechos históricos del pueblo judío sobre Judea, Samaria y Jerusalén.

En este marco, lo que ocurrió en 1967 no fue una ocupación colonial, sino el resultado de una guerra defensiva. Según el derecho internacional consuetudinario, los territorios tomados en defensa propia frente a una agresión no pueden equipararse a una ocupación ilegal. Por eso, hablar de “tierras ocupadas” resulta una simplificación propagandística: fueron territorios recuperados legítimamente tras una guerra que Israel no buscó, pero que se vio obligado a librar para sobrevivir.

Y así, tras 19 años de separación y prohibición, los judíos volvieron a rezar en el Muro Occidental, corazón espiritual de Jerusalén, marcando el reencuentro de un pueblo con su historia milenaria.

La victoria fue total, pero el desenlace abrió nuevos dilemas. Israel había triplicado su territorio, pero ahora debía administrar regiones con una gran población árabe hostil, como Gaza y Cisjordania. Desde el punto de vista militar, quedó claro que Israel no podía ser borrado del mapa con facilidad; desde el punto de vista político, comenzó una nueva fase del conflicto.

Lo irónico es que, aunque Israel había actuado en defensa propia frente a un cerco y un bloqueo ilegales, los países árabes interpretaron la derrota como una humillación intolerable. En septiembre de 1967, reunidos en Jartum, los líderes árabes proclamaron la famosa política de los “tres no”: no a la paz con Israel, no al reconocimiento de Israel, no a las negociaciones con Israel.

La Guerra de los Seis Días consolidó a Israel como potencia militar regional, pero al mismo tiempo sembró las semillas de futuros conflictos: la disputa sobre Jerusalén, los territorios ocupados y el destino de los refugiados palestinos.

## **Guerra de Desgaste (1967–1970)**

Tras la fulgurante victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días, el mapa de Oriente Medio había cambiado de manera radical. Egipto había perdido la península del Sinaí, Siria los Altos del Golán y Jordania la Cisjordania y Jerusalén Este. Israel emergía fortalecido, pero también rodeado de vecinos humillados que no estaban dispuestos a aceptar el nuevo statu quo.

El presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que había visto hundirse su prestigio tras la derrota de 1967, decidió que la única forma de recuperar la iniciativa era mantener la presión constante sobre Israel. Así nació la llamada Guerra de Desgaste.

Desde 1968, el Canal de Suez se convirtió en la línea caliente del conflicto. Egipto desplegó artillería pesada a lo largo de la ribera occidental y comenzó una serie de bombardeos casi diarios contra las posiciones israelíes en la ribera oriental. Era una guerra sin grandes ofensivas, pero con un goteo continuo de bajas: francotiradores, incursiones de comandos, emboscadas, minas en carreteras y duelos de artillería que castigaban sin cesar a los soldados israelíes apostados en el Sinaí.

Israel respondió con dureza: bombardeó instalaciones militares en Egipto, atacó posiciones de radar y lanzó incursiones de represalia. La aviación israelí, en particular, se convirtió en un factor decisivo, llevando la guerra hasta el interior de Egipto. Sin embargo, cuanto más golpeaba Israel, más buscaba Nasser apoyo externo. Fue entonces cuando la Unión Soviética intervino directamente, enviando asesores militares, aviones de combate Mig y sistemas antiaéreos avanzados que complicaron la superioridad aérea israelí.

La guerra se extendió durante casi tres años y dejó miles de muertos en ambos bandos. Para Israel, supuso un enorme desgaste humano y psicológico: soldados jóvenes pasaban meses enteros en fortificaciones improvisadas a orillas del canal, bajo fuego constante, en una guerra sin victorias claras ni finales a la vista. Para Egipto, fue un sacrificio calculado: mantener viva la llama del conflicto, demostrar que no aceptaba la pérdida del Sinaí y preparar el terreno para una futura guerra a gran escala.

Finalmente, en 1970, gracias a la mediación de Estados Unidos, se alcanzó un alto el fuego supervisado por la ONU. Israel mantuvo sus posiciones en el Sinaí, pero Egipto salió con la sensación de haber recuperado parte de su honor nacional. Para muchos historiadores, la Guerra de Desgaste fue el prólogo inevitable de la gran confrontación que estallaría tres años más tarde.

## **La Guerra de Yom Kipur (1973)**

El 6 de octubre de 1973, cuando el pueblo judío celebraba el día más sagrado de su calendario, Yom Kipur, la guerra volvió a estallar. Egipto y Siria, coordinados en secreto, lanzaron un ataque sorpresa contra Israel. La fecha no fue elegida al azar: Yom Kipur era día de ayuno, oración y recogimiento, con gran parte del país paralizado.

En el frente sur, Egipto cruzó el Canal de Suez con decenas de miles de soldados, apoyados por artillería y misiles antitanque soviéticos. Rompieron la famosa Línea Bar-Lev, considerada la muralla defensiva israelí en el Sinaí, y avanzaron con éxito en las primeras jornadas. En el norte, Siria lanzó una ofensiva masiva sobre los Altos del Golán, con cientos de tanques que amenazaban con descender hacia la Galilea.

Israel quedó en estado de shock. Las primeras horas y días fueron de desesperación: el ejército, confiado tras la victoria de 1967, no estaba preparado para un golpe de tal magnitud. Pero tras el desconcierto inicial, movilizó a sus reservas y reorganizó sus fuerzas.

En el frente del Golán, los soldados israelíes resistieron en batallas épicas de tanques, logrando detener la ofensiva siria a un costo altísimo. Poco a poco, empujaron a las fuerzas de Damasco hacia atrás, hasta quedar a solo 40 km de la capital siria.

En el frente del Sinaí, tras sufrir miles de bajas, Israel logró cruzar a la ofensiva bajo el mando de Ariel Sharón. En una maniobra arriesgada, las tropas israelíes cruzaron el Canal de Suez en sentido inverso, rodeando al Tercer Ejército egipcio. Para cuando llegó el alto el fuego mediado por Estados Unidos y la URSS, los israelíes estaban a 100 km de El Cairo.

La guerra duró apenas tres semanas, pero sus costos fueron devastadores. Israel perdió unos 2.600 soldados, una cifra terrible para un país pequeño. Egipto y Siria también sufrieron decenas de miles de bajas. Si bien Israel logró repeler el ataque y demostrar que no sería derrotado, la confianza de invulnerabilidad que había nacido tras 1967 quedó hecha añicos.

La guerra abrió una nueva etapa política: poco después, el presidente egipcio Anwar el-Sadat aceptaría negociar con Israel, lo que desembocaría en los Acuerdos de Camp David (1978) y la paz entre ambos países.

## **El terrorismo en los años 70: un frente paralelo**

El terrorismo en los años setenta abrió un frente paralelo al de los ejércitos regulares. Mientras Israel defendía sus fronteras en guerras abiertas contra Egipto, Siria o Jordania, en las ciudades de Europa, en los aeropuertos y hasta en los Juegos Olímpicos, surgía una nueva forma de violencia: la internacionalización del conflicto palestino a través del terror. Facciones de la OLP y grupos afines entendieron que la batalla ya no se libraba solo en Oriente Medio, sino que podía trasladarse a cualquier escenario del planeta para atraer la atención del mundo y golpear a Israel donde más dolía: en la vida civil de sus ciudadanos.

El golpe más brutal llegó en Múnich, en 1972. Durante los Juegos Olímpicos, que debían ser una fiesta de paz y fraternidad, el grupo “Septiembre Negro”, brazo de Fatah, secuestró a once atletas israelíes en la villa olímpica. Las negociaciones se prolongaron durante horas y terminaron en una fallida operación de rescate de la policía alemana. El resultado fue devastador: los once deportistas fueron asesinados. La masacre de Múnich conmocionó al mundo entero y marcó un antes y un después: la causa palestina había cruzado la línea de la guerra y se había transformado en una maquinaria de terrorismo internacional.

Ese mismo año, en el aeropuerto de Lod, hoy Ben Gurión, se vivió otro episodio sangriento. Tres terroristas japoneses, reclutados por el Frente Popular para la Liberación de Palestina, desembarcaron armados y abrieron fuego indiscriminado contra los pasajeros. Murieron veintiséis personas y decenas más resultaron heridas. La elección de militantes no árabes subrayaba el carácter global de la red terrorista: el conflicto se internacionalizaba no solo en sus escenarios, sino también en sus ejecutores.

En 1976, el secuestro del vuelo de Air France con destino a Tel Aviv llevó el terror hasta Uganda. El avión fue desviado a Entebbe, donde los terroristas, con el apoyo del dictador Idi Amín, separaron a los pasajeros israelíes y judíos del resto. El objetivo era claro: negociar vidas inocentes a cambio de reivindicaciones políticas. Pero la historia tomó otro rumbo. Una operación de rescate sin precedentes, llevada a cabo por las Fuerzas de Defensa de Israel y dirigida por Yonatan Netanyahu, liberó a la mayoría de los rehenes. La operación Entebbe se convirtió en símbolo de la determinación israelí frente al terrorismo y en mensaje inequívoco de que la diáspora del miedo no quedaría sin respuesta.

Estos atentados no buscaban victorias militares: buscaban sembrar terror, visibilizar la causa palestina y presionar a Israel mediante la violencia contra civiles inocentes. Si la guerra convencional era el frente visible, el terrorismo internacional se convirtió en un frente invisible, que perseguía a Israel incluso fuera de sus fronteras y convertía al mundo entero en escenario de su conflicto.

## Los Acuerdos de Camp David

El año 1979 marcó un hito sin precedentes en la historia de Medio Oriente: por primera vez, un país árabe reconocía oficialmente a Israel y firmaba con él un tratado de paz. El proceso que llevó a este acuerdo comenzó un año antes, en 1978, cuando el presidente egipcio Anwar el-Sadat y el primer ministro israelí Menachem Begin se reunieron bajo la mediación del presidente estadounidense Jimmy Carter en Camp David, la residencia presidencial de descanso en Maryland. Durante trece días, entre tensiones, amenazas de ruptura y momentos de acercamiento, se negoció un acuerdo que parecía imposible en un contexto de décadas de guerra.

Los Acuerdos de Camp David establecieron la base para la paz. Israel se comprometía a devolver la península del Sinaí, conquistada en 1967 y consolidada en la guerra de Yom Kipur de 1973, a cambio del reconocimiento formal de Egipto como primer Estado árabe dispuesto a aceptar la existencia de Israel. No fue una decisión menor: el Sinaí representaba un territorio vasto, estratégico y rico en recursos, mientras que para Egipto implicaba romper con la línea dura del rechazo absoluto al Estado judío.

En marzo de 1979, el tratado fue firmado oficialmente en Washington. Sus cláusulas eran claras: Israel se retiraría completamente del Sinaí en un proceso gradual, y Egipto reconocería a Israel y establecería relaciones diplomáticas plenas. Ambos países se comprometían, además, a cesar toda hostilidad mutua y a resolver sus disputas futuras por vías pacíficas.

Lo sorprendente fue que, pese a las dudas iniciales, ambas partes cumplieron lo firmado. Israel evacuó asentamientos, bases militares y devolvió cada kilómetro del Sinaí a Egipto. A cambio, la embajada egipcia en Tel Aviv abrió sus puertas y la frontera más larga de Israel con un país árabe quedó pacificada. La paz con Egipto no fue solo un papel: se convirtió en el primer tratado árabe-israelí duradero, que ha resistido crisis, cambios de gobierno y guerras regionales hasta nuestros días.

El costo político, sin embargo, fue alto. Egipto fue acusado de traición por el mundo árabe y, como represalia, fue expulsado temporalmente de la Liga Árabe. Sadat, por su parte, pagó con su vida: en 1981 fue asesinado por extremistas islamistas que nunca le perdonaron haber pactado con Israel. Pero su legado quedó: con aquel tratado se inauguró la posibilidad real de la paz en la región y se abrió la puerta para que, años más tarde, otros países árabes siguieran el mismo camino.

El Tratado de Paz de 1979 fue, en definitiva, la primera grieta en el muro del rechazo absoluto al Estado judío. Una demostración de que incluso tras guerras sangrientas y enemistades históricas, la negociación y el reconocimiento podían abrir paso a la convivencia.

## **Invasión al Líbano (1982)**

La década de 1980 abrió un nuevo capítulo en el conflicto: la guerra se trasladó al Líbano. Desde mediados de los años 70, tras su expulsión de Jordania en el “Septiembre Negro” de 1970, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) había convertido el sur del Líbano en su base de operaciones. Desde allí lanzaba ataques y bombardeos contra poblaciones del norte de Israel, aprovechando la debilidad de un Estado libanés sumido en la guerra civil.

Para Israel, esta situación era insostenible. Las aldeas galileas vivían bajo la amenaza constante de misiles y emboscadas. En 1982, tras un nuevo atentado contra el embajador israelí en Londres, el gobierno de Menachem Begin decidió actuar. Así comenzó la operación “Paz para Galilea”, que en pocas semanas se transformó en una invasión a gran escala del Líbano.

El objetivo inicial era crear una franja de seguridad en el sur, expulsando a las milicias de la OLP. Sin embargo, la ofensiva avanzó mucho más de lo previsto: las tropas israelíes llegaron hasta Beirut, donde Yasser Arafat y la cúpula de la OLP se atrincheraron. Tras intensos combates y una presión internacional cada vez mayor, se alcanzó un acuerdo: bajo supervisión internacional, los líderes de la OLP fueron evacuados hacia Túnez, estableciendo allí su nuevo cuartel general.

Aunque Israel logró debilitar a la OLP en Líbano, la intervención tuvo consecuencias inesperadas. En el vacío que dejó la retirada de la OLP, con el Líbano desgarrado por su guerra civil, surgió un nuevo actor aún más radical: Hezbollah. Este grupo chií, apoyado y financiado por Irán y Siria, se consolidó en los años siguientes como una fuerza armada y política, convirtiéndose en el principal enemigo de Israel en la frontera norte.

La invasión de 1982 dejó así un balance ambiguo. Israel consiguió alejar a la OLP de su frontera inmediata, pero al mismo tiempo abrió la puerta al ascenso de un adversario mucho más peligroso y con ambiciones regionales. Fue un recordatorio de que en Oriente Medio cada victoria militar podía traer consigo nuevas y complejas amenazas.

## **El nacimiento de Hezbollah: la milicia del Líbano chií**

El nacimiento de Hezbollah es uno de esos episodios en los que la historia del conflicto de Oriente Medio se cruza con la política mundial y con la sombra alargada de la revolución islámica.

Corría 1982 cuando Israel lanzó su invasión al Líbano, con el objetivo de expulsar a la OLP de Beirut. En medio del caos, entre los bombardeos, los desplazamientos masivos y la fragilidad del Estado libanés, comenzó a gestarse un movimiento que cambiaría para siempre el mapa de la región: Hezbollah, el “Partido de Dios”.

Aunque su nacimiento formal se dio en ese año, sus raíces eran anteriores. Venían de 1979, cuando el ayatolá Jomeini derrocó al Sha en Irán y proclamó la República Islámica. Su mensaje era claro: exportar la revolución chií al resto del mundo musulmán. Y en el Líbano, donde la comunidad chií era la más marginada, encontró un terreno fértil.

Tras la entrada del ejército israelí en el sur del país, muchos chiíes se radicalizaron. La Guardia Revolucionaria iraní envió instructores, dinero y armas a través de Siria, y con esa ayuda se organizó un nuevo movimiento islamista que se presentaba como defensor de los pobres, como la

voz de los chiíes y como el brazo de la revolución iraní en el Levante. Así nació Hezbolá: al mismo tiempo milicia, partido político y red social de asistencia.

En 1985, el grupo publicó su “Manifiesto Fundacional”, un texto sin ambigüedades. Allí proclamaba tres objetivos: expulsar a Israel del Líbano, destruir al Estado de Israel —al que consideraba ilegítimo— y establecer un Estado islámico en el propio Líbano inspirado en la doctrina de Jomeini. No era un programa político más: era un llamado a la guerra santa, a la “lucha hasta la eliminación de Israel”, presentada no solo como legítima, sino como un deber religioso.

Pero Hezbolá no tardó en trascender el frente libanés. Desde sus primeros años, se convirtió en un actor global del terrorismo, siempre con apoyo financiero y logístico de Irán. En 1983, el mundo quedó conmocionado: dos camiones cargados de explosivos estallaron contra los cuarteles de marines estadounidenses y soldados franceses de la fuerza multinacional en Beirut. Murieron 299 personas, en uno de los atentados más sangrientos del siglo XX.

La red terrorista se expandió. En 1992, un coche bomba explotó frente a la embajada de Israel en Buenos Aires, dejando 29 muertos. Dos años más tarde, en 1994, Hezbolá golpeó de nuevo en la capital argentina, esta vez contra la sede de la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina). El saldo fue devastador: 85 muertos y cientos de heridos. Fue el atentado antisemita más sangriento en Occidente desde la Shoá, y la justicia argentina lo atribuyó directamente a Hezbolá, con apoyo de Irán.

Estos ataques demostraban que Hezbolá no era ya una milicia local ni un movimiento de resistencia libanés: era un actor del terrorismo global, con capacidad de golpear no solo a Israel, sino a cualquier comunidad judía en cualquier parte del mundo.

## **La Primera Intifada y el nacimiento de Hamás**

En diciembre de 1987 estalló en Gaza un levantamiento que pronto se extendería a toda Cisjordania: la Primera Intifada. Fue un estallido popular espontáneo, nacido en los campamentos de refugiados y en las calles de las ciudades palestinas. Todo comenzó con enfrentamientos entre jóvenes palestinos y soldados israelíes tras un accidente de tránsito en el campo de refugiados de Jabalia, pero muy pronto se convirtió en un movimiento masivo.

Durante años, la población palestina había vivido bajo la administración israelí surgida tras la Guerra de los Seis Días de 1967. Gaza y Cisjordania eran territorios conquistados en aquella guerra defensiva, y aunque Israel había permitido cierto nivel de autonomía local, las tensiones eran crecientes. La frustración se acumulaba: pobreza, falta de perspectivas, la percepción de una ocupación permanente y la ausencia de una salida política clara. El terreno estaba listo para la explosión.

La Intifada se caracterizó al principio por un repertorio de acciones que la diferenciaban de las guerras anteriores: manifestaciones masivas, huelgas generales, boicots a productos israelíes, quema de neumáticos y, sobre todo, piedras lanzadas contra patrullas militares. La imagen de adolescentes con keffiyeh enfrentando tanques con piedras se volvió un símbolo global. Sin embargo, lo que empezó como una revuelta popular pronto fue escalando hacia ataques más violentos, con armas de fuego, cócteles molotov y posteriormente atentados organizados.

En ese contexto de efervescencia y radicalización, apareció en la escena un actor que transformaría para siempre el tablero: Hamás.

Hamás nació oficialmente en diciembre de 1987 como la rama palestina de los Hermanos Musulmanes, un movimiento islamista fundado en Egipto en 1928 por Hasan al-Banna. Durante décadas, los Hermanos habían tenido presencia en Gaza, dedicándose a la prédica religiosa, la enseñanza en mezquitas, la gestión de escuelas y obras de caridad. No eran vistos como un movimiento político en el sentido moderno, sino como una organización religiosa y social.

La Intifada fue la oportunidad para que esa corriente diera un salto cualitativo: de la acción social pasaron a la acción política y armada. En 1988 publicaron su Carta Fundacional, un documento que no dejó lugar a dudas sobre sus objetivos. En ella declaraban que Palestina era un “waqf”, un legado islámico sagrado que debía permanecer para siempre bajo soberanía musulmana. La creación de Israel era descrita como una usurpación, ilegítima en todos los sentidos. Y el mensaje era claro: no habría dos Estados, no habría coexistencia, no habría paz mediante acuerdos. El único objetivo era la destrucción de Israel y la “liberación” de toda la tierra, desde el río Jordán hasta el mar Mediterráneo.

La Carta de Hamás además transformaba un conflicto político en un conflicto religioso. El texto recurría al Corán y a los hadices para presentar la lucha contra Israel como una yihad sagrada, un mandato divino. En algunos pasajes llegaba incluso a citar frases abiertamente antisemitas, culpando a los judíos de conspiraciones históricas y presentando su eliminación como parte de un plan divino. Este matiz religioso era lo que diferenciaba radicalmente a Hamás de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), liderada por Yasser Arafat, que se presentaba como un movimiento nacionalista laico, dispuesto a hablar en términos de Estados y negociaciones.

En la práctica, Hamás se movió en dos frentes. Por un lado, reforzó su trabajo social: construyó escuelas, clínicas, mezquitas y redes de ayuda en los campamentos de refugiados. Esa presencia en la vida cotidiana le ganó rápidamente el apoyo de miles de familias palestinas que veían en Hamás un actor cercano y eficaz, a diferencia de la OLP, que muchos percibían como distante y burocrática. Por otro lado, desarrolló un brazo armado, las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam, que comenzaron a ejecutar atentados contra soldados y civiles israelíes, elevando la Intifada a un nivel mucho más violento.

El nacimiento de Hamás introdujo una fractura interna profunda en el movimiento palestino. Mientras la OLP, en los años 80, buscaba un camino hacia la diplomacia —participando en foros internacionales y tanteando la posibilidad de reconocer la existencia de Israel—, Hamás predicaba lo contrario: que toda negociación era traición, que todo acuerdo era pecado, y que la única vía legítima era la resistencia armada.

La Primera Intifada, que duró hasta 1993, dejó un saldo doloroso: más de mil palestinos muertos, cientos de israelíes asesinados en ataques, y un ciclo de violencia que rompió cualquier ilusión de que la convivencia podía alcanzarse con gestos unilaterales. Pero también abrió la puerta a un nuevo capítulo. La presión internacional, sumada al desgaste interno, llevó a la OLP a negociar con Israel, iniciando el proceso que desembocaría en los Acuerdos de Oslo de 1993.

Sin embargo, Hamás nunca reconoció esos acuerdos. Los rechazó de plano y redobló su estrategia de atentados suicidas contra autobuses, restaurantes y centros urbanos israelíes. Así, mientras una

parte del liderazgo palestino intentaba construir un camino hacia la diplomacia y el reconocimiento internacional, otra parte —la que representaba Hamás— se consolidaba como una alternativa radical, alimentada por la violencia y la religión.

La fundación de Hamás y la Primera Intifada marcaron un punto de no retorno. Desde ese momento, el conflicto israelí-palestino dejó de ser solamente una disputa entre Estados o ejércitos regulares. Se transformó en un enfrentamiento múltiple: por un lado, entre Israel y sus vecinos árabes; por otro, entre Israel y organizaciones como Hamás que hacían del terrorismo internacional una herramienta de guerra; y, al mismo tiempo, en una lucha interna dentro del propio pueblo palestino, dividido entre un nacionalismo laico y un islamismo radical.

El eco de esa fractura sigue hasta hoy. Gaza, bajo control absoluto de Hamás desde 2007, es la prueba más clara de que aquel giro ideológico de finales de los años 80 no fue un episodio pasajero, sino un cambio estructural que condicionó todo el futuro del conflicto.

## Los Acuerdos de Oslo (1993–1995)

A comienzos de los años noventa, después de décadas de guerras y tras el desgaste acumulado de la Primera Intifada, el conflicto israelí-palestino parecía haber llegado a un punto de inflexión. Israel había demostrado ser un Estado sólido, capaz de defenderse frente a ejércitos regulares y frente al terrorismo internacional. La OLP, por su parte, estaba debilitada: aislada en Túnez tras ser expulsada del Líbano en 1982, cuestionada por sectores palestinos internos y erosionada por el surgimiento de Hamás. La comunidad internacional también presionaba para buscar una salida política que estabilizara Oriente Medio, sobre todo tras la Guerra del Golfo de 1991, que había reconfigurado alianzas en la región.

En este contexto nació lo que se conoció como el proceso de Oslo. A espaldas de la opinión pública, en secreto, diplomáticos noruegos facilitaron contactos discretos entre representantes de Israel y de la OLP. Fueron encuentros informales, casi clandestinos, en casas de campo cerca de Oslo, Noruega. Lo impensable comenzó a tomar forma: ambas partes, que hasta entonces se habían negado a reconocerse mutuamente, aceptaban sentarse a dialogar.

El 13 de septiembre de 1993, en el césped de la Casa Blanca en Washington, el mundo fue testigo de un gesto que parecía imposible. Isaac Rabin, primer ministro de Israel, y Yasser Arafat, líder de la OLP, se estrecharon la mano bajo la mirada de Bill Clinton. Era la primera vez que un dirigente israelí y un dirigente palestino se reconocían mutuamente.

Los Acuerdos de Oslo I establecían un marco gradual. Israel reconocía oficialmente a la OLP como representante legítimo del pueblo palestino. La OLP, por su parte, se comprometía a dar un giro histórico: aceptar por primera vez el derecho de Israel a existir y renunciar al terrorismo como herramienta política. Sobre el papel, aquello representaba una transformación radical, del rechazo absoluto a un reconocimiento formal.

Pero la práctica desmintió en gran medida la solemnidad de la firma. Aunque la OLP rubricó compromisos claros, al mismo tiempo continuó tolerando —y en ocasiones fomentando— la glorificación de la violencia. Uno de los ejemplos más evidentes fue el sistema conocido como *pay for slay*: pagos mensuales entregados por la Autoridad Palestina a las familias de quienes cometían

atentados contra israelíes, fueran soldados o civiles. Así, quien asesinaba a un judío y moría en el acto, o era encarcelado, pasaba a ser considerado “mártir” y su familia recibía un estipendio como recompensa.

Este doble juego minó rápidamente la confianza de muchos israelíes en el proceso. Por un lado, se hablaba de paz y reconocimiento en los foros internacionales; por el otro, se incentivaba materialmente la violencia contra judíos. El contraste entre la retórica diplomática y la realidad sobre el terreno mostró que, aunque Oslo encarnaba una esperanza inédita, también arrastraba contradicciones que acabarían estallando en los años siguientes.

Los Acuerdos incluían, además, la creación de un órgano autónomo: la Autoridad Nacional Palestina (ANP), encargada de gobernar partes de Gaza y Cisjordania. Israel debía retirarse progresivamente de ciertas áreas, y se fijó un periodo transitorio de cinco años al término del cual se negociarían los asuntos más difíciles: Jerusalén, los refugiados, las fronteras definitivas y los asentamientos.

Así, lo que comenzó como un apretón de manos que parecía anunciar un nuevo tiempo, terminó siendo también el inicio de una era marcada por la ambivalencia: la paz como horizonte, pero la violencia como sombra persistente.

En 1995, tras avances iniciales, se firmaron los Acuerdos de Oslo II, que ampliaban la autonomía palestina y dividían Cisjordania en tres zonas:

- Área A: bajo control civil y de seguridad palestino (principales ciudades).
- Área B: control civil palestino, seguridad compartida.
- Área C: control total israelí, con los asentamientos y gran parte del territorio rural.

En teoría, era un camino hacia un futuro de dos Estados. La paz parecía posible, y el mundo aplaudió con entusiasmo. Rabin recibió junto a Arafat y Shimon Peres el Premio Nobel de la Paz en 1994.

Pero la realidad pronto mostró su dureza. Desde el principio, el proceso estuvo minado por la desconfianza y la violencia. Mientras Israel cumplía retirándose de partes de Gaza y Cisjordania, Hamás y la Yihad Islámica lanzaron una campaña de atentados suicidas en autobuses y mercados, buscando sabotear la paz y demostrar que la OLP no representaba a todos los palestinos. Decenas de israelíes murieron en ataques que sembraron el terror en las ciudades.

Dentro de Israel también hubo resistencia. Sectores de la derecha denunciaban que los acuerdos ponían en riesgo la seguridad nacional al entregar territorios estratégicos a un liderazgo palestino que nunca había renunciado sinceramente a la violencia. La tensión interna llegó a su clímax en noviembre de 1995, cuando Isaac Rabin fue asesinado en Tel Aviv por un extremista judío opuesto al proceso de Oslo. Fue un golpe devastador para la sociedad israelí: el hombre que había simbolizado la apuesta por la paz caía bajo las balas de uno de los suyos.

En el campo palestino, la situación tampoco mejoraba. Aunque la OLP había ganado legitimidad internacional, la Autoridad Palestina de Arafat se mostró pronto como un aparato corrupto y autoritario. En vez de construir instituciones sólidas, muchos dirigentes desviaban fondos y

mantenían un doble discurso: hacia Occidente hablaban de paz, pero hacia su población mantenían una retórica de resistencia y victimismo.

El resultado fue que, a finales de los años noventa, el proceso de Oslo estaba prácticamente paralizado. Las esperanzas iniciales se habían diluido entre atentados, desconfianza y traiciones políticas. Lo que había comenzado como un gesto histórico acabó demostrando que el problema de fondo no era solo de fronteras o de acuerdos técnicos, sino de visiones irreconciliables: ¿aceptar o no aceptar la existencia de Israel?

En retrospectiva, Oslo fue un momento de apertura que mostró lo posible, pero también reveló las profundas fracturas internas tanto en Israel como en Palestina. Fue un ensayo de paz que no logró consolidarse, y cuyo fracaso preparó el terreno para la siguiente gran explosión: la Segunda Intifada (2000–2005), cuando la violencia regresó con una fuerza aún más brutal.

## **Tratado de Paz con Jordania (1994)**

El 26 de octubre de 1994, en el árido desierto de Wadi Araba, sonaron las palabras que durante casi medio siglo parecían imposibles: paz. Allí, frente a miles de testigos y bajo la mirada atenta del presidente Bill Clinton, el rey Hussein de Jordania y el primer ministro israelí Isaac Rabin firmaron el Tratado de Paz entre Jordania e Israel, convirtiéndose Jordania en el segundo país árabe — después de Egipto— en reconocer oficialmente al Estado judío.

El proceso que condujo a este acuerdo había comenzado en los márgenes de los Acuerdos de Oslo. Jordania, con una población mayoritariamente palestina y con un historial de conflictos directos con Israel (especialmente la guerra de 1948 y la de 1967, cuando perdió Cisjordania y Jerusalén Este), comprendía que la perpetua hostilidad no beneficiaba a su seguridad ni a su desarrollo económico. Hussein, un monarca pragmático y astuto, decidió que la hora había llegado.

El tratado establecía fronteras reconocidas internacionalmente, resolviendo disputas territoriales en el valle de Arava. También incluía acuerdos de cooperación en materia de agua, comercio, turismo y seguridad, esenciales para un país como Jordania, pobre en recursos hídricos y con serias limitaciones económicas. El pacto abrió la puerta a proyectos conjuntos, como el intercambio de agua dulce por electricidad, y a una coordinación en seguridad que pronto se volvió crucial frente al auge del extremismo islámico en la región.

Más allá de la letra del acuerdo, el gesto tuvo un enorme peso simbólico: Hussein y Rabin se dieron la mano con la plena conciencia de estar rompiendo un tabú árabe. Jordania, que durante décadas había sido guardiana de los lugares santos islámicos en Jerusalén y rival directa de Israel, aceptaba convivir con el Estado judío en paz oficial.

El tratado de 1994 no eliminó las tensiones políticas, especialmente en torno al conflicto palestino, que sigue siendo un punto sensible para la opinión pública jordana. Sin embargo, la paz se mantuvo. Desde entonces, Israel y Jordania han cooperado en inteligencia, seguridad fronteriza y gestión del agua, y aunque las relaciones diplomáticas no siempre son cálidas, el pacto sobrevive como uno de los pilares de estabilidad en una región marcada por guerras e incertidumbres.

El Tratado de Paz con Jordania fue, en suma, otro hito que demostró que los acuerdos eran posibles. Con Egipto en 1979 y Jordania en 1994, Israel logró establecer paz duradera con dos de los países

árabes que habían participado en su asedio inicial. La paradoja es que, mientras los Estados vecinos más poderosos optaban por normalizar, el rechazo más radical se fue concentrando cada vez más en las organizaciones palestinas y en grupos islamistas como Hamás y Hezbollah.

## **Pallywood: el teatro de la propaganda**

En paralelo a las guerras convencionales y al terrorismo, desde finales del siglo XX comenzó a consolidarse otro frente, menos visible pero igual de decisivo: el mediático. Allí nació lo que se conoce como “Pallywood”, término acuñado para describir la industria de imágenes manipuladas o directamente montadas en torno al conflicto palestino-israelí.

El concepto surge a finales de los años 90 y principios de los 2000, cuando periodistas y analistas comenzaron a detectar patrones en las coberturas televisivas que llegaban de Gaza y Cisjordania. Imágenes supuestamente espontáneas de enfrentamientos, funerales o bombardeos resultaban estar cuidadosamente coreografiadas para las cámaras, con actores improvisados, escenas repetidas desde distintos ángulos y hasta “muertos” que resucitaban segundos después de pasar la toma. El objetivo era claro: construir narrativas de víctimas absolutas, diseñadas para captar la empatía de un público internacional que solo veía los noticieros de la noche en París, Madrid o Nueva York.

Uno de los primeros casos emblemáticos fue el de Mohammed al-Dura en septiembre del 2000, al inicio de la Segunda Intifada. Las imágenes mostraban a un niño palestino de 12 años aparentemente abatido por disparos israelíes, mientras se refugiaba junto a su padre. El video, difundido por France 2, dio la vuelta al mundo y se convirtió en símbolo de la “barbarie israelí”. Años después, investigaciones forenses y judiciales en Francia revelaron graves inconsistencias: el ángulo de fuego no coincidía con la posición de soldados israelíes, no hubo pruebas balísticas concluyentes y, lo más inquietante, el metraje mostraba cortes y omisiones sospechosos. El caso terminó en tribunales, y aunque el mito quedó instalado, la credibilidad de la versión original se derrumbó.

Otros ejemplos abundan. En varias ocasiones se han grabado funerales donde los féretros caían accidentalmente y el supuesto cadáver se levantaba para volver a colocarse dentro. O escenas de “ataques israelíes” que mostraban columnas de humo negro saliendo de neumáticos encendidos a propósito para la cámara. Durante los conflictos en Gaza, se han documentado imágenes de niños heridos que reaparecen en diferentes escenarios con ropa distinta, usados como “símbolos” en distintos reportajes.

La lógica de Pallywood es simple: en un mundo gobernado por la televisión y las redes sociales, la imagen vale más que la verdad. Una fotografía de un niño ensangrentado, aunque sea producto de montaje o exageración, tiene más impacto que mil informes desmintiendo el hecho. Y la industria mediática internacional, ávida de dramatismo, muchas veces reproduce sin verificar.

Lo preocupante es que este fenómeno ha moldeado la percepción global del conflicto. En ciudades europeas y americanas, generaciones enteras han salido a protestar con pancartas de “genocidio en Gaza” basándose en videos que, en más de una ocasión, resultaron ser ensayos teatrales para cámaras amigas. Mientras tanto, las voces críticas que señalaban los montajes eran acusadas de “propaganda sionista”, creando un círculo vicioso donde la mentira se imponía por repetición.

“Pallywood” no significa que no haya víctimas reales —las hay, y muchas—, sino que la instrumentalización sistemática de la muerte y el sufrimiento se convirtió en arma política. Es un uso cínico del dolor, donde se fabrica lo que no ocurrió para amplificar lo que sí ocurrió, y donde la frontera entre noticia y ficción se borra deliberadamente.

En definitiva, el fenómeno de Pallywood demuestra que la guerra contra Israel no solo se libra en los desiertos o en las ciudades, sino también en las pantallas. Allí, con cámaras y micrófonos, se pelea otra batalla: la de la narrativa. Y como en toda guerra de propaganda, el objetivo no es informar, sino convencer al espectador de que solo hay un culpable y una víctima, incluso cuando los hechos cuentan una historia mucho más compleja.

### **Los casos más sonados de *Pallywood***

El fenómeno no nació de la nada: se fue tejiendo en las calles de Gaza y Cisjordania al calor de las cámaras, y explotó con la llegada de la televisión global y, más tarde, de internet.

El primer episodio que hizo saltar las alarmas internacionales ocurrió en septiembre del año 2000, en los inicios de la Segunda Intifada. Ese día, la cadena France 2 difundió al mundo unas imágenes estremecedoras: un niño palestino de 12 años, Mohammed al-Dura, refugiado tras un bloque de cemento junto a su padre, supuestamente abatido por disparos israelíes. Las imágenes recorrieron todos los noticieros, se convirtieron en pancartas en manifestaciones en Europa y el mundo árabe, y para millones, aquel niño se transformó en el símbolo del “genocidio israelí”. Sin embargo, años después, investigaciones balísticas y judiciales revelaron contradicciones graves: el ángulo de los disparos no coincidía con la posición de los soldados israelíes; no había pruebas médicas concluyentes de que el niño hubiese muerto; y el video presentaba cortes sospechosos. El caso acabó en tribunales en Francia, y aunque la primera impresión quedó grabada en la conciencia colectiva, la versión oficial de aquel día se derrumbó como castillo de naipes.

No fue un hecho aislado. Poco después, comenzaron a circular grabaciones de funerales que parecían más coreografías que ceremonias. En varias ocasiones, los “cuerpos” envueltos en mantas caían de las camillas y, entre risas nerviosas y empujones, los supuestos cadáveres se levantaban para volver a acomodarse dentro. Las escenas eran filmadas por periodistas locales y distribuidas a cadenas occidentales, que muchas veces las emitían sin verificar. Lo que para un ojo entrenado era un montaje evidente, para la audiencia global era otra prueba más de la “barbarie israelí”.

El patrón se repetía en cada escalada bélica. Durante la Operación Plomo Fundido en Gaza (2008–2009), proliferaron imágenes de niños ensangrentados que, sorprendentemente, aparecían en distintos lugares y en días diferentes con ropa cambiada. Lo que en un noticiero era un niño rescatado de los escombros, en otro se convertía en la víctima de un bombardeo a una escuela de la ONU, y en otro más, en el protagonista de un funeral. La misma imagen reciclada varias veces, presentada como hechos distintos.

También se hicieron comunes los videos de “bombardeos israelíes” donde, al mirar de cerca, el humo provenía de neumáticos encendidos o explosiones controladas lejos de cualquier objetivo militar. Era la técnica de la puesta en escena: generar imágenes impactantes para la cámara, no necesariamente para reflejar la realidad.

Con la irrupción de las redes sociales, Pallywood multiplicó su alcance. Durante la última década, se han viralizado videos donde “heridos” aparecen en camillas con vendas improvisadas, pero segundos después se los ve caminando ilesos cuando creen que la cámara ya no graba. Otros muestran “ataques israelíes” en los que los mismos extras cambian de ropa o reaparecen en diferentes papeles: primero como rescatistas, luego como víctimas.

Cada uno de estos casos revelaba lo mismo: la lucha por la narrativa era tan importante como la lucha en el campo de batalla. En un mundo donde una fotografía de un niño con polvo en el rostro puede pesar más que un informe forense, los grupos palestinos comprendieron que manipular la imagen podía ser más efectivo que disparar un cohete.

Lo trágico es que este fenómeno no significa que no existan víctimas reales —las hay, y muchas—, sino que su dolor se utiliza como combustible para fabricar un relato prefabricado, donde la frontera entre noticia y ficción se borra deliberadamente. Así, Pallywood se convirtió en una industria: la industria de la propaganda mediática, diseñada para convertir cualquier enfrentamiento en una historia de buenos y malos apta para televisión.

## **El intento de paz de Camp David II (2000)**

El verano del año 2000 parecía abrir una ventana única para la paz. En la residencia presidencial de Camp David, en Estados Unidos, el presidente Bill Clinton convocó al primer ministro israelí Ehud Barak y al líder palestino Yasser Arafat para lo que se presentó como la negociación definitiva. La expectativa era enorme: tras los Acuerdos de Oslo, después de años de avances y retrocesos, parecía al alcance de la mano un acuerdo que pusiera fin a un siglo de conflicto.

Las conversaciones fueron intensas, cargadas de presión y secretismo. Barak llegó con una oferta que, en la historia del conflicto, no tenía precedentes: un Estado palestino soberano en toda Gaza, el 92 % de Cisjordania (con compensaciones territoriales para alcanzar casi el 100 %) y Jerusalén Este como capital compartida. Incluso se plantearon fórmulas para gestionar conjuntamente los lugares más sagrados, incluido el Monte del Templo/Explanada de las Mezquitas, corazón de las sensibilidades religiosas de ambos pueblos.

Clinton, testigo directo, diría más tarde que Barak fue más allá de lo que nadie había imaginado que un líder israelí pudiera ceder. Pero Arafat, lejos de aceptar o de proponer un contrapeso, rechazó la oferta sin presentar una alternativa. Argumentó que no podía renunciar al “derecho al retorno” de millones de descendientes de refugiados palestinos, un punto que, para Israel, equivalía a la desaparición demográfica del Estado judío.

El fracaso fue devastador. Clinton, frustrado, dejó constancia de que el responsable de que no hubiera acuerdo fue Arafat. Para Israel, la conclusión fue clara: había ofrecido casi todo lo que se pedía, y aun así, la respuesta palestina fue negativa.

Pocos meses después, en septiembre del 2000, estalló la Segunda Intifada. Lo que había comenzado como manifestaciones violentas se convirtió pronto en una ola de atentados suicidas, emboscadas y ataques contra civiles israelíes en autobuses, restaurantes y mercados. La ilusión de la paz dio paso a una de las etapas más sangrientas desde 1948.

Camp David II quedó grabado en la memoria como la gran oportunidad perdida. Israel había puesto sobre la mesa un Estado palestino con capital en Jerusalén, casi toda Cisjordania y Gaza; Arafat lo rechazó. El mensaje que quedó para muchos israelíes fue amargo y contundente: si incluso una oferta tan amplia era rechazada, quizá la verdadera meta palestina no era la coexistencia, sino la desaparición del Estado judío.

## Segunda Intifada (2000–2005)

El 28 de septiembre de 2000, Ariel Sharon visitó la Explanada de las Mezquitas/Monte del Templo en Jerusalén. Aquella visita —polémica y cargada de simbolismo— fue el chispazo visible. Pero el incendio que se desató después no fue solo una reacción del momento: muy pronto los disturbios se transformaron en una campaña organizada. Redes vinculadas a Fatah (Tanzim y, más tarde, las Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa) y las estructuras islamistas de Hamás y la Yihad Islámica tomaron las riendas, con una estrategia que colocó en el centro a los atentados contra civiles. La “Intifada de al-Aqsa” nació así con una mezcla de estallido popular y dirección militante.

Los primeros meses estuvieron marcados por choques callejeros, francotiradores y linchamientos; pero en 2001–2002 la violencia cambió de escala. Llegó la era del terror suicida: autobuses volados en hora punta, cafeterías abarrotadas, hoteles y mercados convertidos en objetivos. Tel Aviv, Jerusalén, Haifa, Netanya y Be’er Sheva aprendieron a temer el sonido de las sirenas. Entre los golpes más recordados estuvieron el atentado del club Dolphinarium (junio de 2001), la pizzería Sbarro (agosto de 2001) y, como punto de inflexión, la masacre del hotel Park en Netanya durante la cena de Pésaj (27 de marzo de 2002). La lógica era brutalmente sencilla: sembrar terror para quebrar la vida civil y forzar concesiones políticas.

Israel respondió en varios planos. Intensificó las operaciones de inteligencia y las “interdicciones selectivas” contra la cúpula operativa de Hamás y la Yihad Islámica, y a partir de marzo de 2002 lanzó Operación Escudo Defensivo: una incursión a gran escala en ciudades de Cisjordania (Nablus, Jenín, Tulkarem, Qalqilia, Ramala) para dismantelar infraestructuras de atentados, talleres de explosivos y redes de financiación. En esas redadas fueron incautados documentos que mostraban, entre otras cosas, pagos de la Autoridad Palestina a estructuras armadas como Tanzim/Brigadas de Al-Aqsa, lo que para muchos israelíes confirmó el “doble lenguaje” que ya sospechaban desde Oslo: diplomacia hacia fuera, glorificación y subvención de la violencia hacia dentro.

A la par, Israel inició en 2002 la construcción de una barrera de seguridad en y alrededor de Cisjordania: tramos de valla, carretera y, en zonas urbanas, muro. Fue una decisión áspera y discutida —dentro y fuera de Israel—, pero operacionalmente eficaz: a medida que la barrera se completaba, los atentados suicidas se desplomaron. El trazado generó controversia jurídica: el Tribunal Supremo israelí obligó en varios puntos a modificar la ruta para reducir daños a poblaciones palestinas, mientras que una opinión consultiva de la Corte Internacional de Justicia en 2004 la criticó desde el prisma del derecho internacional. En el terreno, sin embargo, el efecto en seguridad fue inmediato y medible.

La Intifada dejó un balance humano devastador. Murieron alrededor de un millar de israelíes —la mayoría civiles— y varios miles de palestinos en enfrentamientos, atentados, operaciones militares y choques internos. Gaza inauguró otra dimensión del conflicto con los primeros cohetes Qassam

hacia comunidades israelíes del entorno, abriendo el capítulo de la guerra de proyectiles que marcaría los años siguientes. En el plano político, la confianza mutua, ya herida tras el fracaso de Camp David (2000) y Taba (2001), se desangró del todo: para muchos israelíes, la Segunda Intifada fue la prueba de que el liderazgo palestino eligió la violencia cuando tenía la opción de seguir negociando; para muchos palestinos, fue la erupción de un resentimiento acumulado bajo la ocupación, la corrupción y la falta de horizonte.

El final no llegó de un día para otro. Hubo hitos que fueron bajando la temperatura: la muerte de Yaser Arafat en noviembre de 2004; la elección de Mahmud Abbas, que apostó por reducir las hostilidades; las continuas operaciones israelíes que degradaron las redes de atentados; y, sobre todo, la combinación de barrera de seguridad e inteligencia, que cerró grietas por las que antes entraban los terroristas. En 2005, Ariel Sharon tomó otra decisión inesperada: la retirada unilateral de Gaza, evacuando asentamientos y bases sin acuerdo con la otra parte. Oficialmente, la Segunda Intifada se daba por concluida.

Cuando la polvareda bajó, el paisaje había cambiado. Israel había recuperado la capacidad de proteger sus ciudades, pero a un costo psicológico y moral enorme. La sociedad palestina quedó más fragmentada: Hamás capitalizó el descrédito de la Autoridad Palestina y la sensación de victoria simbólica, lo que desembocaría en su victoria electoral de 2006 y en la toma de Gaza en 2007. Y el proceso político que alguna vez prometió Oslo quedó sustituido por una paz fría, administrada a golpe de seguridad, con ráfagas de diplomacia y estallidos periódicos de violencia.

La Segunda Intifada fue, en suma, la década oscura de la pos-Oslo. Demostró cuánto puede destruir la combinación de terrorismo sistemático y política ambigua, y dejó una enseñanza amarga que todavía guía decisiones en Jerusalén y en Ramala: cuando la violencia sustituye a la negociación, todos pierden —y recuperar el terreno perdido puede llevar generaciones.

## **El origen de las murallas en Gaza**

Las primeras barreras físicas alrededor de Gaza no nacieron de la nada, sino como respuesta directa a la ola de violencia desatada en la Segunda Intifada (2000–2005). Durante esos años, los atentados suicidas contra civiles israelíes se multiplicaron: autobuses, cafés, mercados, centros comerciales... la vida cotidiana en Israel se convirtió en una ruleta rusa.

De Gaza, en particular, salían no solo cohetes artesanales, sino también atacantes que lograban infiltrarse en comunidades israelíes cercanas. Kibutzim y ciudades del sur como Sderot vivieron un infierno: tiroteos, atentados, incursiones a pie. Israel entendió entonces que no bastaba con patrullar las fronteras, necesitaba una separación física que redujera la posibilidad de infiltraciones.

En 2002, en plena Intifada, Israel comenzó a levantar la barrera de seguridad en Cisjordania (conocida popularmente como “el muro”), y poco después se aplicó el mismo principio a Gaza. Pero la muralla de Gaza se consolidó sobre todo tras la retirada unilateral de 2005: una vez que Israel evacuó todos sus asentamientos dentro de la Franja, necesitaba garantizar que desde ese territorio ya no se realizaran infiltraciones armadas.

La primera valla de seguridad completa alrededor de Gaza quedó operativa en 2005, coincidiendo con la retirada. Era una combinación de alambradas, sensores y torres de vigilancia que cerraban los

51 km de frontera. El objetivo era simple: impedir que milicianos entraran a Israel para cometer atentados.

Con el tiempo, sin embargo, la amenaza cambió de forma. Los cohetes se volvieron el arma principal de Hamás, y a partir de 2007 —cuando tomó el control de Gaza— comenzaron también las excavaciones masivas de túneles de ataque que cruzaban bajo la frontera.

Por eso, en 2017, Israel lanzó un nuevo proyecto: una barrera subterránea y de alta tecnología, terminada en 2021, que no solo incluye una valla reforzada en la superficie, sino también sensores y un muro subterráneo de hormigón diseñado para detectar y bloquear túneles. Esta muralla moderna está equipada con radares, drones, torres automáticas y sistemas de vigilancia continua, convirtiéndose en una de las fronteras más tecnológicamente controladas del planeta.

## **La Retirada de Gaza (2005): la oportunidad perdida**

El año 2005 marcó un punto de inflexión en la historia del conflicto. Tras décadas de enfrentamientos, el gobierno israelí, encabezado por Ariel Sharon —un militar símbolo de la línea dura—, tomó una decisión inesperada y drástica: la retirada unilateral de la Franja de Gaza.

El proceso fue doloroso. Durante semanas, las cámaras del mundo mostraron imágenes desgarradoras: soldados israelíes obligados a sacar, uno por uno, a 8.000 colonos de sus casas. Sinagogas cerradas, cementerios trasladados, comunidades enteras que habían convertido la arena en invernaderos modernos arrancadas de raíz. Israel se retiraba hasta el último centímetro de Gaza: no quedaban colonos, ni asentamientos, ni puestos militares. Era, por primera vez en la historia, un territorio enteramente bajo control palestino.

La apuesta era clara. Israel quería demostrar que estaba dispuesto a dar pasos hacia la paz, incluso a costa de un altísimo precio interno. La comunidad internacional celebró el gesto como el inicio de una nueva etapa: Gaza podía ser el laboratorio donde los palestinos empezaran a construir instituciones, economía y convivencia, con un territorio propio y libre de presencia israelí.

Pero la ilusión se quebró rápidamente. Apenas un año después, en 2006, Hamás ganó las elecciones legislativas, y en 2007 consumó un golpe sangriento contra Fatah. Desde entonces, Gaza quedó bajo el control absoluto de un movimiento islamista que no veía la retirada como un gesto de paz, sino como una señal de debilidad. En lugar de aprovechar los invernaderos, las redes de agua y electricidad, las carreteras y las escuelas que Israel había dejado listas para ser utilizadas, muchas de esas infraestructuras fueron destruidas o abandonadas. Los recursos se destinaron a la guerra: tuberías de agua convertidas en cohetes, fábricas transformadas en talleres de misiles, túneles cavados no para el comercio ni la comunicación, sino para la infiltración terrorista. Gaza dejó de ser un territorio con potencial de prosperidad para convertirse en un enclave militarizado.

Y, sin embargo, incluso tras la retirada, Israel siguió sosteniendo la vida en Gaza. Hasta hoy continúa enviando electricidad, gas, agua y bienes esenciales a través de los pasos fronterizos. Cada día camiones cargados de alimentos y medicinas cruzan hacia la Franja, aunque parte de esa ayuda termine desviada por Hamás para reforzar su maquinaria bélica. El contraste es brutal: mientras Israel mantiene un flujo humanitario hacia un territorio que se declara su enemigo, Hamás responde disparando cohetes contra civiles en Ashkelon, Sderot o Tel Aviv.

La retirada de 2005 fue, en el fondo, un experimento histórico: Israel entregó Gaza limpia, con infraestructura suficiente para convertirse en el embrión de un futuro Estado. Lo que ocurrió después mostró con crudeza la verdadera encrucijada del conflicto. La oportunidad de construir paz y prosperidad se perdió. En su lugar, Gaza fue transformada en base de guerra.

## **La segunda Guerra del Líbano (2006)**

La Segunda Guerra del Líbano fue un punto de inflexión en la historia reciente del conflicto entre Israel y Hezbolá. Estalló en julio de 2006, cuando un comando de la milicia chií cruzó la frontera, emboscó a una patrulla israelí y secuestró a dos soldados. Para Israel, aquello fue una declaración de guerra: no podía permitir que su frontera norte quedara expuesta a incursiones ni que sus ciudadanos vivieran bajo la amenaza constante de un grupo armado que actuaba con impunidad desde el Líbano.

La respuesta fue inmediata y contundente. Israel lanzó una ofensiva aérea y terrestre masiva contra la infraestructura de Hezbolá: arsenales, lanzaderas de cohetes, centros de mando y hasta barrios enteros de Beirut controlados por la organización. Pero Hezbolá no era ya una guerrilla improvisada. Gracias a años de entrenamiento iraní y apoyo sirio, había construido una red de túneles, refugios y plataformas ocultas desde las que resistió durante semanas.

Durante 34 días, el norte de Israel vivió bajo un diluvio de fuego: más de 4.000 cohetes fueron lanzados por Hezbolá contra ciudades como Haifa, Kiryat Shmona, Nahariya y decenas de pueblos de Galilea. La población civil israelí se vio obligada a refugiarse en sótanos y búnkeres; la vida económica y social del norte quedó prácticamente paralizada. Israel, por su parte, bombardeaba sin descanso y lanzó una incursión terrestre en el sur del Líbano, con un alto costo en soldados y en imagen internacional.

El balance fue ambiguo. Israel logró golpear duramente las capacidades militares de Hezbolá, destruyendo gran parte de sus arsenales y forzando un alto el fuego bajo la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, no consiguió desarmar a la milicia ni impedir que siguiera operando dentro del Líbano. De hecho, la narrativa que quedó en gran parte del mundo árabe fue la de una “victoria” de Hezbolá por haber resistido a uno de los ejércitos más poderosos del mundo.

Desde entonces, Hezbolá se consolidó como un Estado dentro del Estado libanés. Controla barrios enteros de Beirut, domina políticamente el sur del país y participa formalmente en el parlamento, pero al mismo tiempo mantiene un ejército paralelo que responde más a Teherán que a Beirut. Hoy se calcula que posee más de 100.000 misiles y cohetes apuntando hacia Israel, muchos de ellos de largo alcance y con tecnología avanzada proporcionada por Irán.

La guerra de 2006 dejó dos enseñanzas opuestas: para Israel, la necesidad de reforzar su defensa civil (de ahí nacería poco después el sistema Cúpula de Hierro); para Hezbolá, la certeza de que la resistencia armada podía otorgarle un prestigio político que la diplomacia jamás le habría dado. Con el tiempo, la milicia se convirtió en una fuerza regional, enviando miles de combatientes a la guerra en Siria para sostener al régimen de Bashar al-Assad y consolidando su rol como el peón más fuerte de Irán en el Levante.

## La Cúpula de Hierro

La Cúpula de Hierro (Iron Dome) es uno de los desarrollos militares más decisivos en la historia reciente de Israel, y su creación está directamente vinculada a la amenaza constante de los cohetes lanzados desde Gaza y Líbano.

La idea comenzó a gestarse a principios de los años 2000, pero tomó forma concreta después de la Segunda Guerra del Líbano en 2006. Durante ese conflicto, Hezbolá disparó más de 4.000 cohetes contra el norte de Israel, causando decenas de muertes y obligando a millones de civiles a refugiarse en sótanos y búnkeres. El país comprendió que necesitaba un sistema defensivo capaz de interceptar cohetes de corto y mediano alcance, que eran la principal amenaza de sus enemigos no estatales.

En paralelo, la retirada de Gaza (2005) y la toma del poder por Hamás (2007) intensificaron el lanzamiento de cohetes Qassam y Grad contra ciudades del sur de Israel como Sderot, Ashkelon y Beersheba. Las alarmas eran cotidianas, y las vidas de los habitantes estaban paralizadas por la amenaza constante.

Ante esa doble presión —Hezbolá en el norte y Hamás en el sur—, el Ministerio de Defensa de Israel aprobó en 2007 el desarrollo de un sistema antimisiles táctico. El proyecto fue asignado a la empresa Rafael Advanced Defense Systems, en colaboración con Israel Aerospace Industries.

El primer prototipo estuvo listo en 2010, y el sistema se desplegó de manera operativa en 2011, justo a tiempo para interceptar cohetes lanzados desde Gaza durante una nueva escalada. Desde entonces, la Cúpula de Hierro ha demostrado una eficacia notable, con tasas de éxito superiores al 85–90 % en la interceptación de proyectiles dirigidos contra áreas pobladas.

El sistema funciona con un radar avanzado que detecta el lanzamiento del cohete enemigo, calcula su trayectoria y determina si caerá en una zona habitada. Solo en ese caso lanza un interceptor para destruirlo en el aire, evitando así daños y muertes.

## Egipto y sus murallas en la frontera con Gaza

Tras la retirada israelí de Gaza en 2005, y más aún después de que Hamás tomara el poder por la fuerza en 2007, la relación de Egipto con la Franja cambió de manera radical. Gaza comparte con Egipto apenas catorce kilómetros de frontera en la zona de Rafah, pero ese pequeño tramo se convirtió en un punto neurálgico de tensiones, contrabando y violencia. Para El Cairo, el problema ya no era Israel, sino la posibilidad de que la inestabilidad de Gaza se filtrara hacia el Sinaí, un territorio históricamente vulnerable y donde operaban células islamistas.

El primer golpe llegó en 2007, cuando Hamás expulsó a Fatah en un sangriento enfrentamiento interno y se adueñó de la Franja. Egipto reaccionó de inmediato cerrando la mayor parte del paso de Rafah, que hasta entonces había funcionado como salida y entrada para miles de palestinos. A ojos del régimen de Hosni Mubarak, Gaza ya no estaba en manos de la Autoridad Palestina —un socio incómodo, pero con el que podía coordinarse—, sino bajo el dominio de un movimiento directamente vinculado a los Hermanos Musulmanes, considerados enemigos existenciales del gobierno egipcio.

La situación se agravó en 2009 y 2010, cuando el contrabando a través de túneles bajo la frontera se disparó. Por esos pasadizos improvisados no solo circulaban alimentos y productos básicos, sino también armas, explosivos e incluso combatientes. Lo que entraba a Gaza servía para reforzar a Hamás; lo que salía, nutría a grupos yihadistas en el Sinaí que desestabilizaban la región con ataques terroristas. Ante esta amenaza, Egipto, con apoyo técnico de Estados Unidos, comenzó a construir una barrera subterránea de acero destinada a bloquear los túneles. Era un muro invisible bajo la arena, diseñado no para separar pueblos en la superficie, sino para cortar el flujo clandestino bajo tierra.

El endurecimiento fue aún mayor a partir de 2013. Ese año, tras el derrocamiento de Mohamed Morsi —líder de los Hermanos Musulmanes—, el nuevo presidente Abdel Fattah al-Sisi declaró a Hamás una amenaza directa a la seguridad nacional egipcia. Desde entonces, El Cairo lanzó una campaña sistemática para aislar Gaza: destruyó cientos de túneles, arrasó barrios enteros en el lado egipcio de Rafah para crear una zona de seguridad de varios kilómetros, y reforzó la frontera con muros de hormigón, torres de vigilancia y patrullas constantes. Para muchos habitantes de esa región, fue un desarraigo forzoso, pero para el régimen era una cuestión de supervivencia: impedir que la violencia de Hamás se derramara hacia el Sinaí.

El paso final llegó en 2019 y 2020, cuando Egipto levantó una nueva muralla de hormigón, de seis metros de altura, equipada con sensores y cámaras modernas. Este muro, paralelo al subterráneo de acero, tenía un objetivo inequívoco: aislar completamente Gaza y frenar tanto el contrabando como la infiltración de terroristas. El Cairo sabía que en el Sinaí operaban facciones vinculadas al Estado Islámico y que cualquier porosidad en la frontera podía ser letal.

Así, con el tiempo, Gaza quedó cercada no solo por Israel, sino también por Egipto. Mientras Israel buscaba frenar cohetes y túneles dirigidos contra sus civiles, Egipto quería protegerse del contagio islamista y del terrorismo que amenazaba su propia estabilidad interna. La Franja, que muchos enarbolan como símbolo de resistencia, se convirtió también en un enclave que sus propios vecinos árabes decidieron aislar, temerosos de que el poder de Hamás traspasara sus fronteras.

## **Guerras de Gaza: del experimento a la espiral bélica**

La retirada unilateral de Gaza en 2005 había dejado tras de sí una incógnita: ¿sería el inicio de un camino hacia la paz o el germen de un nuevo frente de guerra? La respuesta llegó pronto. Hamás, tras tomar el control absoluto de la Franja en 2007, comenzó a lanzar cohetes de forma masiva contra las ciudades del sur de Israel. La vida en Sderot, Ashkelón y más tarde incluso en Tel Aviv se convirtió en una pesadilla de alarmas y refugios.

### **Operación Plomo Fundido (2008–2009)**

El 27 de diciembre de 2008, después de años de cohetes diarios y de un aumento dramático en las semanas previas, Israel lanzó la Operación Plomo Fundido. El objetivo era claro: frenar los ataques de Hamás, destruir su infraestructura militar y devolver seguridad al sur del país.

Durante tres semanas, la aviación israelí bombardeó posiciones de Hamás y luego entraron tropas terrestres. Fue entonces cuando el mundo descubrió el verdadero alcance de la maquinaria de guerra

en Gaza: depósitos de armas escondidos en mezquitas y escuelas, túneles bajo los barrios residenciales, lanzaderas de cohetes ocultas en patios de hospitales. Por primera vez quedó a la vista el patrón que se repetiría en cada guerra: Hamás utilizaba a la población civil como escudo humano, incrustando su infraestructura militar en medio de los barrios más densos.

El costo humano fue altísimo, sobre todo para los gazatíes, pero la lógica era inevitable: Israel golpeaba arsenales y túneles, y Hamás respondía disparando contra civiles israelíes. Al finalizar, Hamás quedó golpeado, pero no destruido. Lo más grave fue el hallazgo de un sistema organizado de contrabando de armas a través de túneles desde Egipto, financiado en gran medida por Irán.

## **Escalada de 2012: Pilar Defensivo**

En noviembre de 2012, tras una nueva oleada de cohetes y el disparo contra Tel Aviv y Jerusalén por primera vez, Israel lanzó la Operación Pilar Defensivo. A diferencia de 2009, fue una campaña corta, casi quirúrgica: no hubo invasión terrestre, pero se ejecutaron ataques aéreos masivos, incluyendo la eliminación selectiva de Ahmed Jabari, jefe militar de Hamás.

La operación reveló otro avance inquietante: Hamás ya no solo dependía de cohetes caseros Qassam, sino que había introducido misiles de mayor alcance, muchos de ellos iraníes. Israel descubrió depósitos enteros de Fajr-5, capaces de alcanzar el centro del país. La amenaza se había sofisticado y dejaba claro que cada alto el fuego era aprovechado para rearmarse.

## **Operación Margen Protector (2014)**

La escalada de 2014 fue la más larga y devastadora hasta ese momento. Comenzó tras el secuestro y asesinato de tres adolescentes israelíes en Judea y Samaria por células vinculadas a Hamás. Durante 50 días, Israel y Hamás se enfrentaron en una guerra que dejó miles de muertos en Gaza y decenas en Israel.

Lo que se descubrió entonces sacudió a la sociedad israelí: la red de túneles de ataque. Hamás había excavado kilómetros de pasajes subterráneos, algunos de ellos saliendo directamente en los kibutzim cercanos a la frontera. El objetivo no era solo contrabando, sino ataques masivos contra comunidades civiles, secuestros y masacres. Imágenes de túneles con iluminación, ventilación y arsenales mostraron hasta qué punto la ayuda internacional había sido desviada hacia un propósito bélico.

Israel dedicó semanas a localizar y destruir esa red, con grandes pérdidas humanas entre sus soldados. La población israelí entendió entonces que los cohetes eran solo una parte de la amenaza: bajo sus pies, Hamás estaba construyendo una infraestructura para una guerra de infiltración total.

## **Los Acuerdos de Abraham (2020)**

En el año 2020, en medio de un mundo marcado por tensiones globales y la pandemia, el Medio Oriente fue escenario de un acontecimiento inesperado: la firma de los Acuerdos de Abraham, un conjunto de tratados de normalización entre Israel y varios países árabes, impulsados bajo la mediación de Estados Unidos.

Durante décadas, la narrativa dominante en el mundo árabe había sido que ningún Estado reconocería a Israel mientras no hubiera un Estado palestino. Esa premisa se había mantenido desde 1948 y se había reforzado en la cumbre de Jartum (1967) con sus célebres “tres noes”: no a la paz, no al reconocimiento, no a la negociación con Israel. Pero los años y las dinámicas regionales comenzaron a mostrar una realidad distinta: muchos países árabes compartían con Israel amenazas comunes, especialmente la expansión de Irán y el terrorismo islamista, y además veían en la cooperación con Israel una oportunidad para el desarrollo tecnológico, económico y militar.

Fue en ese contexto que, en septiembre de 2020, se firmaron en la Casa Blanca los primeros acuerdos de normalización entre Israel, Emiratos Árabes Unidos y Bahrein. Poco después se sumaron Sudán y Marruecos. Los firmantes decidieron bautizarlos como “Acuerdos de Abraham”, evocando la figura del patriarca compartido por judíos, cristianos y musulmanes, como símbolo de una posible convivencia.

Los acuerdos fueron históricos: eran los primeros tratados de paz árabe–israelíes desde el firmado con Jordania en 1994. No se trataba solo de gestos diplomáticos, sino de abrir embajadas, establecer vuelos directos, firmar convenios de cooperación en seguridad, energía, agua, turismo y, sobre todo, tecnología. Israel se convirtió en socio estratégico en campos como la ciberseguridad, la agricultura avanzada y la medicina, áreas en las que los países árabes buscaban modernizarse.

La comunidad palestina reaccionó con indignación. Para ellos, los acuerdos eran una “traición” porque rompían el consenso árabe de condicionar cualquier normalización a la creación de un Estado palestino. Pero para los países que firmaron, la lógica era otra: no podían seguir postergando su propio desarrollo y seguridad a la espera de un proceso palestino-israelí que llevaba décadas bloqueado.

Los Acuerdos de Abraham demostraron que el mapa de Oriente Medio estaba cambiando. Israel ya no era visto únicamente como un enemigo, sino como un aliado posible frente a amenazas comunes y como un motor de innovación. A día de hoy, esos acuerdos siguen vigentes, ampliando la cooperación regional y mostrando que la paz en la región no depende exclusivamente del eje palestino, sino también de la capacidad de los pueblos de encontrar intereses comunes más allá del conflicto.

## **Escalada de 2021: Guardián de los Muros**

En mayo de 2021, otra chispa encendió la mecha: disturbios en Jerusalén durante Ramadán y enfrentamientos en torno a la Explanada de las Mezquitas. Hamás, presentándose como “defensor de Jerusalén”, lanzó más de 4.000 cohetes en once días, abarcando casi todo Israel.

Por primera vez, la mayoría de la población israelí experimentó lo que hasta entonces había sido cotidiano en el sur: las alarmas sonando día y noche, familias enteras corriendo a refugios. Israel respondió con ataques aéreos masivos, golpeando edificios de mando y depósitos de armas.

Lo que se descubrió entonces fue aún más sorprendente: Hamás había convertido edificios residenciales de múltiples pisos en centros de mando, había construido laboratorios de drones y desarrollaba cohetes más sofisticados. Fue también la primera vez que el mundo vio a gran escala la

capacidad de la Cúpula de Hierro, el sistema defensivo israelí que interceptó miles de proyectiles y evitó un desastre aún mayor.

## **El ataque del 7 de octubre de 2023: el pogromo de Hamás**

El 7 de octubre de 2023, cuando Israel celebraba Simjat Torá, una de las fiestas más alegres y sagradas del calendario judío, la calma se quebró de manera brutal. Hamás, desde la Franja de Gaza, lanzó el ataque terrorista más sangriento contra judíos desde la Shoá.

La ofensiva no vino en medio de una guerra abierta. Al contrario: existía una relativa tregua. Miles de gazatíes cruzaban a diario para trabajar en Israel, había intercambios económicos e incluso proyectos de cooperación humanitaria. Parecía que, pese a la hostilidad, se mantenía un cierto equilibrio. Esa ilusión se derrumbó en cuestión de horas.

Al amanecer, el silencio del desierto fue roto por una oleada de fuego y violencia. Hamás cruzó la frontera desde Gaza con una ofensiva coordinada que Israel no había visto jamás. En cuestión de minutos, centenares de milicianos armados irrumpieron en kibutzim, aldeas agrícolas y ciudades del sur, abatiendo a quienes encontraban a su paso. No se trató de una batalla militar, sino de un pogromo en toda regla, ejecutado con saña y premeditación.

Familias enteras fueron masacradas en el interior de sus hogares; niños y bebés, asesinados o quemados vivos; mujeres, violadas con una brutalidad indescriptible antes de ser ejecutadas. Bebés no nacidos fueron arrancados del vientre de sus madres y arrojados a las llamas en los hornos de sus propias casas. Cuerpos mutilados, vejados y carbonizados cubrieron las calles de los kibutzim, convertidos en escenarios del horror. Los ancianos, incapaces de huir, fueron ejecutados frente a las cámaras de sus verdugos, que difundieron las imágenes como trofeos de odio.

En el desierto de Reim, donde se celebraba un festival de música por la paz, la barbarie alcanzó su punto más oscuro: más de 360 jóvenes fueron perseguidos, cazados y asesinados a sangre fría en un solo ataque. Fue una jornada de espanto absoluto, una herida abierta en la conciencia del mundo que recordó, con crudeza insostenible, que el mal no pertenece solo al pasado.

Aquella jornada —el 7 de octubre de 2023— marcó un punto de inflexión en la historia contemporánea de Israel y del mundo: el día en que la humanidad volvió a enfrentarse al rostro desnudo del odio.

El saldo fue devastador: más de 1.200 civiles asesinados en un solo día, entre ellos bebés, niños, mujeres y ancianos. Además, más de 250 personas fueron secuestradas y trasladadas como rehenes a Gaza: familias enteras, soldados, trabajadores extranjeros, incluso supervivientes del Holocausto.

El 7 de octubre no fue una operación militar: fue una masacre planificada deliberadamente contra la población civil judía. El terror se convirtió en espectáculo, transmitido por los propios atacantes en redes sociales, como una exhibición macabra.

La respuesta de Israel fue inmediata. El gobierno declaró el estado de guerra, algo que no ocurría desde 1973, y lanzó una operación militar a gran escala contra Hamás en Gaza. La sociedad israelí, herida y conmocionada, entendió que lo ocurrido no era un episodio más en el conflicto: era la confirmación de que Hamás no busca un Estado palestino, sino la eliminación del pueblo judío.

El 7 de octubre quedó marcado en la memoria colectiva como una fecha de dolor y de verdad. Dolor por la magnitud de la barbarie. Verdad, porque mostró sin máscaras la naturaleza de Hamás: no un movimiento de liberación, sino una organización genocida cuyo objetivo es repetir una y otra vez lo que hicieron ese día.

## **Operación “Espadas de Hierro” (Swords of Iron): la respuesta de Israel al 7-O**

El 7 de octubre de 2023 las reglas del juego cambiaron. Tras la invasión y masacre perpetrada por Hamás contra civiles israelíes, el Estado de Israel respondió con una campaña militar de alcance extraordinario que el gobierno denominó “Guerra de las Espadas de Hierro” (Swords of Iron). No fue una simple operación localizada: fue la movilización de un país entero para destruir la capacidad militar de Hamás, liberar a los rehenes y degradar la infraestructura que hacía posible ataques de ese alcance.

Desde las primeras horas tras el 7-O, la aviación israelí desató una intensa campaña de bombardeos sobre la Franja de Gaza. Los objetivos eran múltiples: centros de mando y control, depósitos de armamento, lanzaderas de cohetes, infraestructuras logísticas y la red de túneles que Hamás había excavado durante años. La narrativa oficial fue clara y repetida por los portavoces militares: golpear a la organización terrorista que había perpetrado una masacre contra civiles y rescatar a los rehenes que aún permanecían en Gaza.

Poco después comenzaron las operaciones terrestres. En octubre de 2023 Israel inició incursiones y, a lo largo del mes, amplió su intervención hasta lanzar una invasión a gran escala. Las unidades de infantería, blindados y fuerzas especiales se enfrentaron a un enemigo que no operaba en campo abierto sino desde la ciudad: Hamás se había integrado en la trama urbana, anidando comandancias bajo hospitales, mezquitas y edificios residenciales, y levantando una sofisticada red de túneles y refugios subterráneos diseñados para resistir bombardeos y facilitar infiltraciones. El Ejército israelí describió la necesidad de destruir esa “ciudad subterránea” para impedir nuevos ataques y para localizar y liberar a los rehenes.

A lo largo de la campaña se confirmaron hallazgos repetidos que explicaron por qué Israel consideró inevitable una acción tan contundente: depósitos de armas escondidos en escuelas y mezquitas, túneles que salían bajo edificaciones civiles y rutas de contrabando por las que llegaban misiles y municiones a la Franja. Fueron también documentadas —y difundidas por las fuentes israelíes— pruebas del uso de la población civil como escudo humano por parte de Hamás, así como casos en que comandos terroristas usaron hospitales y edificios protegidos para sus aparatos de mando. Estas constataciones explicaron, a ojos de la opinión pública israelí y de sus fuerzas armadas, la dureza de la respuesta.

Uno de los elementos que marcó la campaña fue la cuestión de los rehenes. Hamás había secuestrado a cientos de civiles y militares; Israel hizo de su liberación un objetivo estratégico y moral central. Durante meses hubo operaciones de rescate, negociaciones indirectas y canjes parciales: decenas de rehenes fueron liberados mediante acuerdos intermitentes, otros fueron rescatados por fuerzas especiales y, tristemente, algunas familias fueron notificadas de fallecimientos. Las cifras variaron con el tiempo y fueron objeto de comunicados oficiales periódicos: cientos de rehenes inicialmente, decenas liberados en intercambios, y numerosas

investigaciones sobre el destino de otros. Para el Estado de Israel la liberación de los cautivos condicionó buena parte de la intensidad y del calendario operativo.

El coste humano y material fue inmenso. Gaza sufrió una destrucción masiva de infraestructuras: barrios arrasados, hospitales saturados, red de electricidad y agua colapsada en muchas zonas. Israel, por su parte, padeció pérdidas militares y civiles —entre ellas soldados caídos en combate y civiles asesinados el 7-O— y una shock social profundo. El conflicto generó debates internacionales sobre proporcionalidad, protección de civiles y la intervención humanitaria, mientras en Israel el consenso social se volcó durante meses en un mismo objetivo: derrotar a Hamás y recuperar a los rehenes.

Tácticamente, la operación mostró varias lecciones: la vulnerabilidad de infraestructuras civiles cuando un enemigo las utiliza para fines militares; la importancia del trabajo de inteligencia para localizar centros de mando y túneles; y el efecto disuasorio y defensivo de sistemas como la Cúpula de Hierro para proteger a la población civil israelí frente a oleadas de cohetes. Políticamente, colocó sobre la mesa preguntas duras sobre cómo desmilitarizar Gaza sin dejar a su población en un vacío administrativo ni humanitario —un equilibrio que sigue siendo el principal dilema de cualquier iniciativa posterior.

La guerra continuó por meses, con fases de intensificación y treguas temporales, intentos de mediación internacional, presión por corredores humanitarios y debates jurídicos sobre el conflicto armado. Israel mantuvo que su acción era legítima y proporcional ante un ataque genocida contra su población; críticos internacionales denunciaron el alto número de víctimas civiles en Gaza y pidieron mayor esfuerzo para protegerlos. En el terreno, sin embargo, la lógica operativa del Estado fue la de perseguir la aniquilación de la capacidad militar de Hamás y la recuperación de los rehenes a cualquier coste operativo que permitiera minimizar futuros 7-O.

## **EPÍLOGO**

### **La inexistencia histórica de un Estado palestino**

A lo largo de la historia, nunca existió un Estado, reino o país llamado Palestina con fronteras, instituciones o cohesión política propias. El término, como hemos visto, fue una denominación administrativa impuesta primero por Roma y luego retomada por potencias extranjeras para referirse a una región geográfica del Levante, no a una entidad nacional. Su uso moderno como identidad política no nace de una continuidad histórica milenaria, sino de un proyecto del siglo XX orientado a contrarrestar la presencia y el renacimiento judío en la tierra ancestral de Israel.

Esto no implica negar la existencia actual de un pueblo palestino —que hoy, sin duda, se reconoce como tal y merece derechos y dignidad—, pero sí obliga a reconocer que su identidad política es reciente y construida en un contexto de conflicto. Si Palestina aspira realmente a la paz, debe aceptar la convivencia de dos Estados. Sin embargo, hasta hoy, septiembre de 2025, se han presentado diez propuestas internacionales para la creación de dos Estados, y todas han sido rechazadas por sus propios dirigentes.

La primera propuesta se remonta a 1937, cuando la Comisión Peel, enviada por el Imperio Británico para estudiar las revueltas árabes, propuso por primera vez una partición formal: un Estado judío pequeño al norte y en la costa, un Estado árabe en el resto, y Jerusalén bajo control británico. Los líderes sionistas aceptaron el principio de partición como base negociable; los árabes lo rechazaron de plano, oponiéndose a la existencia de cualquier Estado judío.

La segunda llegó en 1947, cuando la recién creada ONU aprobó el Plan de Partición (Resolución 181). Establecía dos Estados, uno judío y otro árabe, con fronteras precisas y Jerusalén bajo administración internacional. El liderazgo judío lo aceptó inmediatamente, mientras que la Liga Árabe y los líderes árabes locales lo rechazaron e iniciaron una guerra, declarando su intención de “arrojar a los judíos al mar”.

Tras la guerra de 1948, Jordania y Egipto ocuparon Cisjordania y Gaza, pero no proclamaron un Estado palestino. Pasarían casi veinte años hasta la siguiente oportunidad. En 1967, después de la Guerra de los Seis Días, Israel ofreció intercambiar territorios conquistados por paz y reconocimiento. La Cumbre de Jartum de ese mismo año dio la respuesta del mundo árabe: los célebres “tres no”: *no a la paz con Israel, no al reconocimiento de Israel y no a las negociaciones con Israel*.

En 1978, con los Acuerdos de Camp David, Egipto firmó la paz con Israel. Por primera vez se incluía en el texto la idea de una autonomía palestina en Cisjordania y Gaza. Israel aceptó; la OLP y la mayoría de los países árabes lo rechazaron.

La quinta propuesta se dio en 1993, con los Acuerdos de Oslo, que establecieron la Autoridad Palestina y sentaron las bases para una solución de dos Estados. Israel firmó; Yasser Arafat también, pero en los años siguientes la violencia terrorista continuó y el proceso se estancó.

En 2000, en la Cumbre de Camp David II, el primer ministro Ehud Barak ofreció a Arafat un Estado palestino con capital en Jerusalén Este y el 94 % de Cisjordania. Arafat no solo lo rechazó, sino que desencadenó la Segunda Intifada, una ola de atentados suicidas que dejó más de mil israelíes muertos.

En 2008, el primer ministro Ehud Olmert repitió la propuesta con aún mayores concesiones territoriales. Mahmud Abbas, sucesor de Arafat, la rechazó y nunca presentó una contrapropuesta.

En 2014, bajo mediación de John Kerry, se intentó reactivar el proceso con una nueva oferta israelí: congelar asentamientos, liberar prisioneros y negociar fronteras definitivas. La Autoridad Palestina volvió a abandonar las conversaciones.

En 2020, el Plan de Paz de Trump, denominado oficialmente “Peace to Prosperity”, ofreció de nuevo un Estado palestino con reconocimiento internacional, vastas inversiones económicas y soberanía limitada, a cambio del reconocimiento de Israel como Estado judío. La Autoridad Palestina y Hamás lo rechazaron antes incluso de leerlo.

Finalmente, en 2023–2024, diversas iniciativas árabes moderadas y mediaciones de los Acuerdos de Abraham volvieron a incluir la fórmula de “dos Estados”. Israel aceptó participar en las conversaciones, pero la Autoridad Palestina y Hamás las boicotearon, negándose a cualquier diálogo mientras no se revertiera la existencia misma del Estado de Israel.

En total, diez oportunidades históricas para fundar un Estado palestino han sido rechazadas — cuatro antes de 1948 y seis después—. Ninguna fue vetada por Israel; todas fueron negadas por los propios líderes árabes o palestinos.

Esta secuencia no es un detalle menor: es la columna vertebral del conflicto. Revela que el obstáculo nunca fue la falta de propuestas, sino la negativa constante a aceptar la coexistencia. El sueño de “liberar Palestina del río al mar” no busca convivencia, sino sustitución, y ese paradigma ideológico —no las fronteras ni la religión— es el que impide la paz.

La razón de fondo está en sus propios documentos fundacionales: tanto la Carta de Hamás como los estatutos de Fatah siguen proclamando la eliminación del Estado judío, no la coexistencia.

En la guerra actual de Gaza —desencadenada tras la masacre del 7 de octubre de 2023, cuando Hamás perpetró el mayor ataque contra civiles judíos desde el Holocausto— Israel libra una batalla para liberar a los 48 secuestrados que aún permanecen bajo los túneles del terror, después de dos años. Sin embargo, en el escenario internacional, el pueblo judío vuelve a cargar con un estigma milenarista. Europa, que alguna vez juró “nunca más”, parece haber olvidado sus propias palabras.

El antisemitismo ha resurgido con una fuerza alarmante, alimentado por titulares tendenciosos, desinformación y propaganda. Los mensajes de Hamás, cuidadosamente diseñados, reproducen la lógica del manual de Goebbels: “*Repite una mentira mil veces y se convertirá en verdad.*” Aplicado hoy, se traduce en cifras infladas, imágenes manipuladas y un relato donde, curiosamente, nunca hay terroristas muertos, solo “mujeres y niños”, como si en Gaza no existieran combatientes ni hombres armados.

Una de las mentiras más repetidas es la acusación de “genocidio”, utilizada como arma política contra Israel. Sin embargo, ningún tribunal internacional ha probado tal crimen, y cada operación israelí está respaldada por documentación, inteligencia y justificación militar detallada. Israel no libra una guerra contra un pueblo, sino contra una organización terrorista que usa a los civiles como escudos humanos. Aun así, buena parte del mundo occidental prefiere ignorar la evidencia.

En las calles de Europa y América, miles marchan coreando “*Free Palestine*” y “*From the river to the sea*”, sin advertir que repiten el lema fundacional de Hamás: la eliminación total del Estado judío. Las consignas “Stop genocide” o “Israel mata de hambre a Gaza” se han convertido en dogmas incuestionables, pese a los hechos verificables.

Desde el 7 de octubre, más de dos millones de toneladas de ayuda humanitaria han entrado en Gaza. Si se divide entre sus dos millones de habitantes, equivale a unos mil kilos por persona en pocos meses. Entonces, ¿por qué hay hambre?

La respuesta es incómoda: Israel garantiza la entrada y supervisión de la ayuda (COGAT, inspecciones, seguridad), pero no su distribución interna. Esa tarea recae en la ONU y en ONG locales, que operan bajo el control de Hamás. La milicia terrorista confisca, “taxa” y revende la ayuda, usándola como instrumento de poder. Cooperantes lo han denunciado, agencias internacionales lo han reconocido, y los propios vídeos en redes muestran el contraste entre almacenes llenos en la frontera y barrios vacíos donde el hambre se usa como arma política. Decir que “Israel mata de hambre a Gaza” es, por tanto, dar impunidad a Hamás, el verdadero responsable del sufrimiento de su propia población.

Esta narrativa manipulada ha tenido un efecto devastador: el odio antijudío vuelve a las calles del mundo. Organizaciones y movimientos pro-palestinos —algunos financiados directa o indirectamente por redes vinculadas a Hamás— promueven manifestaciones donde se glorifica el terror. En Europa hemos visto marchas que celebran la masacre del 7 de octubre, rebautizada por los islamistas como *“la Lluvia de Al-Aqsa”*.

El resultado es palpable. En España, los ataques antisemitas aumentaron un 321 % en menos de un año. Los ejemplos recientes hablan por sí solos. El antisemitismo ya no es una sombra del pasado: ha vuelto a materializarse con sangre, fuego y miedo.

En Manchester, Reino Unido, el 2 de octubre de 2025, en pleno Yom Kipur, un hombre embistió con su vehículo a los fieles que salían de la sinagoga Heaton Park, y luego los atacó a cuchillo en plena calle. Dos judíos fueron asesinados y varios más resultaron heridos. Los testigos relataron gritos de consignas pro-palestinas durante el ataque.

En Washington D.C., el 21 de mayo de 2025, un tiroteo sacudió el Capital Jewish Museum durante un evento diplomático. El atacante abrió fuego gritando *“Free Palestine!”*. Dos empleados de la embajada de Israel murieron antes de que el agresor fuera reducido.

En Berlín, el 21 de febrero de 2025, un hombre de origen sirio apuñaló a un visitante en el Memorial del Holocausto, declarando que *“quería matar judíos”*. La escena ocurrió en el corazón simbólico de Europa, frente al monumento que recordaba precisamente lo que prometimos no repetir.

En Melbourne, Australia, el 6 de diciembre de 2024, la sinagoga Adass Israel, en el barrio de Ripponlea, fue incendiada con acelerantes. Las llamas devoraron el templo durante la noche; una persona resultó herida.

Y en Ámsterdam, en noviembre de 2024, los disturbios vinculados a tensiones pro-palestinas se transformaron en ataques antisemitas abiertos: agresiones físicas, insultos, pintadas y vandalismo contra negocios y hogares identificados con la comunidad judía.

Estos no son hechos aislados. Forman parte de una ola global de odio, que utiliza la causa palestina como pretexto para legitimar la violencia contra los judíos. Las consignas cambian, las banderas son nuevas, pero el veneno es el mismo. Lo que en los años treinta se gritaba con brazaletes, hoy se grita con hashtags.

El antisemitismo ha mutado de forma, pero no de fondo: ya no se disfraza de teología ni de raza, sino de *“justicia social”*, *“antisionismo”* o *“defensa de los derechos humanos”*. Sin embargo, el resultado es idéntico: judíos atacados, templos profanados y el miedo volviendo a las calles del mundo libre.

Así, el *“nunca más”* se repite con otro disfraz: ya no son uniformes ni campos, sino pancartas, titulares y redes sociales los que propagan el odio. La historia no se repite igual, pero rima con una precisión escalofriante.

Comprender esto exige una mirada crítica y libre de propaganda. *“Pallywood”*, como se ha denominado a la maquinaria de desinformación y manipulación mediática usada por ciertos

sectores, explota las emociones de Occidente para dirigir el odio hacia Israel y disfrazar el antisemitismo bajo nuevas formas de “antisionismo”.

Por ello, mientras Occidente siga mirando en dirección equivocada, señalando a Israel en lugar de señalar al verdadero responsable —Hamás, una organización terrorista que usa a su propio pueblo como escudo humano—, la espiral de odio y violencia no hará más que crecer.

Cada titular sesgado, cada manifestación que justifica o romantiza la barbarie, legitima a Hamás y deslegitima a la verdad. Esa inversión moral tiene consecuencias: alimenta la judeofobia, blanquea el terrorismo y deja al mundo civilizado en una posición de debilidad frente al fanatismo.

Mientras las democracias occidentales sigan confundiendo víctima y verdugo, Hamás se sentirá protegido, comprendido e incluso defendido por quienes, desde la ignorancia o la manipulación ideológica, le dan la razón.

Y así, lo que debería ser una defensa de los derechos humanos termina siendo su traición más profunda.

Toda la historia que acabas de leer no es propaganda: son hechos. El sionismo no es un invento moderno ni una ideología colonial, sino la expresión política del derecho milenario del pueblo judío a vivir en su tierra ancestral. Israel existe porque el pueblo judío sobrevivió a lo imposible. Porque después de dos mil años de persecuciones, expulsiones, pogromos y exterminio, nunca renunció a su idioma, a su cultura ni a su fe.

No hay otro pueblo en el mundo que, disperso por todos los continentes, haya mantenido intacta su identidad durante milenios. Ninguno. Los judíos no fueron elegidos para ser mejores que nadie, sino para cargar con una misión: custodiar la Torá, preservar la Palabra y transmitirla al mundo. Gracias a ellos, la humanidad recibió ese legado. Y por esa misma misión, pagaron el precio más alto: fueron perseguidos, señalados y demonizados en cada época de la historia.

El judío ha sido siempre el canario en la mina. Allí donde primero aparece el odio contra los judíos, poco después la sociedad entera se hunde en la barbarie. Europa lo vivió en carne propia: primero vinieron los libelos, después las expulsiones, luego los pogromos y finalmente la Shoá, el intento industrial de exterminar a un pueblo entero. No fue casualidad: cada vez que el odio al judío fue tolerado, la civilización que lo permitió acabó devorándose a sí misma.

Hoy ese mismo odio se disfraza de “antisionismo”. Pero el disfraz es burdo: negar el derecho del pueblo judío a tener un Estado en su tierra ancestral no es otra cosa que el viejo antisemitismo con una máscara nueva. Gritar “Palestina libre, del río al mar” no es un canto de justicia, es un llamado abierto al genocidio del pueblo judío, exactamente la consigna de Hamás y de todos los que desean borrar a Israel del mapa.

El mundo debería preguntarse: ¿qué clase de justicia es esa que exige la destrucción de un pueblo entero? ¿Qué moralidad hay en repetir la propaganda de un grupo terrorista que asesina, viola, quema vivos y secuestra? No es ética, es barbarie. No es compasión, es odio. Y llamarlo “resistencia” no lo hace menos atroz.

Después de recorrer la historia documentada, el veredicto es claro: Israel no solo tiene derecho a existir, sino que su existencia es un acto de justicia histórica. Es la reparación mínima a un pueblo que nunca dejó de estar unido a su tierra y que sobrevivió al intento más brutal de aniquilación que

la humanidad haya conocido. El sionismo no es colonialismo: es liberación, es regreso, es vida después de la muerte.

La pregunta, entonces, es personal: ¿vas a seguir creyendo las mentiras del terrorismo o te atreverás a mirar de frente la verdad? Porque si después de todo este recorrido eliges repetir los eslóganes de odio, no es justicia lo que defiendes. Lo tuyo es judeofobia disfrazada de ética. Y la historia ya ha demostrado adónde conduce ese camino: a la oscuridad, a la barbarie y al colapso de quienes lo recorren.

Israel vive. Israel seguirá viviendo. Porque ningún imperio, ninguna inquisición, ningún pogromo ni ningún Hitler lograron exterminar al pueblo que preservó la Torá para el mundo. Y del mismo modo, ningún Hamás, ningún Irán, ningún antisemitismo disfrazado de “causa justa” podrá borrar al Estado judío.

Esa es la verdad incómoda: el pueblo judío es eterno. Y la mentira de sus enemigos, también eterna, se estrella una y otra vez contra esa verdad.